

DG427

A4

1898



1020025089



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO CARRERAS



FONDO
RICARDO CARRERAS

TURÍN LONDRES Y PARÍS

212

EDMUNDO DE AMICIS

TURÍN

LONDRES Y PARÍS

VERSION CASTELLANA

DE

H. GINER DE LOS RÍOS

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA

MADRID

SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES

Calle de Campomanes, 10.

1898

15232

91
A-

DG 427
A4
1898



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
130228

CAPILLA ALFONSINA propiedad.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. de Ricardo Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.

TURÍN

91
A-

DG 427
A4
1898



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
130228

CAPILLA ALFONSINA propiedad.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. de Ricardo Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.

TURÍN



TURÍN

UN hijo de Turín que quiera servir de guía á un italiano que visite la ciudad por primera vez, debería, antes de dejarlo entrar en Turín, conducirlo directamente á Superga, para hacerle experimentar de repente un sentimiento de maravilla y de placer que lo coloque en disposición de ánimo favorable á la ciudad desconocida. Hay espectáculos que son para la vista de los ojos lo que para la de la mente aquellas grandes intuiciones instantáneas del genio que abrazan siglos de historia y millares de ideas.

El espectáculo que se disfruta desde Superga es uno de éstos, y aún más grande y más bello que su fama. Desde la grandeza de su cúpula, con una sola mirada á su alrededor, y en tres segundos, se abraza todo el inmenso círculo del Apenino genovés y

de los Alpes: desde Diego y Milésimo á la enorme pirámide del Monviso; del Monviso á la embocadura del valle de Susa; al gran San Bernardo, al Simplón, al monte Rosa, á las últimas montañas que se pierden hacia Levante, más allá del lago Mayor; debajo, todas las colinas de Turín pobladas de quintas y jardines; más lejos los bellos cerros de Monferrato, coronados de castillos, las colinas feraces de la izquierda del Tanaro, una sucesión de interminables tapices verdes, un campo sin confin, que se pierde en la vaporosa llanura de la Lombardia, plateada por las mil curvas del Pó, sembrada de centenares de pueblecillos y de caseríos, surcada de caminos innumerables, cubierta de una vegetación exuberante, de bosques, de viñas y de mieses; tan levantada y claramente visible hasta la más grande distancia; tan fresca y tan italiana de formas y de colores; tan grande y terrible de antiguas y de nuevas memorias, tan majestuosamente serena en la inmensidad de sus horizontes azulados, por donde la imaginación se arroja hasta los opuestos confines de Italia, que después de haberla recorrido entera, al mirar debajo la ciudad de Turín, pequeña y recogida sobre el con-

fuerza del Pó y del Dora, dentro de un círculo de verdura, enfrente al hermoso monte cónico de los Capuchinos, viene espontáneo á los labios el *Te beata* que exhaló Ugo Foscolo en Florencia, y se queda uno maravillado de que toda aquella belleza no haya recibido todavía de algún gran poeta el título de un elogio inmortal.

*
* *

He buscado muchas veces curiosamente con un esfuerzo de imaginación el darme cuenta de la impresión que puede producir la ciudad de Turín en un italiano que la vea por vez primera.

Ciertamente que un italiano que llegue con la idea de encontrar una ciudad oscura y algo triste, como los despechados suelen definir Turín—una aldea engrandecida—un montón de conventos y cuarteles—experimentara un desengaño agradable al salir de la estación de Puerta Nueva, en una bella mañana de primavera. A la vista de aquel gran Corso, largo como los Campos Elíseos de París, cerrado á la izquierda por los Alpes, á la derecha por la colina, delante de aquella enfilada de plazas, de

aquella hilera de pórticos, de aquel verde lúcido, de aquella vasta alegría, llena de luz y de trabajo, exclamará:—¡Magnífico! ó lanzará al aire uno de aquellos suspiros que equivalen á palabras de admiración. Y caminando atrás hacia la plaza del Castillo...

Pero un italiano que vaya á Turín por vez primera, si tiene siquiera una chispa de amor patrio en la sangre, es imposible que, internándose en el corazón de la ciudad, guarde tanta frialdad de ánimo que no la juzgue con ojos de artista. Deberá sentirse elevado, transportado por un torrente de recuerdos, admirado por una porción de imágenes queridas y gloriosas, que transfiguren la ciudad á sus ojos y le haga parecer bella cada cosa.

Debe ver á Carlos Alberto frente á los pórticos del palacio real, en acto de declarar la guerra de la Independencia; encontrar debajo de los mismos, al Conde Cavour, que va al Ministerio, con su movimiento clásico, de frotarse las manos; ver los Comisarios austriacos de 1859, que llevan el *ultimátum* al Presidente del Consejo; los correos que devoran la calle Nueva, portadores de noticias de la batalla de Goi-

to, de Pastrengo y de Palestro; las Diputaciones de la Italia central que traen los votos del plebiscito; una legión de viejos generales predestinados á morir en los campos de batalla; en una esquina, Máximo de Azeglio; en el fondo de una calle, César Balbo; aquí Brofferio, allá Berchet, más lejos Gioberti; caras tristes y gloriosas de prisioneros de los Plomos y del castillo del Huevo; jóvenes que ostentan en la frente como un destello el presentimiento de la epopeya de los Mil; batallones de tostados cazadores de la Crimea que pasan á la carrera, y pelotones de jóvenes emigrados que llenan la calle agitando los sombreros al pasar el coche de Victor Manuel; en cada parte cien imágenes de aquella vida ardiente y tumultuosa, llena de esperanza y de audacia, de *gritos de dolor*, de cantos de guerra y de músicas triunfales, que se agitaron por quince años entre estas murallas.

El centro de Turín tiene una belleza propiamente suya, invisible para el extranjero indiferente, pero que debe fascinar al italiano recién llegado. Cada ángulo suyo, cada casa suya, habla, cuenta, muestra y grita. Cada arco de sus pórticos ha sido

el arco del triunfo de una idea victoriosa; sobre cada piedra de sus aceras se han encontrado, estrechándose la mano por primera vez, dos italianos de diversa provincia, dos desterrados, dos soldados de la gran causa común; todo humea al inmenso soplo de amor patrio que pasó por allí, inflamando y revolviendo cada cosa como huracán de fuego. ¿Qué italiano puede llegar allí sin sentirse conmovido? En una vuelta de pocos pasos, alrededor del palacio Madama, se ve y se recuerda todo. En pocas ciudades los sitios y los monumentos más memorables se encuentran mejor dispuestos para sorprender todo junto, la mirada y la mente. Es á la par bella para el artista y para el poeta aquella plaza vastísima que circunda el patio de un palacio desmesurado. Aquella morada, severa y desnuda, detrás de la cual se levanta la cúpula de la vieja catedral; el palacio Madama, sombrío como una fortaleza, coronado de nubes de palomas; la cortina blanca de los Alpes que cierra la calle Dora Grossa, la cortina verde de las colinas que cierra la calle del Pó, aquel contraste de barracas de feria y de palacios austeros, de multitud y de estrépito de un lado, y de so-

ledad tranquila del otro, dan á aquella parte de Turin un aspecto singular, mixto de ciudad nueva y de ciudad vieja, de gravedad del Norte y de alegría meridional, de majestad y de modestia á un tiempo, que hace trabajar la fantasía como una poesía de doble sentido.

Pero aquí no puede formarse una idea de Turin el forastero. Reposado el tumulto de los recuerdos, necesita internarse en aquella parte de la ciudad comprendida entre calle del Pó, calle de Roma, el Corso del Rey y el río. Si no ha salido jamás de Italia, experimentará sin duda una nueva impresión. La ciudad parece fabricada sobre inmenso tablero de ajedrez. Por doquiera que se va no se llega más que á describir líneas en greca perfecta. Todas las calles, al primer aspecto, se parecen; cortan todas un largo rectángulo de cielo con dos filas de casas de color uniforme, cuya mirada va de los aleros á las aceras sin encontrar nada que la tropiece, alineadas, como lo eran los viejos regimientos piemonteses con los gascadores y los guías de línea, después de una hora de trabajo. Se va adelante y parece siempre que se pasa y se torna á pasar por los mismos lugares. Se puede andar á ojos

cerrados; no hay equivocación; cada tantos pasos, abriendo de vez en cuando los ojos, se verán dos interminables calles rectas á derecha é izquierda, una cerrada por los Alpes, la otra cerrada por las colinas. Alguna semejanza con otras ciudades se puede encontrar: recuérdase calle de Toledo en Palermo, Liorna y ciertos barrios de Barcelona y Marsella.

Pero aquí hay alguna cosa especial difícil de definir; un no sé qué de más rígido y de más correcto. No son las casas francesas, jaulones con pretensiones de palacio, adornadas de decoraciones postizas: tenduchas compuestas. Son filas de Hermanas de la Caridad, hileras de colegialas, gruesas burguesas acomodadas, robustas, con vestidos de casa, que se presentan francamente como son, respirando un aire de bondad mesurada, de amor á la vida regular, á la costumbre de las pasiones contenidas. El color amarillo impera, con todas sus variaciones, desde el calcáreo obscuro al oro pálido, mixto de innumerables tintas verdosas y grises, que, sin embargo, se pierden en un tono general amarillento, un poco desfumado, que da á la ciudad cierto aspecto tranquilo de decoro oficial.

Aquí y allá hay una tentativa de rebelión de una casa azul; en tal cual punto salta el grito agudo de un edificio blanco, que produce cierto escándalo en aquel silencio de modestos colores; pero enseguida se restablece la disciplina en dos largas filas de casas de la misma tinta, un poco tostadas, que tienen como el aire de desaprobar aquella locura.

Recorridas las primeras calles, se empieza á notar alguna correspondencia entre la forma de la ciudad y el carácter de la población. Hay expresada una determinada obstinación en aquella uniformidad; hay una idea de claridad en aquel desdén de toda ostentación, un cierto indicio de proceder franco en aquella anchura de espacio, una imagen de fuerza en aquella cuadratura de edificios, una perseverancia que va derecha al fin, en aquella rectitud de líneas. Pasando por aquellas calles se recuerda involuntariamente la disciplina del antiguo ejército sardo, las antiguas costumbres militares de la población, la rigidez de la burocracia, la omnipotencia de los reglamentos, el estilo duro de Alfieri, la sencillez desnuda de Silvio Pellico, la corrección un poco pedantesca de Alberto

Nota, el estilo cadencioso y simétrico de los largos períodos oratorios de Angel Brofferio, y la claridad ordenada de los artículos de Don Margotti, de Jacobo Dina y del doctor Bottero. Se adivina la vida de la ciudad al primer aspecto. No hay, como en Florencia, la pequeña encrucijada, el angulillo, la plazoleta, donde cada cual parece que está en su casa, donde es posible el diálogo entre la calle y la ventana y la espera de una hora con la espalda en la pared. Aquí está por todas partes la ciudad abierta, ancha, pública, que ve todo, que no se presta al círculo, que interrumpe la conversación íntima, que dice continuamente como el policía inglés: —«Circular, dejau pasar, seguid á vuestros negocios.»— Se sale con el mejor propósito de andar por andar, y se concluye con fijarse uno á sí propio el término del paseo.

A un cierto punto se siente un poco de saciedad; el artista se revuelve contra aquella regularidad acompasada. Se tiene la cabeza llena de ángulos rectos, de paralelismo, de simetría, de analogías, y por despecho se desearía poder desarreglar toda aquella geometría con un golpe de vara mágica que pusiese á Turín en desor-

den. Pero poco á poco, como ciertos motivos monotonos que á fuerza de oírlos repetir se fijan en la cabeza con irresistible simpatía, así aquella regularidad se impone de grado en grado al gusto, y subyuga la fantasía. Se toma amor á aquella uniformidad que deja la mente libre, á aquella especie de dignidad edilicia no ofendida todavía de la insolencia charlatanesca, del *reclamo* colosal; aquella correspondencia de panoramas que se adivinan antes de verlos, como la rima de la estrofa metastasiana; aquella claridad rigurosa, aquellos grandes trozos de cielo, aquellas calles larguísimas en que insensiblemente el paso se apresura, la mirada se hace perspicaz, el pecho se dilata, la mente se esclarece, á las grandes plazas y á los grandes jardines que abren aquí y acullá un ancho hueco improvisado, lleno de aire y de verde, en la red sombría de las calles gemelas. La ciudad se adormece un poco entre la calle del Pó y la calle de San Lázaro, donde grandes manzanas de color obscuro arrojan como una sombra de tristeza en las calles anchas y solitarias, en las cuales no se oye estrépito de trabajo, y la pisada del que pasa resuena bajo la bóveda de los so-

portales mudos y en los patios hierbosos; pero revive y se rejuvenece sobre los confines del Barrio Nuevo, donde por seis calles alegres y claras, llenas de gente del pueblo, se ve el verde apretado del Corso del Rey; y en la extremidad de todas las calles que van de Poniente á Levante, dan las colinas del Pó un reflejo de serenidad y gracia campestre. Mientras más lejos del centro, más amena y variada se presenta la ciudad.

Se encuentran ángulos airosos, tranquilos y simpáticos, que hacen pensar en la vida recogida de un buen jefe de sección jubilado, que va cada día á cualquier hora á leer el periódico al café vecino y á dar el paseo higiénico en el callejón próximo, y tiene su rato fijado para la galante visita de una buena amiga de cuarenta años; los pequeños círculos donde se trabaja, de aspecto juvenil, formados de altas casas poderosas que dominan vasto horizonte, á través del cual parece verse los cuartos de tantos estudiantes de provincia, pobres, pero de buena raza piamontesa, que machacan obstinadamente sobre los libros, llevando una vida de sacrificios, para procurarse un porvenir brillante y lucrativo;

grandes casas abiertas en ángulo hacia la calle, con cinco órdenes de terrazas que enseñan mil pequeñas particularidades íntimas de la vida turinesa: el criado que arregla las flores de la condesa del primer piso; y más arriba, ascendiendo por la escala social, á medida que se sube por la escalera de la casa, se llega hasta el empleado insignificante que lee el diario debajo de las tejas, y la mujer del operario que extiende sus baratijas fuera de la buhardilla.

Siendo las calles larguísimas, presentan sucesivamente varios aspectos; marchando derecho hacia adelante por una calle sola, se atraviesa una pequeña parte del Turín comercial, una parte del Turín elegante, un barrio pobre, un barrio poblado, un barrio desierto; se ve la ciudad en todos sus aspectos, sin necesidad de volverse una vez sola. Y no se encuentran grandes contrastes. Los palacios, colocados á la par en las grandes casas burguesas, algunas disimuladas todavía por una fachada común, como el palacio de la Universidad y el palacio de la Academia Filarmónica, no sirven para dar carácter á las calles. No existe el palacio vistoso del gran señor, que oscurece los edificios que lo rodean y

da la imagen de una vida espléndida y soberbia. La arquitectura es democrática é igualitaria. Las casas pueden llamarse entre sí—«ciudadanas»—y tutearse. La división de las clases sociales en forma de estratos superpuestos del piso principal al tejado, quita á la ciudad aquella oposición visible de magnificencia y de miseria, que encienden en la imaginación el deseo inquieto y triste de las grandes riquezas.

Dando vueltas por Turin se experimenta á menudo el deseo de una vida desahogada sin ostentación, de elegancia discreta, de pequeñas comodidades y de pequeños placeres, acompañados de una laboriosidad regular confortada por un capital modesto, pero sólido, como las pilastras de aquellos pórticos, que dé la seguridad en el porvenir. Pero este carácter aparente de Turin muda de repente al entrar en aquella parte de la ciudad que se extiende entre la calle de Santa Teresa y la plaza de Manuel Filiberto; aquí la ciudad envejece de repente en algunos siglos; se oscurece, se aprieta, se intrinca, se hace pobre y melancólica. El forastero que cae allí por primera vez, queda estupefacto, como en la transformación instantánea de una escena teatral.

Apenas ha entrado, la ciudad se le cierra alrededor, interceptándole la vista por todas partes y se queda preso como en un cepo. Las calles serpentean y se rompen de una manera original é inesperada, flanqueadas de casas altas y lúgubres (divididas por una tira de cielo), que se abren en portones bajos y cavernosos, de los que se ven patios negros, escaleras sombrías, corredores oscuros, callejones sin salida, profundidades húmedas y tristes de claustro y de prisión. Parece que se ha descendido á un Turin subterráneo donde no penetra más que una luz reflejada. Y caminando adelante hacia el palacio municipal, todo se hace más estrecho, más negro y más viejo. Se sale por encrucijadas angostas que recuerdan las escenas de Goldoni, donde se chismorrea desde la calle á las ventanas, á ángulos de callejuelas recogidos é íntimos, en que parece que todas las familias que lo habitan deban hacer vida común, como tribus de gitanos; se ven casuchas misteriosas cerradas entre altos muros sin ventanas, de un gris sucio, cubierto de grandes manchas diabólicas; y más allá imágenes de vírgenes en las esquinas de las casas, tiendas de barbería

con la luz encendida desde el medio día, puestos de baratijas que parecen embocaduras de cueva, bodegones de pueblo con insignias grotescas y pequeños patios cubiertos de techumbres rústicas, atestados de carros de mercaderes del campo; cafés sepulcrales que cuatro parroquianos lo llenan; y se marcha en medio de filas de tenduchos que lo tienen todo fuera de la puerta; entre olores de quesos, de zapatos, de aceites, de sardinas, con un olor rancio y pasado, en una media luz de crepúsculo, entre un ir y venir de gente desocupada que se aprieta á la pared para dejar el paso á carros y carretas que llenan toda la calle; y se ve entre aquella gente figuras que no se encuentran más que allí, de beatas apergaminadas, á quienes se preguntaríañ las señas de Carlos Manuel III; tenderos viejos como las calles, que tienen el aire de haber militado contra España; momias de plateros seculares á los que viene el deseo de dar al paso, la noticia fresca de la unificación de Italia.

Hay en toda aquella parte de Turin un mal olor de antiguo poblachón fortificado, una tristeza de Museo arqueológico, un tal vejestorio de paredes, de mercancías, de

caras, de exhalaciones, de tintas, que parece mirarse alrededor con la idea de ver todavía los judíos con el lazo amarillo en el brazo y poner el oído para escuchar si la campana de la antigua torre de Dora Grossa suena por casualidad para una ejecución de pena capital, ó para la llamada del Consejo Decurional de la ciudad. La ilusión se hace más viva llegando á la plaza del Municipio. Delante de aquel palacio, joven de dos siglos, pero ya de antiguo aspecto, en aquella plazuela recogida, poblada por gente del campo, circundada por pórticos llenos de bancos de vituallas, atravesada por la multitud que va al mercado de Puerta Palacio, en medio de las estatuas colosales de Carlos Alberto y de Víctor Manuel, entre el duque de Génova, que blande la espada, y la atlética figura del conde Verde, que derriba por tierra sarracenos; enfrente á la calle estrecha y austera por donde la mirada se dirige al palacio silencioso de las antiguas Secretarías de Estado, permanece uno tan sorprendido y angustiado por los recuerdos y las imágenes de otro tiempo, que parece revivir y ver y comprender hasta en su más mínima cosa la antigua capital del Piamonte, aquella pequeña ciu-

dad, ruda, severa, soldadesca, seria, que preparó obstinadamente en silencio la gran lucha y se arrojó la primera con la cabeza baja contra el colosal enemigo, con el ímpetu del toro, del cual ha tomado su escudo.

Y casi se olvida, estando en aquel punto, la bella Turin, vasta, alegre, creciente, que se engrandece alrededor por todas partes y parece caer de otro mundo, volviendo á entrar de improviso en la calle de Dora Grossa, que esparce un torrente de aire y de vida nueva á través de aquel mundo envejecido. Como canciones monotonas y tristes que concluyen en una risa argentina, todas aquellas calles viejas que corren de Levante á Poniente, van á dar en calles espaciosas y claras, desembocando en plazas y jardines, conduciendo á una nueva Turin juvenil, atravesada por anchas vías, llena de verde, rebelde á la antigua disciplina arquitectónica, donde al gran edificio aislado, sucede la casa genial, la gruesa pilastra á la columna esbelta, la terraza en filas á la terraza de balaustrades; al amarillo fastidioso, mil colores rientes y ligeros; á un Turin regular y simétrico sin monotonía, que abre hacia los Alpes la gran boca de la plaza del Estatuto, como para

aspirar á grandes ondas el aire sano y vivificante de la montaña.

Toda esta parte de Turin recibe un reflejo particular de belleza, de la gran cadena alpina que corona el horizonte con sus desmesuradas pirámides blancas. Parece que los Alpes arrojan en sus plazas y en sus tranquilas calles el sentimiento del inmenso silencio de su soledad. En cada parte despunta su cima; todo se perfila en su blancura; las últimas casas de Turin creeríanse construidas á su falda; en menos de una hora parece que se deba llegar al pie de la primera montaña. Al levantarse el sol, toda la gran cadena se tiñe de ligerísimo color de rosa, de una gracia infinita, que impone casi silencio á la admiración, como si la palabra pudiese romper el encanto y desvanecer la visión. Durante el día, el espectáculo cambia á cada hora. En ciertos momentos se entrevé apenas; en otros, detrás de un velo de niebla, como línea misteriosa, dibújense los contornos altísimos que simulan perfiles de nubes enormes é inmóviles; después, la cadena inmensa pasa por todos los matices más frescos y más pomposos del azul, presentando un tono uniforme sin sombra, que le da la

apariencia de una prodigiosa muralla vertical y festoneada, que separa dos mundos. Ora las montañas aparecen muy cercanas, á través del aire limpio, variado, de infinitos contrastes de sombra y de luz; que hacen distinguir claramente todas las crestas, todas las pendientes, todas las gargantas, todos los desfiladeros, los más pequeños relieves y las más ligeras ondulaciones de sus monstruosos flancos, como si se viesan en el telescopio; ora desaparecen casi en el resplandor blanco del medio día, desmesuradamente lejos, con una tinta vaporosa, que se confunde con el cielo y engaña al ojo que la busca, con unas siluetas fantásticas, de altura sobrenatural, que se desvanecen cuando se cree tenerlos sujetos. Á veces muéstranse aquí y allá á largos intervalos, como encuadrados en los girones de las nubes, después del caer lento de agua pura y fresca, sobre el cielo terso y profundo: otras veces se ven ceñidos de inmensos velos blancos, coronados de aureolas candidas, empenachados de nubecillas luminosas, que dan un aspecto más solemne á las cimas, como risa de gracia pasajera, contrastando con la majestad impasible de su grandeza.

Pero el espectáculo, siempre bellissimo, es maravilloso hacia la noche, cuando la luz caliente de la puesta del sol retrocede de altura en altura y todas las terribles puntas se dibujan en contornos oscuros sobre el cielo purpúreo, como las agujas de una ciudad fabulosa sobre el esplendor de un incendio; y cuando todo el gran círculo de las montañas, estando ya sumergido en la sombra, el monte Rosa solitario brilla todavía con su magnífica luz rosácea, como si latiese en él el rayo de otro sol, y sus cimas gloriosas gozasen del privilegio de una eterna aurora. El forastero debe recoger aquel momento, cuando está todo comprendido en la formidable belleza de los Alpes, y de aquel sentimiento afectuoso y triste que se prueba á la vista de los confines de la patria, para procurarse uno de los más agradables efectos de contraste que presenta Turin.

Debe salir en coche y hacerse conducir rápidamente por la vía más recta y por la orilla izquierda del Pó. Allí era el poema, aquí el idilio, delante el cual el pensamiento, que ya vagaba más allá de los Alpes, vuelve todo hacia Italia. Es un paisaje todo verde, lleno de gracia aunque algo teatral: tanto

cada parte se ve, se enseña, se muestra casi á la mirada, que más parece delatar la intención de un artista, que revelar la obra de la Naturaleza. Las colinas escalonadas en la orilla opuesta avanzan hacia el río, se retiran, se disponen en anfiteatro, se empujan hacia adelante, se alzan las unas sobre las otras en curva ligera y gentil, y acompañan el movimiento el espectador con una mirada cariñosa y con un acto de asentimiento de la cabeza. Cubiertas de viñas, sombreadas por bosquecillos de pinos, sembradas de casas y de quintas, no tan apretadas que roben su gracia á la soledad campestre; semejantes aquí y allá en la vegetación y en la forma á ciertos trozos de las colinas del Bósforo y del Rhin, así son éstas. Casas de campo se extienden á lo largo de la ribera; de una parte el castillo del Valentino, refleja en las aguas sus murallas severas y sus puntiagudas techumbres, y el río se alarga entre dos orillas solitarias que serpean por entre mil pequeños senos cubiertos de sauces y de alisos; en la parte opuesta, el paisaje se abre con grande anchura; y se levanta en otros lados, formando grandes curvas majestuosas y soberbias, la colina de Superga, coro-

nada por su Basílica solitaria encendida por el sol.

El estrépito de un molino, el murmullo de una pequeña cascada del río y las voces de las lavanderas arrodilladas á lo largo de la orilla, son los únicos ruidos que turban el silencio de aquel vasto jardín lleno de belleza y de paz, delante el cual el más prosaico Prudhomme turinés se pára admirado. Y el viejo Pó, ánecho y lento, esparce en medio de aquella gentileza, la poesía guerrera de sus recuerdos y de sus glorias.

*
* *

Pero no ha visto Turín quien no ha visto sus alrededores, cada uno de los cuales tiene carácter propio no bastante observado, ni aun quizá por los mismos turineses. Hay que dar una vuelta curiosísima, saliendo de San Salvario y bajando por la antigua plaza de Armas, y por el barrio de San Donato hasta el barrio Dora. El barrio de San Salvario es una especie de pequeña *City* de Turín, de grandes casas ennegrecidas, velado de nubes de humo por la gran estación del ferrocarril, que lo llena todo con su respiración afanosa; del rumor me-

tálico de su vida ruda, de prisa y sin reposo; una pequeña ciudad aparte, joven de treinta años, trabajadora, hormigueada por operarios llenos de polvo y de carbón, y por empleados preocupados que, atravesando las callès á largos pasos, entre el ruido de los caballos colosales, y el estrépito de los carros cargados de mercancías que hacen vibrar los cristales, oscilando entre los ómnibus, los tranvías y las carretas sobre el empedrado sonoro. El aspecto del barrio es todavía turinés, pero imita la *barrera* de París.

Los pórticos están atestados de gente ocupada que se disputa el sitio; las escaleras de las casas resuenan con pasos precipitados; en los cafés se habla de negocios; todo da indicio de una vida más concentrada que en las otras partes de Turín. Es un pequeño Turín de *blusa*, que se levanta temprano, trabaja con reloj en mano sin perder tiempo; que frecuenta el teatro Balbo, pasea en el Corso del Rey y va á tomar la taza de café al Ligur; donde es la ciudad alegre y rumorosa por la noche; democrática, un poco burda, llena de buenas esperanzas, aireada y limpia, un poco cansada, pero contenta de sí misma, en medio

del césped de los anchos paseos que la coronan, delante de la estación que la ensordece con sus fragores y bufidos de gigantesco taller.

De allí, bajando por el Corso Victor Manuel, se llega á la vieja plaza de Armas, en medio de una pequeña ciudad nacida ayer, á una especie de jardín arquitectónico, pintorescamente desordenado, donde cada semana surge una casa; donde se vuelve á encontrar el *Hotel* de los Campos Eliseos, el pequeño palacio del *Viale de Florencia*, la casita de campo genovesa, el casino Suizo, un verdadero montoncillo de caprichos ostentosos, cada uno de los cuales parece la protesta de una bella señora contra la antigua tiranía de la arquitectura reglamentaria.

Las calles, estrechas y regulares, donde el silencio no se interrumpe más que rara vez por el rumor de algún coche particular, se bifurcan y serpentean entre las paredes multicolores y las verjas elegantes de los jardines, dando vueltas alrededor de las casas mudas, en curvas respetuosas y corteses, y formando encrucijadas simpáticas de donde se ven aquí y allá porciones oblicuas de casas de campo lejanas, terra-

zas y balcones, pequeños pórticos, jardincillos de invierno cubiertos de vidrieras, pabellones y kioscos coloreados; tras de todo lo cual aparecen y desaparecen libreas de cocheros y cófias blancas de ayas. Se olvidaría de estar en Turín, si todos aquellos techos agudos, aquellos cornisamentos franjeados, aquellas chimeneas de forma graciosa y extraña, no se dibujasen sobre la blancura de los Alpes. Es un barrio alegre, mezcla de ciudad y de campo, lleno de fragancia, de hierba y de flores, con un ligero color de misterio, un poco femenino, que hace venir á los labios los versos de Alfredo de Musset, y despierta mil fantasías voluptuosas de amores aristocráticos, de escalas de seda y de duelos á muerte en el silencio de los jardincillos cerrados, á la luz de la luna.

Los jóvenes novelistas de Turín se servirán ampliamente, sin duda, en sus novelas del mañana de esta pequeña ciudad pomposa y gentil; y en tanto, la misma se extiende rápidamente y se puebla por todas partes, esperando al rey gigantesco destinado á dominar sobre sus casas.

Poco lejos de allá, girando á derecha, cambia todo; se entra en una ciudad militar.

El arsenal, los depósitos de artillería, el laboratorio pirotécnico, el taller militar mecánico, la ciudadela, el gran cuartel de la Cernaia, se extienden en larga cadena, desde la plaza Solferino á la plaza San Martín, y dan á aquella parte de la ciudad un aspecto soldadesco, completado por tres monumentos guerreros: al duque de Génova, á Alejandro Lamarmora y á Pedro Micca, que blanden la espada y la mecha. Aquí, á ciertas horas del día, parece una ciudad fortificada en tiempo de guerra. Los reclutas hacen el ejercicio en los paseos y en la plaza Venecia, por las calles pasan los piquetes de guardia, los carros de los viveres y los coches de ambulancia, cruzan ordenanzas del tren á caballo y asistentes de infantería con los niños de los oficiales de la mano; salen pelotones de carabineros de la ciudadela, grupos de oficiales de la escuela de equitación, bandadas de operarios de los talleres militares; y algunas veces, mientras el arsenal de artillería llena la calle vecina con sus rumores amenazadores y del laboratorio pirotécnico se oyen las detonaciones, el cuartel de la Cernaia arroja cantos y sonidos de trompeta, las bandas de los regimientos pasan

tocando, y resuena la máquina de vapor de los ingenieros militares, y todo este estruendo llena el ambiente, haciendo temblar las casas. Completan el cuadro los viejos oficiales retirados que leen la *Gaceta* á la sombra de los plátanos, y la larga procesión de *hijas de militares*, vestidas de negro y azul, que van por el paseo en doble fila por orden de estatura.

Todo aquel barrio de Turín toma el colorido del ejército. Debajo de los pórticos están los pequeños *restaurants* que tienen abono, llenos de oficiales hacia el anochecer; cuartos amueblados y que se alquilan en los entresuelos, grandes cuadros de fotografías, llenos de militares limpios y lustrosos, plantados en actitudes marciales; pequeños puestos de vendedores, donde el soldado va á comprar el espejillo, la pipa, el pliego de papel de escribir y el ovillo de hilo; las pilastras tapizadas de periódicos populares ilustrados, para engañar el tiempo en el cuerpo de guardia y en el cuarto de banderas. La población tiene, sin embargo, su carácter especial. La gente de las tiendas conoce las señales de la corneta y los horarios, las verduleras hablan de «traslación de guarniciones» y de «campo

de instrucción» y los pilluelos silban el toque de retreta.

Es un pequeño Turín sobre las armas, fuerte y alegre, en el cual se encuentra un centinela á cada paso y se camina de noche bajo una perpetua amenaza del *quién vive*; ciudad bella y pintoresca, sobre todo de noche, con sus largas murallas silenciosas, con sus vastos patios escondidos, cuando la luna cae sobre las almenas del gran cuartel de Alfonso Lamarmora y pende... «*como un punto sobre una i*» (como dijo el poeta francés), sobre el carabinero solitario derecho delante de su garita, en los llanos desiertos de la ciudadela adormecida.

*
* *

Caminando adelante hacia Poniente, pasado el barrio de San Donato, que se alarga sobre una calle sola, tomando gradualmente el aspecto de gracioso pueblecillo, se entra por el Corso Principe Eugenio, en una parte de Turín extrañísima, poco conocida, en la cual la ciudad se pierde en el campo; y donde están recogidos los principales Institutos de Beneficencia, entre los cuales se cuentan el retiro del

Buen Pastor, el hospital de San Luis, el manicomio, el establecimiento de Don Bosco, el hospicio de Cottolengo; edificios cerrados y mudos, con aspecto de conventos y de cárceles, con las persianas echadas, con ventanas de celosía, con puertas y postigos de grandes herrajes, que dan al sitio el aspecto misterioso de barrio de ciudad oriental. Aquí vive un mundo invisible de enfermos, de viejos, de *traviatas*, de *recogidas*, de muchachas abandonadas, de niños sin padres, de jóvenes pobres, de maestras y de Hermanas de la Caridad que rezan, sufren, estudian, trabajan, se preparan para la vida y la muerte, separadas del mundo, en el recogimiento severo de su pequeña ciudad solitaria.

Las calles están casi desiertas. Pasan los coches con la cortina echada, se encuentran sacerdotes, alguna monja, mendigos, se oyen cantos infantiles, ecos lejanos de letanía, rumores de puertas interiores abiertas y cerradas cautelosamente, y el tin-tin de campanillas de locutorio, á cuyos sonidos siguen silencios profundos. Todo respira paz, resignación y penitencia. Quien pasa por allá, baja la voz sin advertirlo, olvida el Turín rumoroso del trabajo

y de los placeres y se abandona, apretando el paso, á la meditación de los dolores y de las miserias humanas, agujoneado por una curiosidad triste por penetrar en aquellos recintos severos, por interrogar á aquellas desventuras, por averiguar aquél mundo desconocido y escondido, donde tanta gente piadosa consagró la vida y la fortuna.

Á la tristeza de aquel barrio singular corresponde la campiña circundante, llana y silenciosa, especialmente en invierno, á la hora de la puesta del sol, cuando sobre las casas y los campos cubiertos de nieve, ya sumergidos en la sombra azulada de la noche, brilla todavía bajo los últimos rayos del astro rey, la alta estatua dorada de María Auxiliadora, derecha sobre la cúpula de la iglesia solitaria, con los brazos abiertos hacia los Alpes.

*
*
*

Prosiguiendo hacia adelante por la calle de San Máximo, se llega á la gran plaza octogonal de Manuel Filiberto. Pero para verla en toda su belleza, es necesario ir en una mañana de sábado, en invierno, en pleno mercado. Un Zola turinés podría

colocar allí la escena de una novela intitulada *El vientre de Turín*.

Bajo los vastos techos, entre largas filas de barracas de mercaderes de telas, de tiendecillas de quincallería y de exposición de cacharros, al aire libre, en medio de montes de frutas, de legumbres y de caza, montones de cestas y de sazos; entre el vaivén de las carretas que se llevan la nieve, entre el humo de las castañas asadas y de las peras cocidas, gira y se agita confusamente una multitud apiñada de campesinos, de criados, de lacayos, de criadas arropadas en sus mantones, de amas de gobierno, de asistentes con la cesta al brazo, de mozos cargados, de mujeres del pueblo, y de muchachos harapientos, que hacen negra la plaza.

Alrededor de los innumerables bancos hay una alternativa apretada y continua de ofertas y de negativas, de discusiones con frases secas y truncadas, de voces de admiración y de desdén, de apóstrofes y de insultos, que se confunden todos en un murmullo sordo y difuso, como de una multitud descontenta. Allá es necesario ir para ver las verduleras famosas, de puños formidables, de cuadrada robustez y de len-

gua viperina; y para estudiar la potencia insolente del dialecto piamontés, la ferocidad despiadada de la injuria plebeya, el chiste que abofetea, el sarcasmo que levanta la piel, desgarrar la carne y rompe los huesos.

Por una parte está el mercado de las aldeanas llegadas de todos los ámbitos de la provincia, que han salido á media noche de sus pueblos respectivos para llegar á tiempo y coger buen sitio, á derecha é izquierda de un paseo flanqueado de plátanos, y están allí puestas en fila, derechas ó sentadas, con su banasta expuesta sobre los montones de nieve sucia, estrechadas las unas contra las otras para estar calientes, con zuecos, apretujadas, fajadas de harapos y de mantones, con guantes viejos, con pañuelos recogidos alrededor de la frente, con sombreros de hombre sobre la cabeza, con capas viejas de carretero sobre los hombros, y apretado el calienta-manos, con las narices y la barbilla amoratadas y pasando entre medio de ellas la procesión numerosa y lenta de compradores.

Aquí un cura sopla entre las plumas de un pollo para descubrir los muslos; acá una vieja señora con anteojos, mira los huevos

uno después del otro al trasluz; más allá un viejo solterón, acompañado de la cocinera con la espuerta, examina un queso con el lente; en cada parte se toca, se palpa, se toma en peso, se huele, se disputa en tono de lamento, gesticulando con las coles en la mano, blandiendo los cardos, sacudiendo las gallinas, arrojando á los oídos del que pasa fragmentos de diálogos monosilábicos que hacen adivinar el tira y afloja de una hora por un céntimo, la economía desesperada, la avaricia rabiosa, la paciencia de los santos, la miseria secreta de decorosas familias vergonzantes, todas las durezas y las angustias de la gran lucha por la existencia.

Pasan señoritas elegantes, gruesos burgueses gastronómicos, cocineros desdeñosos, camareras señoritas, curiosos alegres, una multitud continuadamente variada, entre la cual descuellan las diversas especies de revendedores ambulantes, viejos decrepitos, muchachas, chiquillos con el cajoncillo al cuello que ofrecen un almanaque, una trufa, dos limones, una cadena de acero, un pedazo de tela, promoviendo un vocerío ensordecedor, dominado por la voz estentórea del vendedor de *La Crónica de los*

Tribunales, y de la cantilena fúnebre del sacristán, que agita un cepillo pidiendo la limosna para las ánimas del Purgatorio.

Por toda la plaza hay apresuramiento y mescolanza rumorosa, un hacerse y deshacerse continuo de corros alrededor de los coches de sacamuelas, de vendedores de específicos, de rascadores de violín, de proclamadores de encantos, de charlatanes melencolados que cuentan historias de delitos delante de cuadros enrojecidos de sangre, de titirimundis, elevados en medio de la nieve en grandes montones de paja encendida por vendedores helados, de fruta, para desentumecerse los miembros. Y no se puede decir cuánto es pintoresca y extraña aquella confusión de gentes y de cosas, de trabajo y de fiesta, de ciudad y de campo, observada á través de la niebla de la mañana, que lucha todavía con el sol, en medio de aquellos árboles pelados y llenos de perlas de escarcha.

Por el fondo de la plaza, descendiendo por una escalinata, se sale á una larga calle curva que va hacia la de Dora, delante de otro espectáculo curiosísimo. La calle toda, desde el principio al fin, es una sola y enorme tienda de baratijas al aire

libre; una exposición grandiosa y soberbia de miseria, de la que no es posible formarse una imagen, aun suponiendo que un barrio entero de Turín, invadido por el furor de la destrucción, haya volcado de las ventanas todos los chismes de su casa, desde el sobrado á la cueva y hasta del último rincón del último armario. Todo está ordenado, limpio, puesto á la vista con escrupuloso cuidado, como el objeto más raro, y al lado de cada una de las cien baratijas que forman aquel interminable bazar de harapos y de cosas viejas, siéntase el vendedor meditabundo, apoyada la mano en el carrillo, en postura filosófica, con los ojos fijos sobre las ruinas de donde extrae su subsistencia.

La variedad y la rareza de los objetos es maravillosa. Es una confusión de cosas y de restos de cosas, capaz de volver loco al desgraciado que debiese hacer el inventario. El bonete del cura, el sombrero sin forro del carabinero, el polichinela roto del teatrillo de San Martiniano, el vestido de seda, rajado, del teatro Scribe, la cerradura del siglo XVI, la novela incompleta de Eugenio Sue, el clavo roto, el aparejo del asno, el cuadro al óleo, el gorro empena-

chado del tenor, dientes postizos, alfileres descabezados, sartenes sin mango, yelmos, mapamundis, patas de mesa, restos de alcoba, de salones, de despachos, de buhardillas, de oficinas, de tabernas, enmohecidos, rotos, roídos por los ratones, agujereados de la polilla, marchitos por la lluvia y la humedad, descoloridos del barro, consumidos del moho, sin color, sin forma, sin nombre, sin precio; es todo aquello que el agitado mar de la vida humana arroja de sí, todo aquello que la mente puede imaginar de más miserable, de más inútil, de más despreciable, de más estropeado y de más desnaturalizado por el tiempo, por el uso y por la violencia.

En aquel extraño mercado comienza el trabajo á media noche á la luz de la linterna, y empieza la multitud al despuntar el alba. Allí va la modistilla furtivamente á buscar el chal desechado; va el padre de familia escaso de dinero á comprar el quinqué de petróleo; va el artista á buscar el traje para el modelo, va el anticuario, el bibliófilo, el actor tronado, el judío miserable, una procesión de colectores de bagatelas y de curiosos de toda especie, impacientes todos por llegar los primeros á

pescar en aquel *mare magnum*, en que se esconden algunas veces tesoros ignorados y pequeñas fortunas imprevistas: y todos dan vueltas y buscan ávidamente hasta entrado el día, en medio de un vaivén de gente campestre que contrata paños ya usados, harapos de buhoneros y cargas de zapatos viejos y de cabos de vela... entre mozos de cuerda, traperos, guardias municipales, criadas, tenderos, corredores, que fluctúan entre dos corrientes opuestas, entre el mercado de legumbres y el gran *pan-demonium* de la plaza vecina.

*
* *

Quien ha hecho esta excursión llegando hasta la calle de San Mauricio, hasta el frente del barrio del Pó, que cierra como gracioso escenario el gran proscenio de la plaza Víctor Manuel, ha visto la ciudad de Turín. Pero le queda por estudiar el movimiento y el aspecto de la población, que es también curioso.

El mayor torrente de la vida corre de la estación de Puerta Nueva hasta la Plaza del Castillo, donde llega engruesado por el afluente de la calle de Santa Teresa; allí

se extiende por la calle del Pó y por la calle de Dora Grossa, y serpentea en mil arroyuelos por las calles estrechas de la vieja Turín, hasta el gran lago ondeante de la plaza Manuel Filiberto. La gente se pierde en la grandeza de la plaza, donde no se ven más que *rari nantes*; presenta un aspecto general de elegancia en el último trecho de la calle de Roma y bajo los pórticos, y toma gradualmente un color modesto y popular á medida que baja hacia el río ó sube hacia los barrios de Norte y Poniente.

El orden se advierte en la multitud como en la arquitectura: pasa una procesión á derecha y una procesión á izquierda de cada acera, la una opuesta á la otra; de una parte no se ven más que nucas; de la otra no se ven más que caras. Ciertos personajes se suceden con una frecuencia que se nota enseguida; el viejo jubilado, afeitado y limpio, que va rasando la pared; el joven oficial de artillería de la escuela de aplicación; el estudiante vestido con un cierto descuido de artista; la modista del talle derecho y ehupado, con cuatro trapos encima, puestos con gracia señorial y agraciados por un andar caprichoso y compuesto; el trabajador de estatura mediana,

de aspecto rudo, miembros sólidos, de movimientos de soldado; el hombre joven, el industrial, el comerciante, el agente de negocios, entre los treinta y cuarenta años, descuidado en el vestir, de cara seria, que andando el tiempo se teñirá ligeramente de rojo por el Barolo añejo, con el cigarro Cavour apagado entre los dedos de la inquieta mano y un pensamiento fijo sobre la frente; el grueso padre de familia, burgués acomodado, con un rostro benévolo, que revela pocas ideas, pero aquellas pocas, sencillas, claras y sólidas, y enclavadas profundamente en el cerebro, en la conciencia y en el corazón. De trecho en trecho alguna señora alta, delgada y blanca, con ojos azules y el pie patricio, que hace con su capa de terciopelo negro una mancha rigurosa y pomposa en el gris vulgar de la multitud. Todos caminan mirando derecho, mirando hacia adelante; hablan sin apretar el paso; pocas conversaciones en voz alta; ningún apóstrofe de un lado á otro de la calle; se habla á media voz, en frases expeditas, gesticulando en un espacio circular de no más de dos palmos de radio, y volviendo á subir en seguida á la acera, por la fuerza de la costumbre, cada vez que están obli-

gados á bajar al arroyo. Y allá en las calles frecuentadas, se ve, como en las grandes ciudades de Norte, una especie de prisa en llegar los primeros y dejar atrás á quien camina al lado, como si cada vecino fuese un competidor de negocios. Todos los pasos son utilizados, se pasa rasando las paredes, se atraviesa la calle á la carrera, se va al par de los tranvías, se apiña la gente á los cruces de los coches y de los carros, y se apostrofan carreteros y cocheros con voces y gestos impacientes de gente que tiene los minutos contados. Pero una cierta apariencia de cortesía corrige el carácter un tanto áspero de aquella vida febril de ciudad industrial. Se saluda con premura, los sombreros se bajan con respeto, la gente se esquivá con unas vueltas esbeltas y amplias; los tenderos acompañan á los compradores á la puerta con ademán ceremonioso; el camarero se inclina al parroquiano sobre el dintel de la fonda; el cochero saluda á la propina; el vendedor de periódicos da las gracias de los céntimos con un buen augurio; las verduleras se llaman «señora;» las dos frases sueltas del galanteo turinés *muchas gracias* y *perdone usted*, se oyen en todas partes y con cada propósito, como el

pardon y el *s'il vous plait* en París, la ciudad hace sus negocios de prisa, pero con dignidad de señora educada, no de ordinaria vendedora.

Y como París tiene la hora del ajeno, Turín tiene la hora del *vermut*, la hora en que su cara se colorea y su sangre circula más rápida y más caliente. Entonces las escuelas arrojan por las calles nubes de muchachos; de los talleres salen turbas de operarios; los tranvías pasan atestados de gente; los carruajes van unos tras otros; las tiendas de los licoristas se llenan; un ejército de oficiales y de soldados de todas las armas se esparce por todas partes y arroja un soplo de juventud por las calles, y en la media oscuridad de la tarde parece verse Turín como gustaría á la imaginación figurársela en un porvenir lejano: una Turín de cuatrocientos mil habitantes, que llena su zona fiscal con un nuevo centro y nuevos alrededores, toda resonante de trabajo y rebosando de vida.

*
* *

Pero el más hermoso espectáculo vivo y al mismo tiempo el más original que ofrece

Turín, es el paseo bajo los pórticos del Pó, las tardes de invierno. Los soportales son los *bulevares* de Turín. La fonda de Europa puede representar el *Gran Hotel*; la iglesia de la Anunziata, la *Magdalena*; el café Fiorio, *Tortoni*; el teatro Real, la *Gran Ópera*.

También aquí en Turín la multitud mayor y la flor de la elegancia y del lujo están á la derecha. La primer cosa que salta á la vista es el contraste de la tienda espléndida con el barracón de pueblo que se presenta delante, al mismo tiempo oficina y despacho; el puesto de los fruteros frente á los *restaurants* aristocráticos; el revendedor de almanaques y de libros usados, frente al gran librero de lujo. La condesa vestida de gala pasa al lado del puesto de legumbres y de quesos; la conversación almibarada de los *dandy* es interrumpida por el rumor plebeyo de los quitamanchas y de los vendedores de fotografías; todo el mundo elegante desfila por medio de aquella lucha muda y continua del grande y del pequeño comercio, puestos los unos frente á los otros en expectativa hostil, como dos filas de centinelas, avanzados por dos gruesos ejércitos enemigos, de la burguesa y de la plebe.

Aquí la multitud es apretada y negra, dividida en dos corrientes que se tocan y á veces se confunden y se echan fuera de los soportales. En algunos puntos es un verdadero chorrillo, como la salida de un teatro, tanto que en el espacio de tres brazas cuadradas se encuentran á menudo un capitán de artillería, una pareja matrimonial, un cura, un estudiante, una modista, un obrero, estrechados en un mazo que parecen una sola familia. Alguna vez, para tomar espacio, la multitud está obligada á pararse, y todos «marcan el paso» como columna de soldados. El aspecto y la actitud general es grave, como el andar. La gente gira alrededor de la Galería Subalpina, á pasos lentos, procesionalmente, como en la sala de un museo, no causando más que un ligero cuchicheo que deja sentir distintamente las notas agudas de los cantantes en la sala subterránea del Café Romano. Bajo los pórticos no se siente más que un murmullo sordo é igual, por entre el cual resuena fuerte aquí y allá los sables de los oficiales y la risa argentina de las floristas y modistas, que hacen una escapada á través de la sociedad, con el envoltorio entre las manos, antes de volver á su casa, y las puer-

tas de los cafés, llenos, abiertas y cerradas bruscamente por miedo al frío; parece que se está en la galería de un palacio grandísimo donde los convidados desfilan respetuosamente.

Así como los encuentros son frequentísimos y se repiten, así es un saludarse continuo de militares, un continuo sombreroazo de amigos y de conocidos, de estudiantes y de profesores, de altos y de bajos empleados, que se vuelven oblicuamente al pasar cerca, para no pegarse encontronos. De la gente no se ve más que la cara. Los alientos humean. Pero los barracones reparan del frío. Se está bien en aquel ambiente tan estrecho, el uno al lado del otro, y parece que todos experimentan placer á juntarse, á sentarse delante, detrás y de lado de los pesados carriks, de las grandes capas de oficiales, de los gordos burgueses bien alimentados y calientes, acabados de salir de un comedor. De todas las calles laterales llega gente, cerrando el paraguas, sacudiendo los pies, escurriendo los trajes, blancos de nieve, y todos se paran entre aquella multitud con gusto, echando un suspiro como si entrasen en su casa.

Y de la muchedumbre, estando tan api-

ñada, se cogen al vuelo en todas partes, al pasar, trozos de diálogos... fragmentos de discusiones científicas, juicios literarios de estudiantes, reflexiones sobre el estado de los fondos públicos, alguna vez frases escapadas de confidencia de señoritas, que una oleada de gente ha separado de sus padres que vienen detrás, conversaciones francesas y alemanas, palabras dulces, vibrantes, á quemarropa, en los momentos de mayor confusión, especialmente al dar vuelta en los pórticos frente á la Galería, donde ocurre á menudo encontrarse cara á cara con marido y mujer, y sentir al mismo tiempo el humo del cigarro del uno en los ojos, el manguito de la señora entre las manos y la cabeza del niño en la cadera. Quien no esté acostumbrado, puede cansarse la primera vez é impacientarse de aquel extraño paseo; pero todos, antes ó después, le toman gusto. Hay no sé qué idea de intimidad doméstica en aquel lento vaivén de gente agrupada bajo aquellos arcos, delante de aquellos escaparates espléndidos que concluyen por imprimirse en la memoria, y uno á uno, como los muebles de la propia casa; hay una apariencia como de buen acuerdo universal, de frater-

nidad; una imagen viva de aquella unanimidad de sentimientos y de propósitos que hacen fuerte y simpático al pueblo piamontés; alguna cosa de genial y de benévolo que no se sabe decir bien, pero que produce cierto calor saludable en el pecho, á la parte izquierda.

*
* *

Turin, sin embargo, se presenta en muchos aspectos muy diversos, que un forastero no puede observar en pocos días.

Hay pocas ciudades que cambien la cara tan completamente al cambiar la estación y el tiempo. Tiene una belleza suya, propia, cuando está cubierta de nieve, cuando los Alpes están todos blancos, las colinas blancas, los jardines, los árboles de los largos paseos, las anchas calles, las grandes plazas, todo blanco... especialmente de noche, cuando á través de la apretada nieve que tapa la luz de las filas interminables de los faroles, no se reconocen las calles, se confunden las encrucijadas, la ciudad parece inmensa y en los vastos espacios desiertos reinan los silencios sombríos de ciudad deshabitada, en

que huyen y desaparecen, como sombra miedosa, el coche y la gente, y parece apagada para siempre la vida.

Es bella también en las mañanas de invierno grises y rígidas, cuando el cielo cubierto toma sucesivamente mil colores extraños de violeta, de oro y de púrpura, que semejan reflejos de grandes incendios lejanos, y cada calle está cerrada por una cortina de niebla, como por el humo del fuego de filas de una barricada; en la cual los monumentos se elevan como visiones, y las personas aparecen inopinadamente como si surgiesen de la tierra, y toda la población trabajadora de la mañana, paralizada por el frío, precipita el paso, sacude los pies, frota las manos, sopla en la punta de los dedos, salta y vuelve las esquinas en ángulo recto con las espaldas encorvadas, con los hombros subidos y el codo á la pared, cual si fuese perseguida por una legión de saetas invisibles; y diríase que los rayos del sol se quedan acobardados sobre las cornisas de las casas, y que la ciudad está condenada al hielo y á la penumbra de un alba perpetua.

Pero es bella, sobre todo en primavera, en aquellos días en que de un invierno

largo y perezoso se sale de repente á la bella estación, y se siente la verdad de aquello que dice Jorge Sand: «La primavera de Italia Septentrional es la más bella del mundo.» Entonces Turín se sacude por completo y como si se rejuveneciese en pocas horas; la población se extiende por los jardines y por los paseos, lo mismo que en las fiestas; por las grandes calles pasan torrentes de luz y de aire, y en cada esquina parece que sopla una brisa nueva; se perciben las ondas de olor de campo y de fragancia alpina, que dan una sacudida á la sangre; el cielo, las montañas, las colinas, las hondonadas lejanas de los caminos, todo está terso, limpio, fresco, alegre: Turín simula una ciudad americana, venida de allí en pocos años, en la primera alborada de su verde adolescencia, pero dorada por un rayo de belleza italiana.

*
*
*

Para observar Turín en su más bello aspecto, es necesario verla en ocasión de una de aquellas grandes solemnidades nacionales en que acuden los italianos de todas las provincias, viejos ministros que

pasaron los más bellos años de la plenitud de su vida; diputados sesudos que consumieron los años más bellos de la juventud; periodistas que hicieron las primeras armas; ricos que vivieron en la estrechez, antiguos emigrados, senadores, generales; todos los veteranos de aquella gran legión de hombres de Estado, de escritores, de luchadores, de soldados, de tribunos, que preparó é inició aquí la revolución italiana y se marchó con la capital.

Es magnífica y conmovedora aquella vuelta. Todos tienen aquí mil memorias; reconocen lugares y personas, vuelven á ver con el pensamiento los amigos y los compañeros perdidos; recuerdan al volver de cada esquina, puede decirse, un acontecimiento y una emoción.

En tales días la población turinesa está toda en movimiento, y como si ella misma resucitara á aquellos tiempos, que parecen ya lejanos, á aquellos bellos años de entusiasmo y de esperanza; todavía ella reconoce á cada paso un antiguo huésped, diputados encanecidos, generales encorvados, graves publicistas de quienes ha leído el primer trabajo literario, ministros que vivían en una habitación del cuarto piso

en calle Dora Grossa; caras, voces, gestos que hacen revivir todos los más queridos recuerdos y hacen palpitar el corazón. Entonces ciertos sitios de la ciudad, ciertos ángulos históricos, vuelven á tomar por algunas horas el aspecto antiguo; se torna á ver en los viejos cafés los personajes y los círculos de otro tiempo; por todas partes se aprietan manos de amigos, se oyen exclamaciones de sorpresa y de placer, y conversaciones animadas llenas de preguntas, de fechas, de nombres, de palabras tristes y afectuosas y de ecos sonoros de las antiguas pasiones de la juventud; la plaza del Castillo se reanima, bajo los pórticos circula un soplo de 1859, toda la ciudad siente refluir al corazón su vieja sangre de guerrera y de reina, y aparece más bella y más altanera en medio de la grande cintura verde de sus plátanos, en el inmenso anfiteatro azul de los Alpes.



LONDRES



LONDRES

I

ELOVÍA, el mar estaba picado, el buque bailaba como una barquilla. Á una media hora de Dieppe sentí, por primera vez en mi vida, los efectos del mareo. Había á bordo muchas señoras, la mayor parte inglesas, que mascullaban alegremente queso y jamón, sin demostrar siquiera que notaban aquel terrible sacudimiento que nos revolvió las entrañas á mí y á otros, alguno de los cuales había lanzado de su boca algo más que lamentos.

Pues bien; es una verdad que el mareo hace al hombre superior á todas las vanidades humanas. Si una hora antes me hubiesen dicho:—Mira, aquí tienes tanto dinero para permanecer en Londres un mes, en lugar de quince días que vas á estar tú;

después darás una vuelta por Escocia y harás una escapada á Irlanda; este dinero es tuyo, con tal que tomes delante de estas señoras una postura ridícula;—confieso mi vanidad, hubiera rehusado la proposición. Media hora más tarde, estaba con infinito desprecio de mí mismo, echado sobre dos sacos sucios, con un pie á Oriente, otro á Poniente, el sombrero caído sobre una oreja, una pierna del pantalón subida enseñando un palmo de calcetines, y la cabeza oscilando con tan lastimero abandono, que podría servir de modelo para una fea estatua de la *Languidez*. ¡Ah! *es un gran mal malsano* el mareo, hay que decir con Fucini.

Para mayor tormento, tenía á mi lado á un bufón francés, que había salido de París conmigo y me daba broma, repitiendo á cada gemido que yo daba: «Pero usted no está enfermo, querido señor mío; usted está rendido de amor por aquella encantadora señorita», é indicaba á una á la cual no tenía fuerza para mirar, y la gente de alrededor se reía. ¡Mujeres! ¡Amor!

Si la más hermosa criatura de la tierra me hubiera dicho en aquel momento como la duquesa Giosiana al saltimbanquis Gym-

plaine: «Te amo, soy tuya, ven,» no me hubiera vuelto para ver cómo estaba formada. El mismo pensamiento de «esta noche veré á Londres,» que por la mañana me animaba tanto, ahora me producía insoportable fastidio.—¡Y decir que he venido aquí—pensaba yo en mi desvanecimiento—por mi gusto, para divertirme! ¡Ah, insensato! ¡Y pensar que tengo que volver á pasar el mar! ¡No! imposible; no me siento capaz, abandonaré la vida... Me quedaré en Inglaterra... buscaré un modo de vivir en Londres... me haré hortera... maestro de italiano... ¡con tal de no ver más el mar!—¡Moriré cuando llegue mi hora, pero no quiero sufrir de nuevo este suplicio!

Pocas horas después almorzaba en la estación del ferrocarril de Brighton, y había renunciado á mi propósito de morir en Inglaterra.

Cuando salí para Londres comenzaba á hacerse de noche; me recosté en el vagón y me puse á saborear el gran pensamiento de que dentro de pocas horas estaría en la gran capital. ¡Londres! Me repetía este nombre, haciéndolo sonar en mi imaginación con el placer con que se hace sonar

en una mesa una moneda de oro. ¡Londres! Experimentaba no sé qué gusto en decirme á mí mismo, como si no lo supiera de antemano, que era una ciudad desproporcionada, un *maremagnum*, una Babilonia, un caos, una cosa fabulosa. ¡Es la mayor ciudad del mundo!—pensaba,—y hay en ella algo de absoluto que no se encuentra en ninguna otra ciudad, porque si existe otra más hermosa, se puede preguntar: ¿Es la más bella?—Mientras que es un placer nuevo el ver algo que, en cierto sentido, ocupa incontrastablemente el primer puesto del mundo; algo de que no puede ocuparse el pensamiento sin penetrar en el reino de los sueños; algo ante lo cual se puede decir: ¡Ningún hombre ha visto otra cosa más grande!

Y después me alegraba pensando que iba á Londres solo, sin conocer á nadie, sin cartas de recomendación, como se debe ir para perderse en aquel océano, para experimentar aquel sentimiento casi de pavor que infunden los grandes espacios desconocidos; para recibir, en una palabra, toda entera, la impresión que debe producir aquella ciudad inmensa en el alma de un extranjero. En cuanto á eso, tenía además

la ventaja de no saber una palabra de inglés, de tener poco dinero; una maleta que respiraba pobreza; en fin, todo lo que se necesita para sentirse pequeño y mísero en una gran capital desconocida. Pensando en todo esto, me froté las manos y dije:—Londres, estoy pronto.

Era noche cerrada cuando entré en la ciudad. Entré sin advertirlo, y me quedé asombrado cuando se dió la señal de bajar del tren. Descendí, y me encuentro bajo la inmensa techumbre de la estación de Londonbridge, entre una multitud de carruajes y de luces. Salto al coche más próximo y enseño al cochero un pedazo de papel donde está escrito el nombre y la calle de la fonda que me habían recomendado. El cochero lee y me hace señas de que ha comprendido, pero no se mueve. Le indico que suba al pescante y marche, y él tan tieso. Me pongo á reñirle en francés; no entiende maldita la cosa, y apoyándose tranquilamente en la portezuela, comienza á encajarme una larga perorata en inglés. ¡Ahora sí que estoy fresco! dije entre mí; ¿qué haré? Me cruzo de brazos y le miro; él cruza los suyos y me mira, y así estamos mirándonos algunos momentos. Por fin, pierdo la

paciencia, salto fuera, le grito al oído: ¡Mulo! y echo á andar. Después comprendí que me decía que no quería conducirme á la fonda porque estaba demasiado lejos.

Me voy solo; ¿pero á dónde? ¿Cómo? Confieso que en aquel momento me faltó el valor. La inmensidad de la estación, cuya salida no encontraba, el no saber á dónde había de ir á reclinar la cabeza, aquel primer encuentro desgraciado que me pareció de mal agüero, el peso de la maleta, que me impedía andar, la humedad que sentía, la noche y la confusión, me entristecían y me fatigaban. Después de haber vagado un poco al acaso, me colé por una puerta y me encontré fuera.

Me parecía haber caído en el caos. Un estrépito de carruajes que no veía, silbidos de trenes que no sabía por dónde pasaban, confusión de luces de arriba y de abajo, de todas partes y en todas las alturas una niebla que no me dejaba percibir formas ni distancias y un vaivén de gentes que parecía que huían: tal fué el primer espectáculo que se me ofreció. Bamboleándome y tropezando, recorrí un trozo de camino, como un estúpido, con la cabeza Dios sabe dónde; después, no pudiendo ya llevar la

maleta, la dejé en el suelo y me detuve. Quiso la fortuna que al levantar los ojos viese un farol de color con este rótulo: *se habla francés*.—Era una fonda, di un gran suspiro, volví á coger mi carga y penetré timidamente con el aire de un campesino en la ciudad.

Una señora de mal talante, la dueña de la casa, cuando oyó mis primeras palabras, llamó al camarero y le preguntó si había habitación. El camarero, haciendo á cada palabra francesa una contracción como si fuese á vomitar, y mirándome de pies á cabeza con la fisonomía entre protectora y desconfiada (propia de la gente de su calle), me contestó que había habitación; pero... «pero, añadió, cuesta cinco *chelines*» y me miró otra vez de arriba á abajo, receloso. Es verdad que mi traje era para disculpar aquella desconfianza.

Entonces me sentí dominado por un desdén de millonario, eché sobre la mesa una libra esterlina y haciendo un ademán que entonces me pareció digno de un verso del Dante, dije:—«Cóbrense y vamos.»—Me acompañaron á la habitación. Me eché en seguida en la cama, pero no pude cerrar los ojos en mucho tiempo: tal era el ruido

que atormentaba mis oídos. Era un rumor sordo y monótono, como si el mar azotase los cimientos de la casa, y de en medio de este ruido salían agudas voces que parecían venir de muy lejos y me hacían pensar en mil cosas extrañas, como si fuesen palabras escapadas á la gran ciudad al adormecerse; lamentos de sus interminables barrios; imprecaciones de la formidable *City* molida de fatiga; acentos de acusación y justificaciones, como se oyen entre los grandes mugidos del mar alborotado. Poco á poco cesaron los rumores aquellos, y no oí más que murmullos monótonos; después, de cuando en cuando sonaban los primeros—(una ciudad como Londres, tarda en dormirse);—cesaron luego todos; por fin me quedé dormido y tuve el sueño más extravagante que imaginarse puede.

Por la mañana, antes de salir el sol, salí de casa y me dirigí al Támesis. Estaba á pocos pasos del puente de Londres, en el corazón de la *City*.

Veíase muy poca gente, reinaba gran silencio, el cielo estaba gris, hacía frío y una niebla sutil velaba todos los objetos sin ocultarlos por completo. Marché hacia el puente á pasos rápidos, sabiendo que

desde allí gozaría un gran golpe de vista de Londres.

Llegado al medio del puente, miré en derredor; tuve una sensación de frío, de la cabeza á los pies, y quedé inmóvil.

De repente vino á mi memoria la vista de París desde el Puente Nuevo y me pareció extraordinariamente pequeña.

Luego me apoyé en la barandilla y dije con el acento del que quiere poner un poco de orden en su cabeza:—Meditemos.

Debajo, el Támesis anchísimo; por un lado buques hasta perderse de vista, por el otro una sucesión de puentes gigantescos; á lo largo de ambas orillas, cerca del puente, casas macizas y sombrías como antiguas fortalezas, amontonadas desordenadamente y lamiendo el agua sus cimientos. Un poco más lejos, grandes moles de edificios de siniestro aspecto, techumbres desmesuradas de estaciones de ferrocarril, largas líneas rectas como enormes bastiones y más allá de éstas una confusión de contornos cortados y vagas formas, degenerando poco á poco en cenicientos tonos, hasta presentar solamente un grandioso desorden de perfiles nebulosos, de tubos de chimeneas, de torres, de cúpulas y de cam-

panarios sumergidos en la bruma; y todavía más lejos, misteriosas perspectivas como de lejanas ciudades que más bien se adivinan que se ven, en una línea dentada que se dibuja sobre el horizonte gris. Por último, sobre todos los edificios, sobre los puentes y las orillas, un color oscuro de fábrica, un aire de ciudad lúgubre, como el de una población asolada por el incendio; un espectáculo inmenso y triste...

¡Qué extraños juegos tiene el cerebro! Ante estos espectáculos que debieran, á lo menos por la primera vez, absorbernos por completo, escapamos de repente con el pensamiento á cien leguas de distancia, tras de las más fútiles nonadas, que ninguna relación tienen con lo que estamos viendo y en las que no pensamos durante nuestra vida ordinaria.

Yo veía por primera vez á Londres y pensaba en un tomo de las obras de Voltaire, que había prestado y no había recogido antes de salir de Turín. Después olvidé el libro y me saltaron á la imaginación, como sucede siempre en una ciudad desconocida, una turba de imágenes disparatadas, de personas y de cosas que en mi interior solía figurarme en aquella ciudad

como en el fondo de un cuadro; ciertos panzudos negociantes de las novelas de Dickens, la reina Isabel de Inglaterra, una familia inglesa que vi cierto día delante de las puertas de Ghiberti en Florencia, un ademán que hizo mi padre una vez al decir: ¡Cuánto daría por ver Londres! y un retrato del actor Garrik que apareció en un periódico ilustrado.

Sobrevino después una distracción inexplicable, como el acordarme que tenía la barba larga y preguntarme dónde iría á almorzar.

Siguió á ésta un vivísimo estupor de encontrarme allí como llovido del cielo, y de repente, un minuto después, una glacial indiferencia, como si hubiera estado siempre; y luego la admiración del primer momento. Tan cierto es lo que dice San Agustín de que casi no merece la pena el viajar, puesto que es más maravilloso lo que vemos en nuestra cabeza que lo que se ve con los sentidos.

Pasé el puente, llegué á la plazuela que se extiende en la orilla derecha y me encaminé á una de las calles que conducen á la catedral de San Pablo; estaban desiertas; volví á la derecha, y á las dos ó tres

vueltas me encontré en el Mercado de Pesces, en una calle estrecha, húmeda, oscura y tan llena de carros y de gente, que apenas se podía pasar; seguí adelante en medio de un olor á arenques tan intenso, que al cabo de algunos momentos hubiera podido almorzar frotando pan sobre mi ropa; llegué á la famosa Torre, la Bastilla de Londres; di la vuelta alrededor mirando con desconfianza sus siniestros muros, y entré apresuradamente en la ciudad de los Docks con ánimo de dar un gran paseo y no tener que volver allí.

Calles largas, tortuosas, flanqueadas de altas paredes oscuras, sin puertas ni ventanas, como los muros de una prisión; grupos de centenares de obreros inmóviles en las encrucijadas, otros que desaparecían en silencio en las oscuras callejuelas: no vi otra cosa en media hora. Seguí adelante por aquellas calles monotonas como por los pasillos de una fortaleza antigua, aburrido y melancólico sin saber á dónde iría á salir.

En cierto punto, después de dar muchas vueltas, advertí que volvía atrás y tuve que dar aún más vueltas para ponerme en buen camino. Había dejado atrás el *dock*

de Santa Catalina, me parecía estar cerca de un extremo del *dock* de Londres y me había propuesto llegar al *dock* de las Indias. Había enfilado una calle cuyo fin no percibía, cerrada á la derecha por muros de los *docks* y á la izquierda por pequeñas casas, de entre las cuales arrancaban otras calles estrechas y larguísimas flanqueadas por chimeneas de fábricas, paredes de almaces y montones de casuchas ahumadas; y cuanto más avanzaba creía yo que, en vez de alejarme de Londres, me aproximaba á su centro. Lleno de confianza en mis piernas y animado por la experiencia de París, donde, con gran asombro de mis amigos, apenas hacía uso de los carruajes, continué andando sin miedo. Llegó, sin embargo, un momento en que no me pareció inútil saber dónde me encontraba. Y al pasar cerca de un grupo de obreros, oí á uno que hablaba francés; me detuve y le pregunté si era el *dock* de las Indias aquel de allí cerca.

Por toda respuesta repitió mi pregunta:

—¿Aquél el *dock* de las Indias?— y me miró como para decirme que estaba loco.

—¿Lo es, ó no lo es?

—Pero, señor mío, repuso riéndose, se conoce que usted no tiene idea de lo que es la ciudad de Londres. Éste es el *London-dock*.

—¡Todavía el *London-dock*! ¡Pero si hace media hora que he pasado por delante de la puerta!

—¿Y eso, qué? ¿No sabe que sólo el departamento de los tabacos de *London-dock* tiene una milla inglesa de largo?

—Entonces, ¿cuánto falta para llegar al *dock* de las Indias?

—¿Quiere ir embarcado ó por ferrocarril?

—Quiero ir á pie.

Me miró los pies.

—Yo no sé... respondió, pero me figuro que habrá cuatro ó cinco millas.

—¿Qué es lo que hay en esas cuatro ó cinco millas?

—Casas, *docks*, almacenes, talleres, fábricas.

—¿Sin interrupción?

—Sin interrupción.

—Del *dock* de las Indias, ¿á dónde se va?

—Del *dock* de las Indias se va á *Outer-dock*.

—¿Cuánto hay hasta *Outer-dock*?

—Poco más ó menos, otras cinco millas.

—¿Siempre entre casas y fábricas?

—Siempre.

—Y de *Outer-dock*, ¿á dónde se va?

—Se sale frente á Greenwich.

—¿Y cuánto hay?

—Dos ó tres millas.

—¿Siempre en poblado?

—Sí.

—Y de Greenwich, ¿á dónde se va?

—De Greenwich al *East India Import dock*.

—¿Está distante de Greenwich?

—Cerca de ocho millas.

—¿Siempre entre casas y fábricas?

—Sí tal.

—¿Y después?

—Después sigue.

—¿Y dónde concluye?

—¡Quién sabe!

Esta vez fui yo quien miró mis pies. Tomé el consejo del obrero, y poco á poco volví sobre mis pasos, murmurando para mis adentros:—¡Oh, pobre iluso!—¡Y creías venir á hacer valentías á Londres con tus piernas!

Atravesé de nuevo el Mercado de los Peces, volví á pasar frente al puente de

Londres y me encaminé al centro de la ciudad.

Cuando llegué á Fleet-Street ya había comenzado el gran movimiento.

Entonces ví lo que era Londres.



II

SOBRE las dos aceras de la calle se oprimía la gente como á la salida de un teatro, y no se veían grupos ni reuniones, ni nadie gritaba ni gesticulaba; iban todos en silencio, aprovechando cada cual el más pequeño espacio para ponerse delante de los demás, hurtándose los unos á los otros sin volverse. Por medio de la calle pasaba larguísima fila de ómnibus de varios colores, como carrozas de Carnaval, con una especie de escalera de asientos delante, que se ensancha de abajo á arriba, llevando así á los viajeros en forma de abanico; los más bajos casi en tierra, los más altos casi al nivel de los primeros pisos de las casas, y saliendo hacia afuera como si fuesen colgados.

Entre los ómnibus, por ambos lados, una confusión indescriptible de carros, coches, *cabs*, carretas, carretelas y carruajes cubiertos de anuncios, vehículos de todas

Londres y me encaminé al centro de la ciudad.

Cuando llegué á Fleet-Street ya había comenzado el gran movimiento.

Entonces ví lo que era Londres.



II

SOBRE las dos aceras de la calle se oprimía la gente como á la salida de un teatro, y no se veían grupos ni reuniones, ni nadie gritaba ni gesticulaba; iban todos en silencio, aprovechando cada cual el más pequeño espacio para ponerse delante de los demás, hurtándose los unos á los otros sin volverse. Por medio de la calle pasaba larguísima fila de ómnibus de varios colores, como carrozas de Carnaval, con una especie de escalera de asientos delante, que se ensancha de abajo á arriba, llevando así á los viajeros en forma de abanico; los más bajos casi en tierra, los más altos casi al nivel de los primeros pisos de las casas, y saliendo hacia afuera como si fuesen colgados.

Entre los ómnibus, por ambos lados, una confusión indescriptible de carros, coches, *cabs*, carretas, carretelas y carruajes cubiertos de anuncios, vehículos de todas

clases á tres, á cinco y aun á ocho de frente; los caballos de unos con los belfos en la cola de los otros, los cubos de las ruedas tocándose; y un continuo evitarse á fuerza de culebrear, un formarse y deshacerse sin cesar: intrincados grupos de docenas de vehiculos, que hacen temer á cada momento que vayan á estrellarse y despedazarse entre sí, como ruedas de máquinas descompuestas, por violento choque. Entre los carruajes, á lo largo de las aceras, mozos de cordel cargados, muchachos con carritos de mano, largas filas de hombres con cartelones de anuncios colgados al cuello, muy preocupados en salvar la vida. Á cada encrucijada, aquel inmenso torrente de hombres y de cosas desemboca en anchos canales, recibe afluentes, se dilata y se detiene en plazas y patios, se filtra en las callejuelas y en los callejones sin salida, en arroyos tortuosos que se pierden entre las casas.

Mientras sigo adelante, empujado por la corriente, siento un silbido agudo sobre mi cabeza; alzo los ojos y veo pasar un tren sobre un alto puente que cabalga sobre la calle. Apenas ha pasado este tren, oigo un silbido de otro lado y veo volar otro sobre

los tejados de las casas vecinas. En el mismo momento, por la parte opuesta, sale densa nube de humo de ancha abertura de la tierra: es el ferrocarril subterráneo, que, pasando un instante al descubierto, silba un saludo á la luz. Llego á la embocadura de una ancha calle, veo en lontananza el Támesis y los puentes; sobre estos puentes otros trenes que se siguen y se cruzan; bajo los arcos, buques de vapor que inclinan, al pasar, sus chimeneas, como grandes árboles encorvados por el viento; largas hileras de barcos remolcados por vaporcitos; enjambres de balsas y de botes; y á lo largo de los parapetos de los puentes, procesiones de gente que desaparecen en la orilla opuesta.

Siguiendo adelanté, otras calles, cuyo fin no se ve, flanqueadas por edificios enormes y ocupadas por otros torrentes de gente. Y por todas partes, el ruido de los puentes de hierro temblando bajo el peso de larguísimos trenes; silbidos, bocanadas de humo, soplos ardientes sobre mi cabeza, debajo de mis pies, cerca y lejos, en la tierra, en el aire y en el agua; una lucha, una furia de cosas que parten y de cosas que llegan; una continuidad de fugas, de

encuentros, de persecuciones, acompañados por estrépito de choques, de crugidos, de temblores; el desorden de una gran batalla y el orden de una inmensa fábrica; y además la oscuridad del cielo, lo tétrico de los edificios, el silencio de la muchedumbre, la seriedad de los semblantes, que da al espectáculo no sé qué aspecto misterioso y dolorido, como si aquel inmenso movimiento fuese una necesidad fatal y aquel inmenso trabajo un suplicio de condenados. Fatigado y aturdido, me metí en una cervecería, y dando un gran suspiro, me pregunté:—¿Pero qué mundo es éste?—¿Cómo se puede vivir de esta manera?

Poco después volví á ponerme en camino y llegué á la plaza de Trafalgar, que está en el centro del barrio más frecuentado por los extranjeros. Me gustó la altísima columna que sostiene la estatua del valiente Nelson y admiré los cuatro enormes leones que la rodean; pero el *square*, acaso porque lo comparé á la plaza de la Concordia de París, me pareció muy inferior á lo que yo esperaba. Aquel es el punto de encuentro de todos los ómnibus de Londres, y con esto basta para comprender la batahola que habrá. Baste decir que me dió

una tentación de risa pensando en lo que en el Corso de Roma, en la calle de Toledo de Nápoles, y en ciertas calles de Génova, llamamos *gran movimiento*, que es, al lado de éste, un tranquilo ir y venir de un pueblecillo en día de fiesta. Enfilé la gran calle de *Vitthehall*, fui á dar en la plaza del palacio del Parlamento, y de allí me dirigí al puente de Westminster.

El golpe de vista que allí se disfruta es el más hermoso de Londres y sobrepaja á todos los panoramas de los puentes del Sena. Á un lado, el grande y delicado palacio gótico del Parlamento, coronado de innumerables torrecillas y adornado de mil estatuas de reinas y reyes, detrás del cual se levantan las torres de la Abadía de Westminster, el Panteón de Inglaterra; en la otra orilla, los ocho graciosos edificios del hospital de San Jaime, pintados de vivos colores; y al extremo del río, un anchuroso y alegre horizonte. En aquel sitio parece que se está en otro Londres: hay una cierta majestad serena de ciudad meridional. El Támesis, surcado por pocos botes de vapor y contadas barcas, corre silencioso delante del monumento que representa el poder y las glorias de Inglate-

rra, como inmenso ejército que desfila delante de su príncipe; en el fondo de este espacio claro y tranquilo, se ven, á lo lejos, como á través de un velo, los edificios oscuros y confusos, los puentes que hormiguean de gente y el denso humo de la vieja Londres, que se mueve y trabaja.

Estando en aquel puente observé, por primera vez, que cuando hay un poco de movimiento en las calles, muchas personas, entre ellas algunos caballeros, se remangan el pantalón como los campesinos, y otros muchos llevan vistosos ramos de flores en el ojal. Y confieso que no pude dejar de reirme al ver, como he visto, á un sujeto de rostro extraordinariamente serio, que reunía en su persona el ramillete en el ojal y los pantalones remangados.

Habiendo vuelto á la margen izquierda del Támesis, vagué por las calles principales con un plano en la mano, sin tener necesidad de preguntar nada á nadie.

No puede decirse con precisión cuál sea el aspecto de las calles de Londres. Ninguna ciudad presenta tan discordante variedad de formas, tan caprichosa mezcla de lo bello, lo feo, lo magnífico, lo pobre, lo triste, lo extraño, lo grande y lo sucio.

Parece al extranjero una ciudad nueva, en su conjunto, pero compuesta de otras muchas ciudades conocidas, á las que se ha dado un tinte común para ocultar la diversidad de sus respectivos orígenes. Las arquitecturas de todos los tiempos y de todos los países están aquí reunidas, sobrepuestas y enlazadas. En una misma calle alternan el género árabe, el bizantino, el gótico, el greco-romano y los varios estilos ingleses; un mismo edificio tiene ventanas ojivales y peristilo griego, columnitas moriscas y cariátides del Renacimiento, techo de pagoda india y muros de templo egipcio. En cada esquina se ve algo que transporta la imaginación á mil leguas de distancia del lugar en que uno se encuentra. En un sitio hay cierta confusa reminiscencia de Venecia, en otro una vaga semejanza de Roma, aquí viene á la memoria Sevilla, allá Colonia, y un poco más lejos, parece que estamos en una calle de París.

Todas estas formas, ya conocidas, ennegrecidas por el humo y la niebla, parece que se han tornado más austeras, y se hallan como entristecidas al encontrarse lejos de su país originario, y aburridas de aquella densa atmósfera, de aquel ruido y

del espectáculo de aquella vida fatigosa. Además, aquella variedad de columnas, de frontones, de torrecillas, de relieves, de adornos y de formas monumentales resulta cansada y recargada. Todo aquel arte tiene la apariencia de una cosa importada y que está allí fuera de su sitio. Es un colmo, un despilfarro de riqueza y de lujo, un esfuerzo de ostentación. Se ve á la ciudad opulenta que ha comprado la belleza á peso de oro y se percibe un tanto á la comerciante retocada y restaurada.

Estas calles flanqueadas de palacios de príncipes, contrastan con otras calles larguísimas, limitadas por casas todas de un color, de una altura, de una forma, con el tejado oculto detrás de los muros, de tal modo, que parecen sin tejado; sin persianas, sin balcones, desnudas como bastión de muralla, negras como boca de chimenea, con las puertas y las ventanas contorneadas de filetes blancos, que les dan el aspecto de enormes catafalcos; en otras partes, de un negro rojo obscuro y de un amarillo viscoso, hasta el punto de parecer hechas de fango y hollín; y se sigue adelante entre estos colores y estas paredes durante millas y millas, sin encontrar ni

un solo edificio que rompa esta uniformidad melancólica, ni una sola casa que recuerde la ciudad rica y opulenta.

Pero, por el contrario, la riqueza y la magnificencia de los barrios ricos aturden. Á cada paso os encontráis delante de un inmenso palacio, cargado de bajo-relieves y de adornos, y pensáis que es un palacio real, y es muchas veces una estación de ferrocarril, una fonda ó una casa de comercio. Calles enteras tienen ambos lados guarnecidos de estos espléndidos colosos, cada uno de los cuales, mirado desde el extremo opuesto del que está, parece ya muy lejano y muestra vagamente su obscura mole á través de la niebla, como enorme roca tallada á pico. Lo grandioso, que en otra ciudad está diseminado y necesita buscarse, nos rodea aquí; y lo que, en otra población pasa por soberbio, traído aquí con la imaginación, se pierde en la inmensidad. Atravesáis barrios monumentales; pasáis de una ciudad de palacios, silenciosa como si estuviera deshabitada, á una ciudad de fábricas en la que oís mil ruidos sin ver á nadie; y de ésta á un gran barrio donde hormiguea un inmenso pueblo y apenas se oye ruido, y al salir de allí volvéis

á otra ciudad de palacios y jardines. No vagáis por una población; viajáis á través de un país.

¿Quién puede contar las mil impresiones fugitivas que se sienten paseando solitario á través de una ciudad como Londres? La admiración se siente como por accesos, y entre uno y otro, no se experimenta más que aburrimiento y cansancio. Se pregunta uno á sí mismo diez veces cada hora:—¿Es este el placer de viajar?—¿Me divierto yo acaso?

Á veces nos asalta el temor de caer enfermos en medio de la calle, de ser provocados sin saber por quién y llevados no se sabe dónde. En ciertos sitios se encuentran analogías misteriosas de lugares, de circunstancias y de personas, hasta el punto de que os parece haber estado otra vez en el mismo sitio, á la misma hora, con la misma luz del sol y el mismo olor del aire, en una época lejana. En algunos momentos os acomete una alegría inmotivada, un súbito amor al país en que os encontráis, que os hace mirar con buenos ojos á todos los transeúntes, como si fuesen amigos. En otros momentos, una mirada sospechosa, una respuesta brusca de un desconocido,

cambia vuestro ánimo, os hace verlo todo negro y os hace odioso el país. El sordo plañidero de un organillo, en ciertas calles obscuras y populosas, os hace pensar confusamente en los infinitos misterios de miseria y delitos que se ocultan en aquellos inmensos hormigueros humanos, y os hace desear ardientemente veros fuera de allí, al aire libre, en una quinta solitaria que habéis visto de pasada hace diez años por la ventanilla de una diligencia.

Á cierta hora, encontrándome cerca de una estación, quise hacer una excursión por el camino de hierro subterráneo. Bajé dos ó tres escaleras y me ví transportado repentinamente del día á la noche; luces, gente, ruido, trenes que llegan y desaparecen en la obscuridad. Llega el mío, se detiene, unos se precipitan fuera, otros saltan en los vagones; mientras pregunto dónde está la segunda clase, marcha el tren.—¿Pero qué es esto?—dije á un empleado.—No se aturda—me contestó;—aquí está otro. Allí los trenes no se suceden, se persiguen, llega el otro tren, monto, y arranca como una flecha.

Ahora comienza un espectáculo nuevo. Corremos entre los cimientos de la ciudad,

en lo desconocido. De pronto se sumerge en la noche oscura, después se ve por un instante la pálida luz del día, otra vez la obscuridad interrumpida aquí y allí por extrañas claridades; después, entre las mil luces de una estación que aparece y desaparece en un momento, trenes que pasan y no se ven; una parada imprevista, las mil caras de la multitud que espera, iluminadas como por el resplandor de un incendio; y después vuelta otra vez á marchar entre un ruido ensordecedor de portezuelas que se cierran, de campanas, de respiración de máquinas; más obscuridad, más trenes, más vislumbres del día, otras estaciones iluminadas, otras turbas que pasan, que llegan, que se alejan, hasta que paramos en la última estación; me precipito fuera, el tren desaparece, me empujan hacia una puerta y me hacen subir una escalera; me encuentro de nuevo á la luz del día... ¿Pero dónde estoy? ¿Qué población es ésta? ¿Cómo saldré de aquí? Despacio. Vamos un rato á la cervecería á estudiar el plano.

Después de un detenido estudio, logré encontrar el camino del *Museo Británico*, que era el que excitaba más mi curiosidad entre todos los Museos de Londres. Atra-

vesé de prisa las inmensas salas de la escultura, las salas egipcias y las asirias, y me detuve en la sala de los manuscritos á contemplar un contrato de Shakespeare, y el contrato de venta del *Paraiso Perdido* y los demás innumerables autógrafos de los más grandes artistas y de los más grandes monarcas del mundo. Pero, entre todos aquellos autógrafos, sólo dos me conmovieron profundamente y no pude apartar los ojos de ellos en algún tiempo. Son dos hojas pequeñas, en una de las cuales hay escrita una suma, y en la otra trazados algunos círculos, unos colocados en línea recta en el centro y otros reunidos en un ángulo; tanto la suma como los círculos parecen hechos de prisa por una mano algo agitada. Estas dos hojas de papel son, con seguridad, entre las muchísimas del Museo, aquellas que fueron escritas y dibujadas en el momento más solemne. ¡Quién hubiera podido ver en el alma de aquellos dos hombres en el momento que escribían aquellos números y aquellos círculos, la tempestad que los agitaba! Los números representan las fuerzas del ejército inglés poco antes de la batalla de Waterlloo; los círculos representan las naves de las escuadras inglesa

y francesa, y fueron trazados poco antes de la batalla de Aboukir; la suma es de Wellington. El dibujo, de Nelson. Manuscritos de Galileo, de Newton, de Miguel Ángel, de Flanklin, de Wáshington, de Molière, de Carlos V, de Pedro el Grande, de Durrero, de Lutero, del Tasso, de Rousseau, de Cromwell: hay para dar y guardar.

Pero hé aquí una cosa extraña: mientras que ahora no sé lo que daría por tener á la vista una de aquellas cartas, entonces, que no tenía más que inclinarme para verlas, no sentía ni una sombra de curiosidad; y lo que es más extraño, preveía y estaba seguro de que me había de arrepentir de no haber mirado. Me echaba en cara y me preguntaba á mí mismo:—Pero, ¿por qué no eres curioso?—y contestaba:—No lo sé; y sentía una maldita gana de seguir adelante, y eché á correr por aquellas salas con bárbara indiferencia hacia todos aquellos tesoros, entre los que se podría pasar un mes en continua sucesión de placeres.

Al salir del Museo, oí pronunciar ciertas palabras á un desconocido que iba á entrar:—¡Oh, dulcísima lengua!—dije entre mí; y me detuve á mirar al desconocido, que parecía un obrero y acompañaba á una

señora que tenía trazas de ser su mujer. Notó que me había vuelto; se volvió él también, y como me sorprendió sonriendo, ¡véase qué coincidencia! en lugar de comprender que yo era un compatriota suyo, perdido en el gran mar de Londres, y que sus palabras me habían alegrado el corazón, y que, si me hubiera atrevido, lo habría convidado á almorzar con mucho gusto,—¿no se le metió en la cabeza que había guiñado el ojo á su mujer, y no me respondió á mi suave mirada echándome unos ojos de basilisco?—y al ver que yo continuaba mirando, ¿no dió un paso adelante con aire de venir á pegarme un testarazo?—¡Ingrato lombardo!—murmuré tristemente, volviendo á tomar mi camino;—me has dado una estocada en el corazón. Pero vete: en gracia al amor de nuestra madre común, te perdono.

*
* *

Antes de la noche quise dar un paseo por el ferrocarril aéreo y tomé billete de ida y vuelta para un punto cualquiera de la ciudad. Es un placer completamente diverso, pero no menos vivo, que el de la excursión subterránea. Se corre por entre

tejados, en la región del humo y de las gondolinas, á través de un bosque sin fin de tubos de chimeneas, de banderolas, de veletas, de buhardillas; se ven mil pequeñas alturas desconocidas de aquella informe, caprichosa y solitaria arquitectura, que pulula como la vegetación salvaje de un inmenso campo pensil del último piso de la gran ciudad; se descubren mil pequeños misterios de ventanillas, de cuevas humanas, de casas como jaulas, que parecen suspendidas entre el cielo y la tierra, en las cuales, sin embargo, anidan numerosas familias con sus jardinitos aéreos; se ve allá abajo, en las calles, la negra multitud sobre la que se pasa como por un torrente, sin sentir apenas el ruido; y todo se percibe alrededor hasta muy lejos, con ojo avizor, á veces el Támesis, los mástiles de los buques del puerto, el verdor de los inmensos parques, las chimeneas de las fábricas de los arrabales, y todo, menos los límites de tan maravilloso panorama.

Pero aún me faltaba pasear un poco en ómnibus; subí á lo alto del primero que ví, me dejé conducir al término de la carrera y volví al punto de partida. En esta caminata tuve muchas veces ocasión de admirar

la familiarísima desenvoltura con que cualquiera de mis vecinos, para pasar de un lado á otro, se servía de mis hombros como de punto de apoyo, haciéndome sentir un momento el peso de toda su persona, y dándome, en el acto de separar la mano, una vigorosa sacudida como un gimnasta que arroja la percha después de saltar la cuerda. El primero que me hizo este servicio, como me cogió de improviso, me dejó destroncado. Como es natural, me volví, á lo menos para tener la compensación de una sonrisa que dijese: «dispense». ¡Quiá! Me había vuelto la espalda sin tomarse la molestia de mirarme. Viendo que esto era costumbre, tomé mis precauciones, y en cuanto veía á un vecino extender la mano, le ofrecía el hombro diciendo:—«sírvasse»—y así, estando firme hasta que se hubiese servido, no me derrengaban tanto.

En el mismo ómnibus tuve el placer de persuadirme de que se puede conversar gustosamente sin entenderse, y esto fué una compensación de la gimnasia. Un joven que estaba á mi lado me dirigió la palabra en inglés. Yo le respondí en francés:—No comprendo nada. Él no entendió lo que le dije y siguió su discurso riéndose.

Le hice seña con la cabeza de que no se incomodase, que era gastar saliva en balde. La casualidad dispuso que aquel *no* viniese bien á una pregunta que me habia hecho, y continuó más animado que antes. Como mi hombre hablaba con tanto gusto, fingí que comprendía sonriéndome á medias y haciendo gestos indeterminados que no podían ser contrarios á lo que hablaba. Después, como me empezaba á fastidiar de representar aquel papel, pensé que puesto que él me hablaba en una lengua que yo no comprendía, bien podia yo hablar en otra que él no conociese, y me puse á hablar en italiano. Era ya noche cerrada; me dió con familiaridad una palmada en la rodilla, y se puso á escuchar con tanta curiosidad como si le hubiera tarareado un aria; y vuelta á hablar inglés, hasta que, con reciproca satisfacción, el ómnibus se detuvo; bajamos, me regaló la guía de una *Sociedad de navegación de vapor*, de la que sospecho seria agente, y nos separamos estrechándonos las manos como dos personas que han estado completamente de acuerdo sobre todas las cuestiones del día.

Por la noche no tuve valor para desafiar el *spleen* y me quedé en la fonda. Si hubiera

tenido allí alguien que me hubiese querido oír, pagándole, le hubiera dado con gusto media libra esterlina; tal era la necesidad que sentía de desahogarme charlando, después de haber visto tantas cosas sin poder hablar de ninguna. No sabiendo qué hacer, me puse á buscar las comparaciones y las imágenes de que me serviría en casa para dar una idea de la grandeza de Londres, y como desde muchos días antes no hacía más que hojear *Guías* y hacer preguntas á cuantos encontraba, no me faltaba materia.

—Has de saber—decía yo á una silla encargada de representar á un íntimo amigo—que Londres tiene diez y seis millas de largo y treinta y cinco en cuadro; que los pueblos que poco á poco se le van agregando cuentan una población como la de Florencia, por ejemplo, Greenwich, la población de Roma como Chelsea, ó la población de Marsella como Hackney; que tan sólo con los criados de Londres se puede formar un ejército más numeroso que el ejército italiano en tiempo de paz; que con las luces de gas que iluminan sus diez mil calles, se puede alumbrar una que tenga de largo la cuarta parte de la circunferen-

cia de la tierra; que, suponiendo que se necesiten diez litros de cerveza para emborrachar á un alemán, con la cerveza que se bebe al año en Londres hay para emborrachar dos veces al ejército alemán en pie de guerra; que poniendo una tras otra todas las reses que cada año se comen en Londres, se puede hacer una fila que atraviese toda la Europa desde el Estrecho de Gibraltar hasta la extremidad más septentrional de Rusia; que con las ostras que todos los años se engullen en Londres, se cubre todo el Campo de Marte de París, el Puente de Jena y la Plaza del Trocadero, y que por el Puente de Londres pasan todos los días unos veinte mil vehiculos...

A la mañana siguiente fui á ver el palacio de Cristal.



III

EL breve trayecto que media entre la estación de Vitoria y el palacio de Cristal ofrece la variedad de un largo viaje. Se pasa primero por entre otros trenes rapidísimos en un ancho puente que parece una plaza colgada sobre el Támesis, en las que las ruedas se cruzan con tal frecuencia que presentan una casi continua superficie de hierro. Se pasa junto al gran parque de Battersea. Después hay una serie de estaciones, de galerías, de talleres rodeados de cientos de casas de obreros que forman como pueblos dentro de la ciudad; todas las casas son de una sola forma y de un solo color, cada una con su pequeño huerto, y en todas partes enjambre de chiquillos. Después otros parques, osamentas de enormes edificios, bocetos de pequeñas ciudades, que estarán terminadas y habitadas dentro de pocos meses, almacenes, jardines, castillos, cementerios, y hasta

cia de la tierra; que, suponiendo que se necesiten diez litros de cerveza para emborrachar á un alemán, con la cerveza que se bebe al año en Londres hay para emborrachar dos veces al ejército alemán en pie de guerra; que poniendo una tras otra todas las reses que cada año se comen en Londres, se puede hacer una fila que atraviese toda la Europa desde el Estrecho de Gibraltar hasta la extremidad más septentrional de Rusia; que con las ostras que todos los años se engullen en Londres, se cubre todo el Campo de Marte de París, el Puente de Jena y la Plaza del Trocadero, y que por el Puente de Londres pasan todos los días unos veinte mil vehiculos...

A la mañana siguiente fui á ver el palacio de Cristal.



III

EL breve trayecto que media entre la estación de Vitoria y el palacio de Cristal ofrece la variedad de un largo viaje. Se pasa primero por entre otros trenes rapidísimos en un ancho puente que parece una plaza colgada sobre el Támesis, en las que las ruedas se cruzan con tal frecuencia que presentan una casi continua superficie de hierro. Se pasa junto al gran parque de Battersea. Después hay una serie de estaciones, de galerías, de talleres rodeados de cientos de casas de obreros que forman como pueblos dentro de la ciudad; todas las casas son de una sola forma y de un solo color, cada una con su pequeño huerto, y en todas partes enjambre de chiquillos. Después otros parques, osamentas de enormes edificios, bocetos de pequeñas ciudades, que estarán terminadas y habitadas dentro de pocos meses, almacenes, jardines, castillos, cementerios, y hasta

donde alcanza la vista, grandes montones de materiales de construcción que anuncian otras ciudades del porvenir. Debajo de los túneles, en la trabazón de los tejados, en las chimeneas, en los árboles y en la misma vía, hay una prodigiosa difusión de anuncios charlatanescos, que van á sobrepusar los unos á los otros como gritos de vendedores en un mercado, y dan al local el aspecto fantástico de un bazar que cubre toda una provincia.

Por fin se ve en lo alto de una colina la enorme mole del palacio de Cristal, que enseña á todo el condado de Kent la majestad delicada de sus bóvedas transparentes.

Por dentro es un único é inmenso salón. Á primera vista no se distingue nada. De un patio se pasa á un café, de un café á un bazar, de un bazar á un jardín, de un jardín á un museo. En medio de los cipreses, de los laureles, de los álces, de las palmeras y de todas las pomposas plantas de la zona tórrida, alargan el cuello las girafas y levantan la cabeza las estatuas de Miguel Ángel. Entre las esfinges de un patio egipcio se ve á lo lejos una casa griega con el grupo de Laocoonte y la Venus de Milo. De la casa griega se pasa á una romana, de

donde se espacia la vista en las misteriosas habitaciones de la Alhambra, y desde ésta se ve el interior de una casa de Pompeya. Al salir se pasa por entre unos grupos de tigres y leones que mordisquean aquí y allá, dos filas de águilas y papagayos, y se llega á un pórtico bizantino, desde donde, tras una hilera de puertas, se percibe el patio de una casa de la Edad Media, la sala de un palacio del Renacimiento, la capilla de una iglesia gótica.

Se camina entre monumentos sepulcrales, fuentes, puertas historiadas y todas las obras maestras de la escultura moderna, y se llega en medio de un gentío inmenso á la puerta de un teatro donde se representa *Il Trovatore*. Un poco más lejos se ve, á un lado, una orquesta de tres mil profesores bajo una media naranja como dos veces la de la catedral de San Pablo, y al lado opuesto un escenario donde un profesor da lecciones de matemáticas. Se pasa por delante de teatros, de cámaras oscuras, de circo, y se entra en un laberinto de grandes bazares en forma de templos y kioscos en los que están expuestos los más espléndidos productos de todos los países, desde el Cairo hasta Birmingham y desde París á

Pekin. Se pasan corredores de bibliotecas, entre largas filas de pianos, de carruajes, de muebles y vasos de flores, para ir á perderse entre los árboles y las cavernas de un bosque poblado de salvajes de África ó de Oceanía, desparramados en la caza de fieras, reunidos en familia en torno del hogar ó apostados detrás de las piedras en actitud de hacer la puntería con sus flechas. Se sube por una escalera: delante de nosotros se extienden galerías hasta perderse de vista, donde se puede andar algunas millas entre cuadros al óleo, acuarelas, fotografías y bustos de personajes célebres. Sobre éstas hay otras galerías que dan mil vueltas, desde las que, al mirar afuera, se abraza de una ojeada la bella campiña del condado de Kent; mirando abajo, todo aquel fantástico giro de salas, de jardines, de patios, de teatros, de hosterías; la gente que sube, baja y se amontona en los teatros y aparece y desaparece entre los árboles y las estatuas; y sobre aquella prodigiosa variedad de formas, de colores y de espectáculos, sobre aquel mundo en compendio sobre el cual se encorva un cielo de cristal, la luz del sol que brota en saetas de todas partes, proyectando iris y relámpa-

gos y lluvia de chispas de plata quebrándose en las paredes y en las azuladas bóvedas.

*
*
*

Al volver á Londres me sucedió un caso que me hizo deplorar amargamente el no saber inglés. En el vagón había un señor que fumaba en pipa; yo encendi el último cigarro virginia del resto de un mazo que había traído de París. Apenas lo había encendido cuando entró una señora. Yo me dirijo á ella en actitud de preguntar si la incomodaba el humo; ella me contestó algunas palabras en inglés, que por la expresión de su rostro comprendí que significaban:—Sí, me incomoda.—Reúno todas mis fuerzas para el sacrificio, y arrojo el cigarro por la ventana. Aún no había caído en tierra, cuando el hombre de la pipa me detuvo el brazo y me hizo comprender en francés que la señora había contestado que, *por el contrario*, le gustaba el humo. Yo miré la ventanilla, mi mano vacía, la señora que se estaba riendo, y «sentí algo así como la muerte».

*
*
*

Llegado á Londres, fui á la Abadía de Westminster, que es la *Santa Croce* de la Inglaterra.

Al entrar en aquella iglesia, si se estuviera solo, se inclinaria la frente hasta las losas.

Un panteón de aquella naturaleza es un inmenso argumento de mármol en favor de la inmortalidad del alma.

Apenas se entra, se alzan los ojos á los elevadísimos agudos arcos de las bóvedas y luego se pasean sobre el pueblo de estatuas que nos rodea.

Allí los grandes hombres aparecen y se esconden. Á los primeros pasos se encuentra á Pitt, á Pálmerston, á Robert Peel; digna vanguardia de la legión. En un rincón está Pasquale Paoli. Los simulacros de las glorias supremas se mezclan con las de las glorias menores, y en vez de obscurecerlas, las iluminan. Es un panteón divinamente democrático. Los grandes príncipes duermen al lado de los grandes poetas. Junto á Shakespeare está un pedagogo: Andrés Bell. Junto á Newton, un abandonado. Entre dos almirantes victoriosos, Garrick, el actor que se presenta entre las cortinas del telón con la sonrisa en los la-

bios. Entre una multitud de chambelanes, de abades y de ministros, en medio de los que se pasa con indiferencia, se encuentran las imágenes queridas y gloriosas que hacen latir el corazón como amigos encontrados en país desconocido: Gray, Milton, Goldsmith, Thomson, Thakeray, Addison, y el último, querido y llorado como los más grandes, Carlos Dickens. En medio de los famosos capitanes que ensangrentaron la tierra y el mar, brilla la gloria inmaculada y serena de los grandes bienhechores: los apóstoles de la abolición de la esclavitud: Hanway, el filántropo Wintringham, el médico James Watt, el inventor de la máquina de vapor. Al lado de la grandeza fulgurante del genio, la grandeza austera de las almas íntegras, de los caracteres indómitos y de las largas vidas empleadas en pacientes trabajos é ignorados sacrificios.

Pero, ¡qué diversos pensamientos surgen en aquellas capillas revestidas de maravillosos bordados de piedra, donde se camina por entre los sepulcros de los príncipes, entre los recuerdos del poderío y de las desventuras de siete ramas de reyes! Si toda la sangre que hicieron correr el puñal ó el hacha, de las venas de las personas

sepultadas entre la tumba de Enrique VII y la de Eduardo el Confesor, brotase de repente en el santuario, no quedaría ni un palmo de mármol sin mancha. María Estuardo, lord Stafford, el marido de Ana, duquesa de Somerset, decapitados; Tomás Tyrme, asesinado; Aymer de Valenza, conde de Pembroct, asesinado; Tomás de Woodstock, duque de Salisbury, asesinado; Ricardo II, asesinado; Eduardo V y su hermano el duque de York, los desgraciados hijos de Eduardo, asesinados; el duque de Buckingham, asesinado; Spencer Perceval, canciller del Tesoro, asesinado, y Nicolás Bagenall, ahogado en la cuna por la nodriza...

Después de ver las capillas, aproveché un momento en que el guarda miraba á otro lado para sentarme en el viejo trono del rey de Escocia, y después toqué con la mano la piedra donde el patriarca Jacob reclinó la cabeza cuando tuvo la visión divina.

*
* *

El que no ha visto llover en Londres, no ha visto á Londres, y yo tuve este placer la mañana que fui á ver el túnel de debajo del Támesis.

Entonces comprendí cómo con aquel tiempo le pueden dar á uno tentaciones de pegarse un tiro. Las casas gotean como si sudasen; el agua no parece que cae sólo del cielo, sino que brota de las paredes y de la tierra; los colores oscuros de las casas se vuelven más sombríos, y toman una apariencia oleosa; las entradas de las callejas parecen bocas de cavernas; todo parece sucio, lúgubre, mohoso, siniestro; no se sabe á dónde volver los ojos para no ver algo desagradable; se sienten escalofríos que hacen el efecto de ataques imprevistos de una enfermedad; se experimenta una sensación molesta de cansancio, un aburrimiento de todo, un deseo inexplicable de desaparecer como un relámpago de este fastidioso mundo.

*
* *

Mientras pensaba en esto, desaparecí verdaderamente del mundo, bajando por una escalera de caracol iluminada, que se hunde en la tierra, á la orilla izquierda del Támesis, frente á la torre de Londres. Bajé y bajé entre dos paredes ásperas, hasta que me encontré delante de la abertura

redonda del gigantesco tubo de hierro que serpentea como una gran tripa en el enorme vientre del río. El interior de este tubo parece un corredor subterráneo cuyo fin no se ve. Está alumbrado por una fila de faroles que se pierde de vista y que despiden una luz velada, como las lámparas sepulcrales; el ambiente es nebuloso; se anda largo espacio sin encontrar á nadie; las paredes gotean como los muros de un acueducto; el pavimento se mueve debajo de los pies como la cubierta de un buque; los pasos y las voces de la gente que viene en sentido contrario, suenan con sonidos cavernosos y se oyen antes que se vea á nadie; las personas, desde lejos, parecen grandes sombras; hay, en fin, un no sé qué de misterioso, que sin dar miedo, despierta vaga inquietud en el corazón. Cuando se llega al medio y no se ve el fin de un lado ni de otro, y reina un silencio de catacumba y no se sabe aún cuánto queda que andar, y se piensa que se está debajo del agua y en la profundidad oscura del río donde espiran los suicidas, y que los buques pasan sobre nuestra cabeza, y que si se abriese una grieta en la pared, ni aun habría tiempo para encomendar el alma á

Dios, en aquel momento... ¡Oh, qué hermoso parece el sol!

Creo que había andado poco menos de una milla cuando llegué á la embocadura opuesta en la orilla izquierda del Támesis; subí por una escalera igual á la otra y salí delante de la Torre de Londres.

*
* *

Estos monumentos execrables de la crueldad y de la desventura humanas, me inspiraron siempre una repulsión más fuerte que la curiosidad; pero recordando los nombres de los que murieron dentro de aquellos muros, me sentí obligado á entrar.

Apenas traspasado el primer recinto, acuden en tropel los recuerdos terribles. El castillo, construído en forma de pentágono, está coronado por ocho torres, cada una de las cuales recuerda un prisionero famoso y una muerte lamentable. En una fueron asesinados los hijos de Eduardo IV, en otra asesinado Enrique VI, en la tercera ahogado en un tonel el duque de Clarence, hermano de Eduardo VI. En la torre de las Campanas fué encerrada la reina Isabel; en la de Beuchamp, pasó los últimos días

de su vida Ana Bolena; en la de los Ladriillos, Juana Grey. Á los pocos pasos se llega á la plazoleta de los suplicios secretos, donde, entre otras muchas victimas, fué decapitada Juana Grey. Á corta distancia está la pequeña iglesia donde se hallan sepultados Ana Bolena, Roberto Devereux, Catalina Howard y otros que fueron envenenados, acuchillados ó despedazados en los calabozos secretos.

Las escaleras, estrechas y de bóvedas aplastadas, conducen á grandes salas escuetas, á largos corredores semiobscuros, á celdas siniestras, á aquellas sepulturas de vivos donde se arrancaron los cabellos ó se destrozaron la cabeza contra las paredes tantos infelices, dementes por la desesperación. La mente se aparta algo de aquellos pensamientos en medio de las espléndidas armaduras de los reyes y de los principes, coleccionadas en las salas bajas; y vuelve á ellos al ver el horrible calabozo secreto donde Walter Raleigh, el favorito de Isabel, languideció doce años; el hacha y el cepo, aún manchado de sangre, donde se cortó la cabeza á centenares de prisioneros de la Torre; los instrumentos todavía intactos, con los que se destrozaban las

carnes y se trituraban los huesos, sin producir la muerte. Se oyen y se ven con el pensamiento, andando por aquel maldito edificio, gritos que se escapan á una criatura humana al sentir que huye la vida, gemidos que horrorizan, actitudes, palabras suplicantes que parten el corazón y resistencias sobrehumanas de los que no quieren morir, todo ello girando por entre los rincones de aquel maldito edificio.

En una sala apartada, dentro de un gran escaparate de cristal protegido por una red de alambre, se ve un montón de cetros, de diademas, de brazaletes que brillan como un haz de luz eléctrica: son los diamantes de la corona de Inglaterra que, en conjunto, representan el valor de setenta y cinco millones de pesetas.

*
**

Al salir de la Torre de Londres, ví por primera vez en una cervecería á un borracho de *gin*. Me causó horror. No creía que la embriaguez pudiera desfigurar á un hombre de aquel modo. De nuestros bebedores de vino, disparatadamente alegres ó caídos de sueño, casi se puede decir que son agra-

dables á la vista en comparación de aquellos hombres con el rostro demudado y convulso, cubiertos de palidez mortal, con expresión de enfermos ó de locos y los ojos abiertos y fijos como los ojos de los muertos. Se ve todavía á aquellos desgraciados beber aún á tragos aquel licor terrible, extremecerse como heridos del rayo, pegar con la cabeza contra las mesas y las paredes, y ensangrentarse la cara; y los presentes... asistir á la escena riendo.

*
* *

Una cosa que me compensaba del asqueroso espectáculo de los borraehos, era la vista de los niños, de aquellos queridos niños ingleses que gozan con razón la fama de ser los más hermosos y los más frescos del mundo. Se ven cabelleras de todos los matices del rubio, desde el color de oro de la libra esterlina hasta el amarillo plomo ceniciento de la seda más clara y del color de las frescas cabelleras de maíz; melenas que cuelgan sobre los hombros y que despiertan tentaciones de darles al pasar un tijeretazo. Mejillas de todas las gradaciones de color de rosa, desde las

hojas pálidas que visten exteriormente las flores, á las hojitas voluptuosas que tienen amorios con el pistilo; boquitas tan purpúreas que es maravilla que no las vayan á picar los pájaros; pupilas celestes y tonos puros y cándidos capaces de avergonzar á los angelitos que revolotean en torno de las Concepciones de Murillo. Si no he robado un brazado de aquellos niños, fué porque no supe dónde meterlo.

Pero no tuve fuerza para resistir á otra tentación. Un día, en Green-Park, cogí á uno que pasó á tiro, y le di tantos besos, que le quité el aliento, y al devolverlo á la niñera que acudía á salvarle, hice un gesto suplicante, como diciendo:—Dispense, pero ¡tenía tanta necesidad!

*
* *

Los niños me hacen recordar la célebre exposición de figuras de la señora Tussand. No me arrepentí de haber estado, pero experimenté una sensación más penosa que agradable. Apenas hube entrado, me encontré delante del cadáver de Napoleón III tendido en el lecho con gran uniforme de mariscal, tan admirablemente imitado, que

sentí repugnancia al acercarme. Al mirarlo, vi con el rabo del ojo que á mi lado había un caballero en actitud dolorosa; me volví, le miré fijamente y me eché atrás: era Pietri—de cera—vestido de negro y erguido entre la gente como un espectro.

En la gran sala real, donde hay centenares de reyes, reinas, generales y cortes enteras de Inglaterra y de España, con sus espléndidos trajes de época, respiré con más libertad. Dando la vuelta al trono de un rey de Aragón, tropecé con Thiers; anduve entre el Emperador Guillermo y el Príncipe Federico Carlos y pasé delante de Julio Favre y de Bismarck, que discutían con mucho calor en un rincón. Pasé al vuelo por la sala de la colección de los más famosos malhechores de Inglaterra. Aquellas caras de cretinos feroces, aquellas actitudes reservadas, aquellas ropas manchadas de sangre, en la media obscuridad que casi no deja notar la ficción, me dieron horror. Si en aquel momento cualquiera hubiera dado un grito detrás de una cortina, hubiese creído que uno de aquellos asesinos le había clavado un cuchillo en el corazón.

*
* *

Un día fui á ver el famoso Banco de Inglaterra, que tiene la miseria de novecientos empleados, á quienes da de sueldo la pobreza de seis millones, tiene en su caja la bagatela de cuatrocientos millones de oro y plata y conserva bajo una campana de vidrio un billete que vale la futesa de veinticinco millones. Entré en la gran sala donde se hacen los pagos. Cien empleados asomados á otros tantos ventanillos distribuyen con rapidez de prestidigitadores el oro y la plata á pilas, á puñados y á palletadas, y los que cobran llenan los bolsillos y sacos y huyen como ladrones, lanzando alrededor miradas de desconfianza. Hay que ver los relámpagos, las sonrisas, las ligerísimas contracciones de entrecejos y labios y los mil movimientos inexplicables, pero muy expresivos, de las caras á la vista de aquel oro. Hay que ver cómo aquel oro se desliza, fulgura, brilla y produce *tintinios*, que parecen risas de alegría, y hace toda clase de diabluras, tanto, que parece animado y con picardía.

También yo, ante aquel espectáculo, sentí por primera vez una turbación culpable, y puse una cara, que si alguno me hubiese visto en aquel punto, hubiera gritado:

—¡Arrastradlo!— ¡Aquel sentimiento no lo habría experimentado á los diez y ocho años! Á aquella edad no se nos pasa por el pensamiento ser ricos. La juventud, como dijo un gran poeta, es un *esperar misterioso*, y entre las mil cosas que se esperan, en un porvenir indeterminado y lejano, está también la de hacerse rico. Todavía se espera vagamente en la herencia de parientes desconocidos y en los manejos de billetes de Banco que se encuentran sobre la mesa de noche, al volver del teatro, enviados no se sabe por quién. Pero cada año que pasa se deshace una palabra de estas fantásticas promesas de la imaginación, y entonces la vista del oro hace pensar y despierta deseos melancólicos, no por amor al ocio, sino á aquella querida independencía que el trabajo obligado nos quita, y para poder trabajar diez años en un libro, para tener en casa cuatro maestros de lenguas, para hacer un viaje por África y para poder ofrecer con el amor una diadema de rubíes y un palacio de granito.

* *

El mismo día fui á visitar la renombrada cervecería de Barklay, que paga una con-

tribución de cuatro millones y medio de pesetas y consume cada año trescientos mil hectolitros de cebada.

Después de haber andado un poco por las calles de un distrito de Southwark en busca de la puerta, pregunté, y con gran asombro mio me hicieron comprender que ya estaba en la cervecería y que no había hecho más que pasear entre sus paredes. —¡Pues llamadla ciudad de Barklay!— dije al guarda que me acompañaba. El flemático inglés se sonrió y se deshizo por gratitud en minuciosas explicaciones, haciéndome pasar por los interminables laberintos de aquellos edificios, en torno de lagos de espuma y entre botas titánicas y fragorosas cascadas de cerveza; y cuando por fin le pedí un poco de tregua para mis piernas, me condujo á descansar á un alto terrado, desde el cual, señalando con el brazo extendido, como un general su campamento, aquel gran espacio de casas, almacenes, cuadras, graneros y patios que forman la cervecería de Barklay:—¡Hé aquí, dijo con orgullo, la más grande cervecería de la tierra!

* *

Aquella misma noche volví á pasar por delante del Banco de Inglaterra; vi la Bolsa, me detuve un rato á contemplar aquel circulo de encrucijadas, donde hierve el gran comercio de Londres, y después, impresionado por aquel espectáculo, volví á casa agitado por un afán jamás sentido de dedicarme á los negocios y de amontonar riquezas.—¡Escribir!—decía para mis adentros.—¡Lo que se necesita es hacer!—¿Qué es esto de pasar la vida despachando palabras? Esta es una vida retórica. Hay que trabajar en algo sólido; gracias á Dios, todavía estoy á tiempo. Hay otros muchos que se han dedicado al comercio más tarde que yo y han llegado á hacer fortuna. Cuando vuelva á Italia, me moveré, buscaré, haré algo. ¿Se reirán mis amigos? ¡Que se rían! También yo me reiré cuando construya una quinta en Fiesole... Veamos á qué *ramo* podré dedicarme. Hay que comenzar por poco: vinos, licores... no diré algodón...

En aquel momento me pareció ver un dedito blanco que me señalaba y oír una voz burlona preguntarme:—¿Tú?—Entonces me eché á reír y renuncié al comercio.



IV

PARA ver bien los Museos de Londres es preciso ser rico, poder instalar cómodamente los reales en la gran ciudad por espacio de un año; de lo contrario, las visitas á los Museos resultan marchas forzadas. Me parece estar todavía recorriendo las salas interminables de aquel emporio universal que se llama el Museo de South Kensington, esperando siempre, al entrar en una nueva sala, que aquella sea la última, y dejando caer los brazos al ver otra enfilada, apenas llegado á la puerta. Todo lo más que puedo hacer es acordarme de los famosos cartones de Rafael y de un admirable *Hamlet* de Lawrence, que me detuvo en un corredor para proponerme el tremendo enigma.

No ofrece el mismo inconveniente el pequeño Museo de Pintura de la plaza de Trafalgar, y todavía estoy viendo aquellos inmortales esposos de Hogarth que le valie-

ron dos mil pesetas y fueron revendidos cincuenta años después por una suma veinte veces mayor; las fantásticas batallas de luz de Turner; los cuadros de Rafael buscados por espacio de veinticinco años y los de los cuatro pintores predilectos de Inglaterra: Correggio, Poussino, Murillo y Claudio de Lorena.

Pero no hice más que marchas forzadas en el Museo de las Indias, en el de Soane, en el Naval, en el Colegio de Cirugía, donde se ve el esqueleto de la famosa enana siciliana Carolina Cracami, que podía sepultarse en un sombrero de copa, y el del gigante irlandés Byrne, que encendía la pipa, paseando por las calles, á los fumadores de los pisos primeros.

Pero la impresión que me durará más que ninguna fué la que me hizo la Cámara de los Comunes. Entré en ella sin saberlo (estaba vacía), miré y remiré y ni siquiera se me pasó por la imaginación que aquella fuese la Cámara. Una sala, pequeña al parecer, decorada con cierta magnificencia, llena de aristocrática elegancia, que recordaba el coro de una catedral, destinado á distinguidos canónigos, y que se prestaría perfectamente para un Congreso de

condesitas rubias vestidas de blanco. Cuando supe que era la Cámara de los Comunes, aquella Cámara donde resuena la sencilla y tranquila elocuencia de los primeros oradores del mundo, que se repite destrozada en sentencias presuntuosas y en citas pedantescas en los Parlamentos latinos, me incliné respetuosamente y pedí permiso para tocar el cetro (*the Mace*) con la punta de los dedos, esperando que me infundiese, si fuera posible, la virtud no latina de las discusiones pacíficas.

De las fatigosas visitas á los Museos y palacios, fui á descansar á los parques, á aquellos grandes oasis del *populoso desierto* de Londres, donde el alma se alegra al ver que el mundo no es todo casas y caminos de hierro; donde centenares de bellísimas damas, montadas en arrogantes corceles, pasean por caminos cuyo fin no se ve, y millares de niños corriendo por inmensos prados y alrededor de grandes lagos surcados por innumerables barquillas, os hacen pensar con gusto que la vida no es todo tráfico y fatiga; donde el verde risueño, la alegría de los semblantes y la melodía de la música italiana reaniman con un sentimiento de tierno deseo la querida imagen

de la patria, que volveréis á ver dentro de poco.

¡Oh, *Hyde Park*, *Regent's Park*, parque Victoria, parque de Greenwich, parque de Southwark, parque de Battersea, parque de Holanda, benéficos consuelos de mis melancolías, os doy las gracias y os saludo! Pienso con la misma gratitud en la colina del castillo de Windsor, en los bosquecillos de Eton, en los paseos de Richmond, en los jardines de Kew y en todos los amenos alrededores de Londres, donde me salvé del aburrimiento del domingo.

¡Ah! el que no ha visto á Londres en domingo no sabe lo que es el fastidio. Las puertas cerradas, atrancadas las ventanas, las calles desiertas, las plazas silenciosas; barrios enteros abandonados, donde se podría morir de hambre sin ser visto ni socorrido por nadie; una apariencia de ciudad deshabitada; un tedio infinito sobre todas las cosas; se diría que las estatuas dormitan y las casas se aburren, y se os abre la boca en tan anchos y largos bostezos, que os dan ganas de tentaros la cara á ver si se os ha dislocado la mandíbula.

Londres me parecía cada día más grande. En cualquiera dirección que cami-

nase, nunca llegaba, no digo á ver el fin, sino un asomo que lo anunciase. Al pasar por segunda vez por ciertos sitios, descubriría trozos de ciudad tan grandes como Florencia, que no descubrí la primera vez. Tan solo en los barrios de Westend, que era el que más frecuentaba, veía abrirse ante mí, como por encanto, calles inmensas que ni siquiera había visto en el plano. Me ponía en camino por la mañana, volvía á recorrer algunos sitios que había visto el día anterior y no los conocía; llegaba á un parque, donde me detenía á tomar aliento, y volvía otra vez al infinito laberinto de calles, á pie, en diligencia y en *cab*, haciendo una exclamación de estupor á la vuelta de cada esquina, como cuando se llega á la cima de un monte y se descubre de pronto un nuevo país. Aún tengo en la cabeza multitud de imágenes confusas, de encrucijadas llenas de gente del pueblo, grandes espacios solitarios y lejanías nebulosas, que no sé en qué parte de Londres ni en qué día las he vislumbrado, y que frecuentemente se confunden con las visiones de aquellas ciudades imaginarias que se aparecen en sueños.

La grandeza y la riqueza de Londres me

causaban á cada momento diferente impresión. A veces sentía rebajado mi amor propio de italiano, recordaba con despecho las mezquinas vanidades á que nos entregamos comparándonos sólo con nosotros mismos, y me propuse refutarlas con sarcasmo al volver á Italia; quisiera haber nacido inglés para tener derecho á medir con la vista de alto á abajo á los latinos. Otras veces, por el contrario, el espectáculo de la superioridad de este país me hacía sentir por el mío un afecto más vivo, mezclado de tierna compasión. ¿Acaso un hijo, pensaba yo, debe amar menos á su madre porque es pobre y enferma? En muchas ocasiones me parecía poco envidiable aquella grandeza. ¡Vanidad!—decía—¡vanidad! «¿Qué objeto tiene, preguntaba, como un pastor á Leopardi, todo este gran movimiento, esta inmensa agitación de hombres y de cosas?—¿Están éstos más contentos que nosotros?—¿Tienen riquezas! Pues bien, nosotros no tenemos niebla, y quizá un pobre diablo goce más de la vida al sol, que un rico en las tinieblas. ¿No hay aquí miserias y dolores infinitos?»

La pobre Italia me proporcionaba á veces satisfacciones de amor propio. Cuando

algún cortés compañero de carruaje sabía que yo era italiano, me lanzaba una mirada entre benévola y curiosa, como para buscar en mi semblante algo que respondiese á la vaga imagen de cosas bellas y vida feliz que despierta en todo extranjero el nombre de Italia; sentía vivo placer y veía en el cristal de la ventanilla de enfrente que mis ojos brillaban y mis mejillas se habían teñido de color de rosa.

*
* *

¡Pero qué lección de modestia es el viajar! ¡Qué estrecho aparece al que viaja el círculo de conocimientos é ideas en que vive habitualmente, y que, sin embargo, parece tan vasto en su casa, entre sus amigos y sus libros!—¡Ver que á lo menos la mitad de lo que constituye «el tesoro de instrucción» que hemos acopiado en tantos años de estudio y de observación, apenas tiene valor en el país extranjero donde nos encontramos! ¡Tocar con la mano que, en nuestra casa, cuando creíamos leer el libro del mundo, no leíamos más que una página; que mil cosas que nos parecían grandes, importantes y capaces de llenar el

orbe, son minucias de casa que no significan nada, fuera del dintel de la puerta! Á cada paso que se da en un país extranjero, se abre ante nuestros ojos como una brecha por donde vemos los abismos de nuestra ignorancia, de cuyo fondo sale una risa compasiva. Pero hay también momentos en que, por el contrario, el movimiento de ideas es tan rápido, que vemos, adivinamos y comprendemos con la prontitud del relámpago, muchas cosas que hasta entonces eran para nosotros desconocidas ú oscuras, y si aquella febril actividad mental durase siempre, seríamos hombres extraordinarios. ¡Qué grandes pinturas se hacen entonces y se pierden á la vuelta de la primera esquina!

* * *

Lo que más me admiró de Londres, después de su magnitud y su riqueza, es el orden. Aquella enorme ciudad es tan tranquila como una aldea de Holanda. Todas las funciones de su inmensa vida se verifican con la regularidad de un cronómetro. Un extranjero que apenas comprenda el francés, se arregla solo, sin perder ni un

minuto de tiempo. Las paredes y los carruajes, cubiertos de letreros infinitos, le guían constantemente, y á cada paso recibe uno una hoja impresa que le da un consejo ó una noticia útil. En cualquier parte de Londres que uno se pierda, no tiene más que andar en dirección del primer tren que vea pasar sobre los tejados; el tren lo conduce á una estación y las paredes de ésta le enseñan el camino de su casa. Un día subí á una diligencia, sin saber á dónde iba; me llevaron algunas millas fuera de Londres; bajé en una hostería del campo y me quedé solo. Ninguno de los que allí había comprendía una palabra de francés; no podía saber dónde estaba, ni siquiera cuándo la diligencia volvería á pasar.

La inquietud me punzaba algo. Dí vueltas por un pueblecito de limpias casas y cuidados jardines, donde sólo encontré alguno que otro aristocrático joven á caballo, y no vi más que alguna que otra rubia cabeza de *miss* detrás de los cristales de la ventana; reinaba un silencio sepulcral. ¿Qué hacer? ¿Á dónde ir? De repente sentí un silbido que resonó en mi corazón como la voz de un amigo; me dirigí hacia

aquel lado, y á los quince minutos estaba en Londres.

La noche en Londres es muy triste para un extranjero. Tuve feroces momentos de *spleen*.

Habitado al fantástico esplendor de los *bulevares* de París, y á aquel gran movimiento festivo, las calles de Londres me parecían oscuras y melancólicas. Echaba de menos los cafés llenos de gente, las brillantes tiendas y aun los cuadros disolventes del *boulevard* Montmartre, olvidando la indignación que en mí despertaba la prostitución desvergonzada, triunfante y fulgurante, que pulula por todos lados. ¡Pero qué misterios encierran estos decaimientos y estas profundas tristezas que nos asaltan por la noche en una ciudad desconocida! Impresiones tan profundas, que á veces tenemos una cara que da compasión á los transeúntes. Pero, ¿por qué? se pregunta uno:—estás bien, tienes buenas noticias, no te falta dinero, eres libre, mañana por la mañana te divertirás, dentro de diez días volverás á estar en tu país, ¿por qué ese entrecejo de suicida?—¡Quién lo sabe! También yo, como el leproso de De Mais-tre, cuando veía pasar un matrimonio con

hijos, ama y niño de pecho, todos alegres y contentos, sentía una amarga envidia y volvía la cara hacia otro lado.

*
*
*

En Londres se puede obtener, por medio de recomendaciones, permiso para acompañar á la ronda nocturna de la Policía en aquellos lúgubres barrios donde horriguea el populacho de malhechores y mendigos, y penetrar en las covachas donde aquellos miserables pasan la noche por algunos céntimos. Tan solo de día paseé por aquellos barrios en medio de las casas donde van á atontarse los bebedores de opio, donde hay bailes obscenos á cinco céntimos la entrada, donde los aficionados al *box* van á ver vibrar los puños formidables que aplastan ojos y saltan dientes, donde se ven las mujeres con el cráneo machacado por los maridos borrachos, donde la meretriz consumida recibe los abrazos del ladrón manchado de sangre, donde la prostitución comienza en la niñez y continúa en la ancianidad, donde la ferocidad, la lascivia, la miseria se dan cita en las tinieblas, como asquerosos monstruos, y se

unen para enviar víctimas al Támesis, á los hospitales y al patíbulo; donde fermenta, en fin, la podredumbre de la gran ciudad, y donde Carlos Dickens iba á beber cerveza acompañado de su criado.

*
* * *

La mañana más hermosa que pasé en Londres fué la última, que terminó con el más gracioso almuerzo cosmopolita que en mi vida había hecho hasta entonces.

Había subido á la torre de Wren—aquella torre famosa que recuerda un incendio de cuatrocientas sesenta calles y catorce mil casas;—de cuya cima se abraza de una ojeada el gran movimiento del puente de Londres y de todas las calles que tienen origen en la orilla izquierda del Támesis. Encontré en lo alto á cinco simpáticos jóvenes que charlaban alegremente, destrozando la lengua francesa (excepto uno de ellos), con la desenvoltura de mancebos de barbería; trabé conversación, y después de algunas palabras, supe con gran placer que uno era de Colonia, otro de Mánchester, otro de Harlem, otro de Guadalajara y el quinto de Lyon; así es que, comprendién-

dome á mí, el grupo representaba seis Naciones:

Alemania, Inglaterra, Holanda, España, Francia é Italia; tres pueblos latinos y otros tres del Norte: cuatro monarquías sanas y dos repúblicas enfermas (1).

Nos reímos porque el alemán y el holandés se habían encontrado allí momentos antes por casualidad y los otros tres se habían reunido del mismo modo el día anterior, y dándonos el grave tono de constituir una comisión internacional para cualquier *arbitraje*, fuimos á almorzar juntos. Exceptuando el español y un poco el italiano, todos los demás eran esponjas de cerveza; la mesa estuvo pronto cubierta de vasos vacíos y la conversación se hizo muy animada.

Los vapores de la cerveza habían adormecido los odios y los disentimientos políticos y despertado á la vez en los seis un sentimiento de amor universal, que estallaba en brindis ruidosos á la prosperidad y á la gloria de todas las Naciones, representadas, *aunque indignamente*, como decía

(1) A la sazón había República en España.—
(N. del T.)

el lionés, en aquel alegre Congreso que debiera servir de ejemplo á los Gobiernos.

Antes de aparecer la octava botella, la Alsacia estaba restituida; toda sombra de guerra por la cuestión de Roma, disipada; todos los carlistas desparramados en la frontera francesa, presos; y el Luxemburgo asegurado para siempre de las pretensiones de Alemania.

Después comenzaron á bailar sobre la mesa Guttenberg, Coster, Miguel Angel, Mendoza, Newton, el príncipe de Orange, Victor Hugo, y comenzó á caer sobre ellos una lluvia de estos adjetivos de *postres*, reforzados por un frago:

—¡Divino!...

—¡Inmenso!...

—¡Sublime!...

—¡Sobrehumano!

Luego, á medida que crecía la familiaridad, y á medida que cada uno hablaba de sus asuntos, salía:

—Yo soy negociante.

—Yo periodista.

—Yo pintor.

—Yo tengo... algunos bienes.

Nos preguntábamos mutuamente la edad y nos decíamos recíprocamente:

—Usted es un hermoso tipo alemán.

—Y usted es un hermoso tipo italiano...

Se asesinaba la lengua de los demás, y de cuando en cuando gritaba una voz:

—¡Pero aquí no se bebe!

Forjábanse grandes proyectos y se fijaban citas para el año siguiente en París, en Amsterdam, en Constantinopla, en tal calle, tal día y á tal hora, y hubo aquello de

—«Cuidado, que yo no faltaré...»

—«Escribidme.»

Y después un choque de vasos rebosando, al grito de:

—¡Viva la civilización!

*
*
*

Al medio día subí cerca de la torre de Londres, en un vapor que salía para Amberes.

La fabulosa grandeza de Londres no se ve más que subiendo ó bajando el Támesis; London-Bridge y la City desaparecen, si se comparan con el puerto, y empequeñece toda la ciudad de Londres.

Quando el buque se puso en marcha brillaba el sol y el aire era límpido. Entramos en medio de dos filas de grandes buques,

pasamos en algunos minutos el *dock* de Santa Catalina, que comprende el espacio que antes ocupaban doce mil habitantes y sirve de puerto á los buques que llegan de Alemania, de los Países Bajos, de Francia y de Suecia; dejamos atrás los *London-docks*, que contienen en sus dársenas trescientos buques de alto bordo y en sus almacenes doscientas mil toneladas de mercancías y dan trabajo á tres mil obreros de todos los países del mundo, y seguimos adelante rápidamente, casi rozando con los buques, los remolcadores, las barcazas y las naves de todas clases que van y vienen por el largo río. Durante algún tiempo el espectáculo no es extraordinario. Montones enormes y filas interminables de sacos, de toneles, de cajas y de embalajes amontonados en los muelles, en las orillas, en los diques y en las bocacalles; grandísimos muros de las afueras, muchas casas negras, y por todas partes humo de fábricas, movimiento de máquinas y trabajo de marineros y operarios.

Sólo cuando se llega á la gran vuelta del Támesis, se comienza á observar que hasta entonces nunca se había recorrido tan largo espacio por en medio de buques;

y dada la vuelta, se asombra uno de encontrar en la nueva dirección mástiles y velas hasta perderse de vista. Pero ya es otra cosa cuando se advierte que, más allá de estos mástiles y estas velas, detrás de los grandes muros que se extienden á lo largo de las dos orillas, hay otros bosques de palos juntos, profundos y confusos; á la izquierda, las grandes dársenas de los *docks* de las Indias Occidentales, que ocupan cien hectáreas de superficie; á la derecha, los cinco grandes *docks* «comerciales» y los *docks* de Surrey, que se extienden algunas millas tierra adentro. Ya no se navega entre dos filas de buques, sino entre dos filas de puertos, y la mirada no puede abarcar todo el espectáculo.

Pasados los *docks* comerciales, se prosigue algunas millas entre los *docks* menores, pero siempre entre bosques de mástiles, muros negros de almacenes tan grandes como ciudades, y montes de mercancías.

Se pasa por delante del glorioso hospital Greenwich y se da la vuelta á la isla de los Perros.

Ya llevamos dos horas de navegación; los buques empiezan á ser más raros, y aunque los almacenes, las fábricas y las

casas continúan sin interrupción en entrambas orillas, parece que ya se concluye el puerto. Damos un suspiro, tenemos necesidad de algún reposo, estábamos fatigados de admirar. Así seguimos otra hora más, pensando en Londres como en una ciudad ya lejana, y en el movimiento y en el ruido del puerto, como un espectáculo del día anterior, cuando hé aquí, á una vuelta del río, nuevas larguissimas filas de buques, nuevas florestas lejanas de palos y vergas, nuevos *docks* inmensos; otro puerto, otro espectáculo grandioso. Aquí la admiración se cambia en estupor y nos parece que soñamos.

Se diría que vamos á entrar en otro Londres.

Pasamos después al lado de los *docks* de las Indias Orientales, se costean los arsenales de Woolvich, se corre á lo largo de los *docks* Victoria, que se extienden tres millas á lo largo de la orilla izquierda y siempre adelante entre muros sin fin, naves sinnúmero, mercancías, máquinas, humo, silbidos, salidas, entradas, banderas de todos los pueblos del mundo, caras de todos colores, palabras de lenguas ignotas que llegan al oído desde los buques cerca-

nos, vestidos raros y gritos salvajes que traen á la imaginación playas y mares remotos.

*
* *

¡Tres horas dura este espectáculo! Por cansado que se esté, hay que admirar de nuevo.

La mente se exalta; no se experimenta el sentimiento casi de humillación que se sentía al principio comparando este país al propio; ya no se compara, se convierte uno en cosmopolita, el orgullo nacional se pierde en el orgullo humano; ya no se ve el puerto de Londres, sino el puerto de todos los países, el centro del comercio del mundo, el punto de reunión de todos los pueblos, de todas las razas y de todas las zonas; y mientras los ojos miran, el pensamiento atraviesa los continentes y se representa las inmensas curvas descritas en el globo por aquellas miriadas de naves que se encuentran y se saludan, los infinitos peli-gros, y las infinitas fatigas, el eterno trabajo de la incansable humanidad, y parece que se conocen por primera vez las leyes de la vida del mundo.

*
* *

Entretanto, el buque vuela, el Támesis se ensancha, los bosques de palos semejan finas cañas en el horizonte ligeramente dorado por el sol Poniente, pero aún se suceden los *docks* á los *docks*, las dársenas á las dársenas, los almacenes á los almacenes, los arsenales á los arsenales. Londres, la gran Londres, está siempre allí; Londres nos sigue todavía, á las cuatro horas de navegación, á la derecha, á la izquierda, delante, hasta donde alcanza la vista, y se ve todavía con mezcla de duda y de temor la ciudad monstruosa que sin cesar trabaja y adelanta.



PARÍS

Entretanto, el buque vuela, el Támesis se ensancha, los bosques de palos semejan finas cañas en el horizonte ligeramente dorado por el sol Poniente, pero aún se suceden los *docks* á los *docks*, las dársenas á las dársenas, los almacenes á los almacenes, los arsenales á los arsenales. Londres, la gran Londres, está siempre allí; Londres nos sigue todavía, á las cuatro horas de navegación, á la derecha, á la izquierda, delante, hasta donde alcanza la vista, y se ve todavía con mezcla de duda y de temor la ciudad monstruosa que sin cesar trabaja y adelanta.



PARÍS



PARÍS

EL PRIMER DÍA

París, 28 de Junio de 1878.

HÉME aquí preso de nuevo en esta inmensa red dorada, donde hay que caer, quiérase ó no. La primera vez permaneci cuatro días luchando desesperadamente, y bendije el día que salí. Pero ahora que vuelvo tranquilo, comprendo que yo tenia toda la culpa; porque ¡desgraciado el que llega á París sin objeto seguro, demasiado joven, con la cabeza llena y los bolsillas vacios! Ahora veo á París con serenidad y acompañado de un amigo que me hace sentir de nuevo las impresiones de la vez primera.

Veamos las del primer día tal y como las puede describir una cabeza fatigada, y una pluma prestada en el hotel.

Antes de ser conducido á la Exposición,

precisa que el lector penetre con nosotros en París, echando una ojeada al patio previamente, y sin que se hayan vuelto los ojos al escenario del teatro, como si dijéramos.

Echamos pie á tierra en la estación de Lyon á las ocho de la mañana, con un tiempo magnífico, é inmediatamente nos encontramos perplejos. Habíamos leído en los periódicos que los cocheros parisienses llevaban sus pretensiones hasta el punto de no querer conducir á las gentes de cierta facha, é hice notar á Giacosa que nosotros dos nos encontrábamos precisamente en las circunstancias más propicias para provocar y justificar una desdeñosa negativa del más cortés de los cocheros.

Él se quedó avergonzado y yo lo mismo. Por casualidad, llevábamos unos gabanes que nos hacían parecer más gruesos. ¿Qué hacer? No tuvimos más remedio que intentar producir efecto aproximándonos á un fiacre, á paso de baile, y dirigir la palabra al cochero con voz de falsete.

El éxito coronó nuestra tentativa; el cochero nos echó una mirada intranquila, pero nos dejó subir al vehículo y se dirigió rápidamente hacia los *bulevares*.

Nosotros debíamos ir al *bulevar* de los Italianos, es decir, al centro de París, pasando por las calles más hermosas.

* * *

La primera impresión es agradable.

Al ver la gran plaza irregular de la Bastilla, animada y tumultuosa, en la que desembocan cuatro *bulevares* y diez calles, se escucha el sordo murmullo que viene del extenso faubourg Saint-Antoine. Pero todavía estábamos abrumados por la impresión de la lúgubre estación en que nos habíamos apeado, molidos y soñolientos, y aquel vasto espacio lleno de luz, aquellos mil colores que distinguíamos, la gran columna de Julio, los árboles, y el rápido vaivén de los carruajes y las gentes, pasan ante nosotros casi inadvertidos. Este es el primer hálito turbulento y ruidoso de la vida de París, y se recibe cerrando á medias los ojos.

No se comienza á ver clara y distintamente hasta llegar al *bulevar* Beaumarchais.

* * *

Aquí empieza á aparecer París. La ancha calle, la doble hilera de árboles, las casas alegres, todo es nítido y fresco y tiene aspecto de joven. Se conocen á primera vista mil refinamientos de comodidad y elegancia, que revelan un pueblo lleno de necesidades y de caprichos, para el que lo superfluo es más indispensable que lo necesario, y que con ingenioso arte goza de la vida.

El establecimiento de bebidas enseña sus vasos y sus mostradores resplandecientes; el café pequeño está lleno de pretensiones; el traficante al menudeo imita á los grandes *restaurants*, y mil pequeñas tiendas rivalizan en colores, en muestras, en inscripciones, en maniqués, en adornos y en joyas. Entre las dos filas de árboles hay un sinnúmero de coches, carretones movidos por vapor y ómnibus altísimos, cargados de viajeros, que ruedan botando sobre el desigual piso con ensordecedor estrépito. Pero este movimiento es muy diferente del de Londres. El espacio abierto y verdeante, las caras, las voces, los colores, dan á esta confusión el aspecto de diversión más que de trabajo, y además la población no es nueva para nosotros. Todas las caras

son conocidas y nos hacen sonreír. Éste es *Gervasio* que está en el dintel de su tienda con el hierro en la mano; aquél es *monsieur Joyeuse* que va á su oficina soñando en una gratificación; el otro es *Pipelet* que lee la *Gaceta*; éste es *Federico* que pasa por debajo de la ventana de *Bernerette*; aquélla es la costurera de Murger; la otra es la tendera de Paul de Kock; éste es el *pilluelo* de Victor Hugo; ése es el *Prudhomme* de Enrique Monnier; uno es el *hombre de negocios* de Balzac; aquel otro es el obrero de Zola. Ahí están todos. ¡Cómo se conoce que, aun á cien leguas, vivíamos en la inmensa ciudad de París! Son las ocho y media, y el día de la gran ciudad (día de París que es un mes para el viajero) ha dado ya principio caliente y ruidoso como una batalla. Por entre el ruido de la calle se oye la voz profunda de los inmensos barrios ocultos, á la manera que se oye el mugido del mar que se estrella en la costa. Apenas se sale del *bulevar* Beaumarchais, y no bien se llega al de Filles du Calvaire, cuando ya se adivina, se siente, é iba á decir se respira la inmensidad de París, y se piensa con estupor en aquellas pequeñas, silenciosas y solitarias ciudades de

donde se acaba de salir, que se llaman Turín, Milán ó Florencia, donde cada cual está á su puerta ó en su tienda, y se vive como en familia. Ayer bogábamos sobre una laguna, hoy navegamos en un Océano.

*
* * *

Hemos caminado poco más de una milla, y estamos en el *bulevar del Temple*. Aquí la ancha calle se espacia aún más, las casas son más altas y las calles laterales se alargan. La majestad de París comienza á aparecer. Según se avanza, todo se hermosea y se engrandece. Comienzan á desfilir los teatros: el Circo, el Lírico, la *Gaité*, el de *Folies*; los cafés elegantes, los grandes almacenes y los restaurants de príncipes, y la multitud toma un aspecto más genuinamente parisiense.

El movimiento es bastante más considerable que de ordinario. Nuestro carruaje se ve obligado á detenerse á cada momento, esperando que se ponga en marcha la larga fila que le precede. Los ómnibus de toda suerte de figuras, que tienen el aspecto de casas ambulantes, parecen perseguirse. La gente cruza corriendo en todas

direcciones, como si jugase á la pelota, de un lado á otro de la calle; y por las dos aceras pasan dos procesiones jamás interrumpidas.

Ya estamos en el *bulevar Saint-Martin*, que es un paso más en el camino de la elegancia y la grandeza. Los kioskos son más numerosos, las tiendas más ricas, más ostentosos los cafés. Los balcones de las casas están cubiertos de inscripciones formadas por grandes letras doradas que dan á cada fachada el aspecto de una portada de gigantesco libro. Los frontispicios de los teatros, los pórticos de los pasajes y los restaurants que se abren hacia la calle, semejantes á pequeños templos ó á teatros resplandecientes de espejos, se suceden sin interrupción, unidos unos á otros como una sola tienda sin fin.

Mil reclamos sorprendentes, caprichosos y charlatanescos, surgen, se columpian y se levantan en todas partes, se ven á través de los árboles que extienden sus ramas sobre los kioskos, en los bancos de las aceras y en las pequeñas estaciones de ómnibus, sobre las fuentes, en las mesas exteriores de los cafés y en las escaleras de los teatros.

Ahora viene el *bulevar* de Saint-Denis. La gran calle se deprime, se alza, se quiebra, recibe de los barrios populosos una turba de caballos y de personas, se extiende adelante hasta que se pierde de vista, semejante á un hormiguero de carruajes, negra por la multitud, y dividida en tres partes por dos enormes líneas de verdor que la llenan de frescura y de sombra.

Hace ya tres cuartos de hora que caminamos al paso, serpenteando y costean-do interminables hileras de carruajes que traen á la imaginación la idea de fabuloso cortejo de boda ocupando á París de uno á otro extremo.

Hemos llegado al *bulevar* Bonne Nouvelle; aquí el hormiguero de gentes, el murmullo y el estrépito aumentan, como también aumenta el lujo de los grandes almacenes, que lucen sobre la calle sus enormes vidrieras, y crece asimismo la audacia de los reclamos que suben de los primeros á los segundos y á los terceros pisos, á las cornisas y á los techos.

Los almacenes tórnanse salones, las mercancías preciosas están amontonadas y las paredes de las casas desaparecen bajo un decorado de esmalte pueril y magní-

fico que seduce y fatiga la vista. Esto no es ya una calle, es una sucesión de plazas; una sola plaza inmensa, preparada para una fiesta, donde se revuelve y se agita inmensa muchedumbre con azogue en las venas. La vista penetra hasta las últimas salas de las opulentas tiendas, en los lejanos mostradores de los cafés blancos y dorados, en los entresuelos de los grandes restaurants, y cada vez que cambia de dirección, divisa mil bellezas, mil cosas sorprendentes, mil pomposas nimiedades, una infinita variedad de tesoros, de juguetes, de obras de arte, de tentaciones de toda especie, de las que nadie puede librarse sino dirigiéndose al otro lado de la calle ó distrayéndose en la contemplación de las dos interminables filas de pequeños kioscos pintados de cuadros con todos los colores del arlequín, cubiertos de inscripciones y dibujos grotescos y tapizados de periódicos de todas clases y de todos los países, que dan al vasto *bulevar* la apariencia de una feria de carnaval literario.

En este tiempo se pasa del *bulevar* Bonne Nouvelle al Poissonnière, y el espectáculo se hace más y más variado, extenso y rico. Hemos recorrido ya una distancia de

cuatro kilómetros, experimentando á cada paso un nuevo sentimiento, que no es sólo la admiración, sino un confuso descontento, una pena mezclada de deseos, la amargura del joven que se ve humillado á su primer ingreso en el mundo, una especie de sorpresa del amor propio, que se manifiesta en las miradas tristes y vergonzosas que lanzamos á nuestro mezquino equipaje, instalado sobre el carruaje, en medio de este insolente lujo.

*
* *

Por fin llegamos al *bulevar Montmartre*, al que siguen el de los *Italianos*, el de *Capucines* y el de la *Magdalena*.

¡Ah! Aquí está el corazón ardiente de París, la gran Vía Máxima de los triunfos mundanos, el gran teatro de las ambiciones y del libertinaje célebres, donde afluyen el oro, el vicio y la locura de los cuatro ángulos de la tierra.

Aquí está la pompa suprema; esta es la metrópoli de las metrópolis; el sitio regio, siempre abierto, al que todo afluye. Aquí la calle se convierte en plaza, la acera en calle, las tiendas parecen museos, los cafés teatros, la elegancia es fausto, el brillo es-

plendor y la vida fiebre. Los caballos pasan por escuadrones y la multitud por torrentes. Los cristales, las muestras, las puertas y las fachadas, aumentan y toman grandes proporciones; todo está dorado, plateado, iluminado. Es un lujo de fausto y ostentación que raya en locura. Encuéntanse reunidos el aseo holandés, la amenidad de un jardín y la variedad infinita de colores de un bazar oriental. Podría decirse que se encuentra uno en la inmensa sala de enorme museo, donde están apiñados con asombrosa profusión, á la vez que en disposición encantadora, oro, perlas, flores, cristales, cuadros, obras maestras de la industria, encantos de las artes, galas de la riqueza y todos los caprichos de la moda. Los gigantescos cristales, los innumerables espejos y los revestimientos de brillante madera que llegan á la mitad de la altura de las casas, lo reflejan todo, y los grandes letreros dorados se extienden á lo largo de los relieves de las fachadas como los versículos del Corán en las paredes de las mezquitas. La vista no encuentra en dónde descansar. En todas partes brillan nombres célebres en el reino de la moda y los placeres; títulos de restaurants famosos desde New-York

á San Petersburgo; hoteles de príncipes y de Cresos, y almacenes cuya puerta se abre con mano temblorosa. Doquiera reina un lujo aristocrático, provocativo y asombroso, que parece decir: derrocha, gasta y goza; y que al mismo tiempo excita y humilla los deseos.

Nada hay de monumental en esta belleza.

Es una magnificencia teatral y femenina, una excesiva majestad de aparato, llena de coquetería y vanidad, que desvanece y deslumbra como inmenso cabrilleo de puntos luminosos, y expresa exactamente la naturaleza del gran pueblo opulento y voluptuoso que trabaja por el placer y por la gloria. Experimentábase al contemplar este espectáculo cierta timidez. La multitud misma pasa con cierta gracia contenida como si se encontrase en un gran salón, girando sin ruido sobre el asfalto como sobre una alfombra; los comerciantes que permanecen detrás de sus escaparates colosales, con dignidad de grandes señores, como si no esperasen más que compradores millonarios; los mismos vendedores de periódicos de los kioskos tienen algo de aire literario. Se diría que comprenden la gran-

deza de la situación y procuran añadir con su propia persona una pincelada bien puesta en el gran cuadro de los *bulevares*.

¡Gran cuadro en verdad! Podemos acumular en nuestra imaginación todas las figuras que se encuentran esparcidas en nuestras más florecientes ciudades; pero jamás podremos llegar á representarnos aproximadamente el espectáculo que ofrece este río viviente que corre sin detenerse entre dos interminables paredes de cristal, en medio de este verdor y de este oro, al lado de ruidoso torbellino de caballos y de ruedas, en esta anchísima calle que parece sin fin... ni tampoco se podrá formar idea exacta de la figura que hacían en medio de todo esto, nuestros pobres equipajes de literatos.



Apenas hubimos tomado aliento en el hotel, volvimos á los *bulevares*, delante del café *Riche*, atraídos sin conocerlo, como la mariposa por la luz, y ¡cosa extraña! me parecía que llevaba ya en París una semana. La multitud tenía diferente aspecto que de ordinario. Abundaban las figuras exóticas, los trajes de viaje, las familias de pro-

vincias fatigadas y atortoladas, los morenos rostros del Mediodía y las barbas y cabelle-
ras rubias del Norte. En el puente de Constantinopla se ve desfilar todo el Oriente, y aquí todo el Occidente. De cuando en cuando se divisa una cara japonesa, un negro, un turbante ó un traje oriental, pero en seguida desaparecen ocultos entre la multitud de negros sombreros de copa.

Yo percibí numerosos miembros de la innumerable familia de los grandes hombres caídos que se reconocen á primera vista; caras extrañas, de aspecto descompuesto, con anteojos, gran cabellera que descansa en los hombros, vestidos de negro, grasientos y con un gran cartapacio debajo del brazo; soñadores de todos los países llegados á París en esta gran ocasión, en busca de un cambio de gloria ó de suerte, mediante una invención mecánica ó una obra maestra literaria.

París es el gran torrente donde se ahogan todas las glorias de media talla. En París se encuentran por docenas las celebridades de provincias ó las *ilustraciones* nacionales, y desaparecen todos los famosos personajes, aunque tengan antiguos blasones ó estén galoneados y condecora-

dos, ya sean principes ó duques ricachones. No se ven caras orgullosas, ni sonrisas de vanidad satisfecha. Son gotas del inagotable torrente, donde no sobrenadan más que los gigantes.

Se comprende lo formidable de los recursos que los ambiciosos de gloria tienen que emplear para elevarse sobre este *pandemonium* y la rabiosa obstinación con que los hombres se destrozan el cerebro buscando la palabra y el grito que haga volver las cien mil cabeza de esta maravillosa multitud. Gran goce se experimenta al encontrarse sobre esta tierra sembrada de ambiciones destrozadas y de glorias muertas, sobre las cuales se levantan otras ambiciones y se ensayan sin interrupción otras fuerzas; se goza al encontrarse aquí como en medio de una maquinaria vibrante y sonora, sintiéndose agregado, como una molécula viviente, al gran cuerpo á cuyo alrededor gira todo, respirando una bocanada de aire sobre esta torre de Babel, y asistiendo, desde un peldaño de esta escalera sin fin, á este trabajo inmenso, sostenidos por el dulce pensamiento de que se abandonará á los quince días.

*
* * *

Después caminamos dos horas en carruaje describiendo un gran zig-zag por la orilla derecha del Sena, para ver circular la vida en las arterias pequeñas de París.

Volvi á ver con placer vivísimo el verde y espléndido *bulevar* de Sebastopol y de Estrasburgo, que parece hecho para el desfile triunfal de un gran ejército, y la larga calle de Lafayette, en la que las dos negras filas de la gente que transita se pierden en lejano horizonte nebuloso; se diría que allí á lo lejos comienza otra gran capital.

Vuelvo á pasar por las inmensas calles que se llaman *bulevar* Haussmann, *bulevar* Magenta, *bulevar* Malesherbes y el *bulevar* del Príncipe Eugenio, que sondeo admirado con la vista, como si fuera un abismo, apretando el brazo de mi compañero. Vamos á la plaza del Arco de la Estrella, para ver distribuirse en todas direcciones, como radios de una rueda, las grandes calles que dividen en catorce hermosos barrios á la décima parte de París. Volvemos al centro de la villa y recorremos la intrincada red de callejuelas llenas de rumores y preñadas de recuerdos. A cada paso hay enrucijadas y revueltas que preparan las grandes perspectivas inesperadas de calles

monumentales, en cuyo fondo se destaca una imponente masa que domina la población como montaña de granito cincelado.

Por todas partes se ven hileras de carruajes cargados de equipajes, y figuras soñolientas y empolvadas que se asoman á las ventanillas para interrogar este caos; y en los alrededores de las estaciones, grupos de viajeros á pie, con la maleta en la mano, que se siguen como si se hubieran robado unos á otros.

No hay un momento de descanso ni para el oído, ni para los ojos, ni para el pensamiento.

Creeis poder beber tranquilos un sorbo de cerveza en un café casi vacío, ¡vana ilusión! el reclamo os persigue. El primero que pasa os desliza en la mano un poema que comienza por una invectiva contra la Internacional y termina invitándoos á comprar un gabán en casa del famoso sastre Armangan, y un momento después os encontráis con un soneto en que se promete una entrada para la Exposición á todo el que encargue un par de botas en la calle Rougemont. Si queréis apartar los ojos y los levantais, distinguis una gran carroza dorada con criados vestidos de librea que

ofrecen sombreros; mirais al fin de la calle, y á media milla de distancia hay un anuncio del *Petit Journal*, que dice en caracteres gigantescos: «¡Seiscientos mil ejemplares diarios! ¡Tres millones de lectores!» cuyo reclamo hace el efecto de un trompetazo en el oído. Alzais los ojos al cielo y no está tampoco libre, pues sobre el tejado más alto del barrio, se dibuja sobre el azul de la atmósfera en claras y altas letras de hierro el nombre de un artista de las nubes que se empeña en hacer vuestra fotografía. Convertís los ojos á la mesa y está dividida en multitud de cuadros pequeños impresos en color, anunciando pomadas y cosméticos. Volvéis la cabeza disgustados... ¡Ay infelices! tropezáis en el respaldo del asiento con el anuncio de un guantero. Ya no queda más recurso que mirarse los pies. ¡Pues ni aun así estais en paz! Debajo de vuestras plantas, en el asfalto, hay un anuncio recomendando una casa de huéspedes situada en la *Chaussée d'Antin*.

Andando durante una hora, se lee sin querer medio libro, ¡no hay remedio!

Esto es una interminable decoración gráfica, enorme, ilustrada por grotescas figuras de diablos y otros personajes de la

altura de las casas, que os asedia, os oprime y os hace maldecir del alfabeto.

El *Petit Journal*, por ejemplo, ocupa la mitad de París, y hay que comprarlo ó matarse; todo lo que tomáis en la mano, desde el billete del vapor del Sena, hasta la contraseña de la silla de un jardín público, todo está lleno de reclamos ocultos. Aun las paredes de aquellos kioskos donde sólo se entra por necesidad, hablan, ofrecen y recomiendan alguna cosa. En cada esquina hay mil bocas que os llaman y mil manos que os hacen señas; es una red que envuelve á todo París.

Todo esto es económico hasta el punto de creer que se ahorra algo cuando se está gastando hasta el último céntimo.

Pero, ¡qué variedad de objetos y de espectáculos! En el espacio de quince pasos se pueden ver una diadema de brillantes, un enorme ramo de camelias, un montón de tortugas vivas, muñecos, un traje completo, «que satisface al elegante más escrupuloso» por ocho francos cincuenta céntimos; un número del *Journal des abrutis* con un artículo sobre la exposición de vacas, un gabinete de experimentos fonográficos, y un vendedor que hace volar una nube de

mariposas de pluma para engañar á los bobos que pasan. A cada momento se ven cruzar por la derecha ó por la izquierda todas las figuras más eminentes de Francia.

No hay población igual á París en esta clase de exposiciones. Víctor Hugo, Emilio Augier, madame Judic, Littré, Coquelin, Dufaure y Daudet están en todas las esquinas. Por todas partes se ven caras amigas y ninguna impresión es verdaderamente nueva. No se ve á París por primera vez, sino que se le vuelve á ver. No nos recuerda ninguna población italiana, lo que sería extraño; es que encontramos en él todas nuestras reminiscencias de nuestra vida intelectual.

Cuando un amigo os dice: «Ésta es la casa de Gambetta, ésta la de Sardou, éstas ventanas son las de Dumas, éstas son las oficinas del *Figaro*,» le contestais con toda naturalidad: «Bien; ya lo sabía.» Así, reconociendo mil cosas y mil aspectos, seguimos circulando rápidamente por entre los cruces de coches, de donde no sabemos cómo salir, y á través de la compacta multitud que nos detiene de improviso, á la deliciosa sombra del parque de Monceaux, alrededor de las grandes y ligeras arcadas

de las *halles* (mercados) y delante de los inmensos almacenes de novedades donde están detenidos multitud de carruajes, vislumbrando de lejos tan pronto una parte del teatro de la Opera como la columnata de la Bolsa; ya un palacio incendiado por la *Commune*, ya la cúpula dorada de los Inválidos, diciéndose el uno al otro mil cosas, con la más viva expansión, sin pronunciar una palabra ni cambiar una mirada.

*

* *

Yo había oído decir que un extranjero en París apenas advertía la Exposición. Error. Todo conduce á ella el pensamiento. Los alrededores del Trocadero están representados en todas partes como si mil millares de espejos lo reflejasen, y la imagen del Campo de Marte se representa de cien maneras y de diferentes formas.

Toda la población está de acuerdo para que la fiesta sea completa. Hay un refinamiento universal en punto á cortesía y á urbanidad, del que todos participan. El último tendero tiene algo de la dignidad de un huésped, y en el semblante de cada pa-

risiense se lee la satisfacción de ser comparsa del teatro en que se ofrece al mundo tan grande espectáculo, y la conciencia de que es objeto de admiración; lo cual les hace ser verdaderamente admirables. La gran ciudad representa la coqueta, se empeña en contestar á todo el mundo, y, con efecto, provee á toda costa y á cada paso á todas las necesidades y todos los caprichos. Hay una verdadera fiebre por esta fiesta del trabajo. El trabajo, la paz, la gran fraternidad y la gran hospitalidad, son palabras que se oyen por todas partes. Bajo estas palabras, acaso (ó mejor, con seguridad) se oculta otro sentimiento, que es el amor propio, herido en otra gloria, consagrándose por completo á la gloria presente, para echar un velo sobre la primacía perdida en el pasado, que guardan con cariño en el fondo del alma.

Es prodigioso ver cómo esta ciudad, que un día parecía abrumada bajo el peso de las maldiciones de Dios, vuelve á estar después de siete años tan brillante, tan majestuosa y tan llena de vida, de oro y de gloria. Al llegar se experimenta una sensación inesperada. El viaje era para ver la Exposición como objeto y fin principal;

pero apenas se llega, es lo de menos: París que la hace, la deshace.

A decir verdad, se piensa que allá abajo, en un confin de la gran ciudad, hay un inmenso palacio improvisado que encierra innumerables maravillas; pero se piensa en él casi con disgusto, como un importuno que quiere impedir el disfrutar de París y apartarnos de él. El primer día me era odioso hasta las vistas del Trocadero. Así es que en el Campo de Marte, cuando estáis extasiados contemplando á una hermosa inglesa que trabaja, apenas os dignáis echar una mirada sobre la ingeniosa máquina que brilla.

*
* *

Por fin llegamos al Sena. ¡Qué grande y saludable ambiente!—¡Qué hermoso está siempre este gran camino azulado que huye, reflejando los alegres colores de sus mil casas flotantes, entre las dos altas orillas coronadas por colosos de piedra!—Delante y detrás de nosotros, los inmensos puentes confunden sus arcos de variadas formas, y las negras hileras de gente que se mueven detrás de sus parapetos; debajo,

risiense se lee la satisfacción de ser comparsa del teatro en que se ofrece al mundo tan grande espectáculo, y la conciencia de que es objeto de admiración; lo cual les hace ser verdaderamente admirables. La gran ciudad representa la coqueta, se empeña en contestar á todo el mundo, y, con efecto, provee á toda costa y á cada paso á todas las necesidades y todos los caprichos. Hay una verdadera fiebre por esta fiesta del trabajo. El trabajo, la paz, la gran fraternidad y la gran hospitalidad, son palabras que se oyen por todas partes. Bajo estas palabras, acaso (ó mejor, con seguridad) se oculta otro sentimiento, que es el amor propio, herido en otra gloria, consagrándose por completo á la gloria presente, para echar un velo sobre la primacía perdida en el pasado, que guardan con cariño en el fondo del alma.

Es prodigioso ver cómo esta ciudad, que un día parecía abrumada bajo el peso de las maldiciones de Dios, vuelve á estar después de siete años tan brillante, tan majestuosa y tan llena de vida, de oro y de gloria. Al llegar se experimenta una sensación inesperada. El viaje era para ver la Exposición como objeto y fin principal;

pero apenas se llega, es lo de menos: París que la hace, la deshace.

A decir verdad, se piensa que allá abajo, en un confin de la gran ciudad, hay un inmenso palacio improvisado que encierra innumerables maravillas; pero se piensa en él casi con disgusto, como un importuno que quiere impedir el disfrutar de París y apartarnos de él. El primer día me era odioso hasta las vistas del Trocadero. Así es que en el Campo de Marte, cuando estáis extasiados contemplando á una hermosa inglesa que trabaja, apenas os dignáis echar una mirada sobre la ingeniosa máquina que brilla.

*
* *

Por fin llegamos al Sena. ¡Qué grande y saludable ambiente!—¡Qué hermoso está siempre este gran camino azulado que huye, reflejando los alegres colores de sus mil casas flotantes, entre las dos altas orillas coronadas por colosos de piedra!—Delante y detrás de nosotros, los inmensos puentes confunden sus arcos de variadas formas, y las negras hileras de gente que se mueven detrás de sus parapetos; debajo,

las embarcaciones cubiertas de pasajeros, se persiguen; las turbas de gente bajan continuamente las escaleras de los muelles y se agolpan en las estaciones; y la voz confusa de la muchedumbre se mezcla con los cantos de las lavanderas que están en los lavaderos, con el de las trompas y de las campanas, con el rodar de los coches en los muelles y con el lamento del río y el murmullo de los árboles de ambas orillas agitados por una brisa que hace sentir el fresco del campo y del mar. El Sena trabaja también por la «gran fiesta de la Paz»; y alguien diría que despliega, con más benevolencia que de ordinario, su majestad real y maternal entre las dos partes de París que le contemplan.

* * *

Al llegar á este punto, ya no pudo resistir mi compañero á la tentación que le inspiraba *Nuestra Señora*, y subimos á una de sus torres para ver *al monstruo*.

¡Gran cosa para calmar nuestros pensamientos! A estas ciudades hay que dominarlas del único modo posible, que es con la vista. Subimos á lo más alto de la

torre de la izquierda, donde deliraba Quasimodo, caballero en la campana, y nos apoyamos en la balaustrada de hierro. ¡Qué inmensidad! París llena el horizonte y parece que quiere cubrir toda la tierra con las inmóviles ondas grises de sus tejados y sus muros. El cielo estaba tempestuoso; las nubes arrojaban por todas partes manchas de sombra, que cubrían espacios tan grandes como Roma, y en diferentes direcciones aparecían las montañas, los valles y los altos pisos de las casas, doradas por el sol. El Sena brillaba como una faja de plata de un extremo á otro de París, rayado de negro por sus treinta puentes, semejantes á hilos tendidos de una orilla á otra, y surcado por sus cien embarcaciones que parecían hojas flotantes. Debajo de nosotros veíamos la masa melancólica de la catedral, las dos islas, las plazas negras, como si estuviesen llenas de hormigas; la armazón del futuro *Hotel de Ville*, parecida á una gran jaula de pájaros, y el desmesurado reclamo insolente de un vendedor de ropas hechas que salta á los ojos á mil dociientos metros de distancia.

Aquí y allá se divisan las grandes manchas verdes de los cementerios, de los jar-

dines y de los parques, como islas verdes en medio de este Océano, y muy lejos, en los límites del horizonte, á través de la bruma violácea, los inseguros contornos de barrios humeantes, detrás de lo que no se ve ya nada, aunque todavía se adivina París.

Hacia otros lados, otros inmensos barrios colocados en las alturas como ejércitos, prontos á bajar, llenos de tristezas y amenazas; y en el valle del Sena, entre una claridad un poco velada, y como entre una polvareda luminosa, vense á tres millas de distancia los colosales y transparentes edificios del Campo de Marte. ¡Qué vertiginosas miradas lanzábamos de Belleville á Ivry, del bosque de Boulogne á Pantín y de Courbevoie al bosque de Vincennes, saltando de cúpula en cúpula, de torre en torre, de coloso en coloso y de siglo en siglo, acompañados como por la música de la enorme respiración de París! Querido y pobre nido de mi pequeña familia, ¿dónde estás?

Por fin me dijo mi amigo:—Descendamos de nuevo al infierno,—y volvimos á sumergirnos en la obscuridad de la interminable escalera de caracol, donde un golpe

inesperado de la gran campana de Luis XIV nos hizo saltar el corazón y el pulso como si fuera un cañonazo.

*
**

Volvimos á los *bulevares* á la hora de comer, á cuya sazón es tan grande el movimiento, que no podemos formarnos idea de él. Los carruajes pasan de seis en fondo, en filas de cincuenta, por grupos y por masas compactas que se desparraman por las calles laterales, produciendo un ruido sordo y monotonó semejante al de un inmenso tren que no tuviese fin. A esta hora toda la vida alegre de París afluye allí, de todas las calles vecinas, de las plazas y de los pasajes; centenares de ómnibus llegan del Trocadero y descargan, así como los carruajes que vienen de los muelles con numerosas turbas. Las oleadas de gente atraviesan el *bulevar* á riesgo de dejar los huesos en el paso, se agolpan en las aceras, asaltan los kioscos donde se distribuyen miriadas de periódicos, se disputan las sillas de los cafés y rebosan en las bocacalles.

Ya se encienden las primeras luces y

comienza el gran banquete. Por todas partes suenan los cristales y centellea la plata sobre los blancos manteles extendidos á la vista del público. Ráfagas de perfumes gastronómicos salen de los grandes restaurants, cuyos pisos superiores se iluminan, dejando ver trozos de salas brillantes y sombras de mujeres que se perciben á través de las cortinas de encaje. Una atmósfera caliente y muelle, como la de un teatro, se esparce impregnada de aromas de cigarros habanos, del ajeno que verdea en diez mil copas, de los perfumes que exhalan los almacenes de flores, del almizcle de las cabelleras femeninas: ¡olor peculiar de los *bulevares* de París, que tiene algo de hóspedería y de alcoba, y que se sube á la cabeza!

Los coches se detienen, y descienden de ellos las *cocottes* con sus vestidos de largas colas, por entre dos hileras de curiosos, desapareciendo como flechas dentro de los restaurants. Dentro de los cafés resuenan las risas argentinas y forzadas de las que están en reunión. Las parejas atraviesan audazmente la multitud. El público comienza á oprimirse en dobles filas á las puertas de los teatros. La circulación se interrum-

pe á cada instante. Es preciso marchar en zig-zag, rechazando suavemente los codos y los vientres, en medio de un bosque de sombreros negros, de sobretodos, de faldas, de grandes chalecos bajos y pecheras relucientes, teniendo cuidado sin cesar con los pies y las colas, entre un murmullo sordo, en el que dominan las detonaciones de las botellas que se abren y sufriendo la fina polvareda que produce este terrible asfalto.

Esto ya no es ir y venir, es una ebullición, una agitación febril, como si debajo de la calle estuviera encendido inmenso horno. Esta es una fiesta fatigosa, un reposo que tiene toda la apariencia del trabajo, y al verlo, se diría que todos temen no llegar á tiempo al gran festín. El espectáculo se reanima á cada minuto. El movimiento de los carruajes se parece á la desordenada fuga de un ejército derrotado; los cafés brillan como fábricas; entáblanse tiernos coloquios en la sombra; todo se agita y se extremece en esta semiobscuridad que no ha logrado vencer el alumbrado nocturno; y un no sé qué de voluptuoso se cierne en el aire mientras la noche parisiense, cargada de locuras y de pecados, prepara sus famosas emboscadas. Este es el momento en que

la gran ciudad se apodera de vosotros y os subyuga aunque seáis los hombres más austeros de la tierra. Esto es lo que llama Gioberti *lenocinio gallico*. Una mano invisible os acaricia, una dulce voz os habla al oído, una chispa recorre vuestras venas, un impulso irresistible os arroja en el abismo...; y cuando ya pasó el ímpetu, se va uno á comer perfectamente por dos pesetas setenta y cinco céntimos.

*
* *

La misma comida constituye un espectáculo para el que, como nosotros, se encuentra, sin pensarlo, en un gran restaurant alumbrado como un teatro y compuesto de una sala única, rodeada por una espaciosa galería, en la que están esparcidas más de quinientas personas que hacen el ruido de una reunión de buen humor.

Y en seguida llega la última escena de la maravillosa representación que comenzó á las ocho de la mañana en la plaza de la Bastilla: la noche de París.

*
* *

Volvamos al corazón de la ciudad. Aquí puede decirse que vuelve á lucir el día. Esto no es ya una iluminación, es un incendio. Los *bulevares* arden, y todos los huecos de las casas parecen fuego, hasta el punto de que, cerrando á medias los ojos, creemos ver á derecha é izquierda dos hileras de hornos encendidos. Los almacenes lanzan haces de viva luz que llegan al medio de la calle, y envuelven á la multitud en una nube de polvo de oro. De todas partes llueven rayos de luz que hacen brillar las letras doradas de las muestras y los relucientes revestimientos de las fachadas, como si fuesen fosforescentes. Los kioscos que se extienden en dos líneas sin fin, iluminados por dentro, y con sus vidrios de colores, que les hacen parecer enormes linternas chinas depositadas en tierra ó teatrillos de muñecos, transparentes, dan á la calle el aspecto infantil y fantástico de una ciudad oriental. Los infinitos reflejos de los cristales, los mil puntos luminosos que aparecen por entre las ramas de los árboles, las inscripciones de fuego que resplandecen en las fachadas de los teatros, el rápido movimiento de las innumerables linternas de los carruajes, que simu-

lan millares de luciérnagas arrebatadas por el viento; los grandes salones brillantes con sus balcones á la calle; los almacenes que parecen minas de oro ó plata incandescentes; los árboles que semejan juegos de pirotecnia, todas estas magnificencias teatrales contorneadas por los verdos, que tan pronto ocultan como dejan ver las iluminaciones lejanas; toda esta luz interrumpida, reflejada, mezclada, inquieta, reunida en torrentes y distribuida en diamantes y en estrellas, produce por primera vez una impresión indescriptible. Parece que se ve un solo é inmenso fuego que ha de apagarse repentinamente y dejar á la población sepultada entre humo.

En las aceras no hay ni señal de sombra, pudiéndose coger una aguja del suelo. Todas las caras están iluminadas. La propia imagen se refleja en todas partes, y se ve todo lo que hay en los cafés, hasta los últimos espejos de los gabinetes reservados, rayados por los diamantes de las bellas pecadoras. Entre la muchedumbre abunda el bello sexo, que durante el día parecía en menor número. Lánguidas y eserutadoras miradas se cruzan por todas partes. El espacio que hay delante de cada café es el

patio de un teatro cuyo escenario es el *bulevar*; todos los rostros están vueltos hacia la calle, y es curioso que no se oye ruido alguno, excepto el que produce el rodar de los coches. Se mira mucho y se habla poco ó en voz baja, como por respeto al lugar en que se está, ó bien porque tanta luz impone cierta reserva. Reina cierto silencio aristocrático. Vais andando siempre en medio de un incendio, entre una turba que se mueve y otra turba sentada, y os parece que pasáis de un salón á otro, en un inmenso palacio descubierto, ó á través de una serie de *patios* españoles, entre la pompa de un baile donde hay un millón de convidados, sin saber cuándo llegaréis á la salida, ni tampoco si la hay.

*
* *

Poco á poco habéis llegado á la plaza de la Ópera.

Aquí el París nocturno os ofrece uno de sus más hermosos efectos de escena. Tenéis enfrente la enorme fachada dorada del teatro, que resplandece con sus lámparas colosales situadas en sus elegantes intercolumnios. Frente al teatro desembocan las

calles de Auber y de Halévy; á la derecha, el *bulevar* de los Italianos; á la izquierda el de *Capucines* iluminado, que se prolonga entre las dos paredes ardientes del de la Magdalena; y volviendo la cabeza, véis tres grandes calles divergentes que os deslumbran como tres abismos luminosos: la calle de la Paz, toda esmaltada de oro y joyas, en cuyo fondo se levanta sobre el cielo estrellado la negra masa de la columna Vendôme; la avenida de la Ópera, inundada de luz eléctrica, y la calle del Cuatro de Septiembre, que brilla con luces innumerables. Siete filas continuas de carruajes que salen de los *bulevares* y de las cinco calles, cruzándose con furia en la plaza; una turba llega y otra huye bajo una lluvia de luz rosada y blanca esparcida por grandes globos de cristal pulimentado, que hacen el efecto de guirnaldas de lunas llenas, y coloran los árboles, las altas casas, la multitud, con tintas extravagantes y misteriosas como las de la escena final de un baile fantástico.

En este sitio se experimenta durante algunos instantes una sensación parecida á la del *haschiss*. Este rosetón de calles centelleantes que conducen al teatro Francés,

á las Tullerías, á la plaza de la Concordia y á los Campos Elíseos, que traen á vuestros oídos las voces de la gran fiesta de París, que os llaman y os atraen hacia siete puntos distintos como siete majestuosas entradas de palacio encantador, encienden en vuestra cabeza y en vuestros huesos el furor de los placeres. Quisierais verlo todo y estar á la vez en todas partes; oír de labios del gran Got el sublime *efface* de *Los Fourchambault*, divertiros en Mabilie, nadar en el Sena y cenar en la Maison-Dorée; quisierais volar de escena en escena, de baile en baile, de esplendor en esplendor, prodigar el oro, el Champagne y las agudezas y vivir diez años en una noche.

*
*
*

Y, sin embargo, no es este el mejor espectáculo de la noche. Al llegar á la Magdalena se toma el camino de la calle Real, se desemboca en la plaza de la Concordia, y una vez en ella se os escapa el mayor grito de admiración que París puede arrancar de labios de un extranjero. No hay, seguramente, en ninguna ciudad de Europa otro sitio donde los encantos de la luz, del

arte y de la Naturaleza se unan tan maravillosamente para constituir un espectáculo que arrebatara la imaginación. A la primera ojeada es imposible darse cuenta de nada, ni de los límites de la plaza, ni del sitio en que se está, ni de lo que se ve.

Esto es un inmenso teatro abierto en medio de un inmenso jardín de fuego que trae á la memoria el campamento iluminado de un ejército de trescientos mil hombres. Al llegar al centro de la plaza, al pie del obelisco, entre las dos fuentes monumentales, se ve á la derecha, entre los dos grandes edificios de columnas de Gabriel, la espléndida calle Real, cerrada en el fondo por la soberbia fachada de la Magdalena; á la izquierda, el puente de la Concordia, que desemboca frente al Cuerpo Legislativo, iluminado por torrentes de luz eléctrica. Al otro lado se ve la inmensa mancha oscura de los jardines imperiales, coronada de guirnaldas de luces, detrás de las que se alzan las negras ruinas de las Tullerías; y en el lado opuesto, la majestuosa avenida de los Campos Eliseos, cerrada por el arco de la Estrella, llena de luces de carruajes, que parecen luciérnagas, y guarnecida en ambos lados por dos

bosques sembrados de bulliciosos cafés y teatros.

Cuando se ve todo esto, cuando se abarcan de una ojeada las iluminadas márgenes del Sena, los jardines, los monumentos, la gente que viene de los puentes, de los *bulevares*, de los bosquecillos, de los muelles y de los teatros, y que murmura confusamente en todos lados de la plaza; con esta luz extraña, entre los juegos de agua y las argentadas cascadas, en medio de estatuas y gigantescos candelabros, de columnas rostrales, de la verdura y del aire límpido y perfumado de una hermosa noche de verano, se comprende toda la belleza de este sitio, único en el mundo, y no se puede dejar de exclamar:

«¡Oh, París, ciudad querida y maldita! ¡Sirena desvergonzada! ¿Es cierto, pues, que hay que huir de ti como de una furia, ó adorarte como á una diosa?»

* * *

Desde allí nos dirigimos á los Campos Eliseos, circulando entre los teatros al aire libre, los kioskos, los alcázares, los circos, los conciertos y los caballos de madera,

siguiendo interminables avenidas llenas de gente, desde donde se oían los ruidosos sonidos de las orquestas, los aplausos y las risas de las galerías de los teatros, llenas de bebedores, y las voces chillonas de las cantantes, y se veían á través del follaje los opulentos hombros y los vestidos de bohemias en medio de las brillantes escenas orladas por los árboles.

Queríamos verlo todo hasta el final.

Cuanto más avanzábamos, más se ensanchaba y se alargaba esta bacanal nocturna; detrás de cada grupo de árboles surgía un nuevo teatro y nuevas luces, y á la vuelta de cada avenida encontrábamos un nuevo foco de alegría...

Pero, por otra parte, mi buen Giacosa me pedía misericordia con voz lastimera hacía un rato, y me decía que sus ojos se cerraban y su cabeza ya no podía tenerse sobre los hombros.

Volvimos, pues, á la plaza de la Concordia; nos quedamos contemplando un momento, como una maravilla, la calle de Rivoli, iluminada como una sala de baile, en una extensión de dos millas, y voivimos después de media noche á los *bulevares*, todavía resplandecientes, bulliciosos y ale-

gres como á primera hora de la noche, como si empezara el día bullicioso, ó como si la gran ciudad hubiera *matado el sueño* para siempre y estuviese condenada por Dios al suplicio de una fiesta eterna. Y de allí dimos con nuestros huesos en el hotel.

Hé ahí cómo pasamos el primer día en París.





UN VISTAZO A LA EXPOSICIÓN

LA primera vez que penetré en el recinto de la Exposición por la parte del Trocadero, me detuve algunos minutos en medio del puente de Jena buscando algo que sirviera de punto de comparación para que mis futuros lectores pudieran formarse idea exacta del espectáculo, y me vino á la imaginación la idea de comparar la sensación que se experimenta al penetrar allí con la que se experimentaría al llegar á una gran plaza donde tocasen, á un lado las orquestas de la Gran Ópera y de la Opera Cómica, al lado opuesto las músicas de diez regimientos, y en el centro todos los instrumentos conocidos, desde el piano más moderno al cuerno y al tamboril de los salvajes, acompañados por los agudos trinos de mil sopranos de los cafés cantantes, por la explosión de muchos petardos y por el ruido lejano del cañón.

La comparación no será digna de una *Anthología*, pero da una idea aproximada del objeto, pues al llegar al puente de Jena se siente imperiosa necesidad de cerrar los ojos, como habría necesidad de taparse los oídos en la plaza que he supuesto. Queda uno maravillado y disgustado, confuso y distraído: ¿qué sé yo?... Nos preguntamos á nosotros mismos si debemos aplaudir ó encogernos de hombros, y si debemos admirarlo todo ó encontrarlo malo; nos hallamos en uno de esos momentos de incertidumbre que terminan generalmente, tras larga meditación, por encender un cigarro.

Figuráos, á un lado, sobre una altura, la enorme paradoja arquitectónica del palacio del Trocadero, con una cúpula más grande que la de San Pedro en Roma, flanqueada por dos torres que parecen campanarios, minaretes ó faros, con su enorme vientre y dos largas alas, con sus cien columnas griegas, sus pabellones moriscos y sus arcadas bizantinas, con colores y adornos como un palacio indio, de donde se precipita un torrente de agua, en medio de un círculo de estatuas doradas; un arco de anfiteatro inmenso que domina todas las alturas circunvecinas.

En la parte opuesta, á gran distancia, figuráos otro edificio desmesurado, construido de hierro y vidrio pintado, pulido, dorado, empavesado y brillante, con sus tres grandes pabellones transparentes, sus colosales estatuas y sus sesenta puertas, majestuoso como el palacio de un rey y ligero como inmensa tienda levantada por pueblo nómada: y, por último, figuráos entre estos dos enormes edificios teatrales el gran río y el gran puente, y á derecha é izquierda del río, un laberinto indescriptible de jardines, rocas, lagos, bajadas y subidas, grutas, aquariums, fuentes, escaleras y calles adornadas de estatuas. Esto es un mundo en miniatura, una colina y un llano donde han dejado alguna fruslería todos los pueblos de la tierra, un bazar internacional lleno de tiendas y de cafés asiáticos y africanos, de pequeñas quintas, de museos y de fábricas, entre cuyos edificios levanta sus blancos minaretes y sus cúpulas verdes una casita de recreo berberisca, y los techos chinos, los kioskos de Siam, los terrados persas, los bazares de Egipto y de Marruecos, é innumerables edificios de mármol, de piedra, de madera, de cristal y de hierro, de todos países, formas y colores,

surgen á la par, formando un modelo en pequeño de una población cosmopolita, construida á modo de ensayo en un jardín botánico, para ser ejecutado después en grande escala.

Figuráos este espectáculo y la extraña población de guardas y mercaderes que lo anima; todas estas caras ambiguas, estos árabes parisienses, este orientalismo mal disfrazado, esta África de comparsas, esta Asia de cosmorama, toda esta barbarie limpia, pulimentada y puesta á la vista con una condecoración roja al cuello, y esta insaciable turba de curiosos que vagan lentamente con fatigoso andar y ojos lánguidos, mirando á todos lados sin fijarse en ninguno... ¿Qué os parece? Que aquí no falta más que el teatro Guignol. Esto es un gran pueblecillo, el Broek de Holanda, más hermoso y más variado que aquél; una bella enciclopedia en acción para los estudiantes aplicados, y un espectáculo único en el mundo que encanta, y ante el cual se le ocurre á uno preguntar si se van á vender todos aquellos juguetes antes que el año de 1879 los barra á todos.

*
* * *

Al penetrar en el vestibulo del palacio del Campo de Marte se experimenta un vivo sentimiento de admiración. Parece que se entra en la nave de inmensa catedral centelleante de oro é inundada de luz. Este vestibulo es una tercera parte más ancho que la gran nave de San Pedro, y tan alto que el arco de la Estrella podría cobijarse bajo sus bóvedas sin inclinar la cerviz.

Aquí comienza á oirse el sordo murmullo de la multitud, que parece el de una ciudad en día de fiesta. El público se agolpa alrededor de la estatua ecuestre de Carlomagno, delante del templete clásico de Sévres, al pie del alto trofeo del Canadá, que se levanta en la extremidad del vestibulo como una antigua torre de sitio; y una doble procesión de gentes sube y baja las escaleras del pequeño palacio indio, sostenido por cien pequeñas columnas y coronado por diez cúpulas, donde es absolutamente preciso penetrar para convencerse de que allí no hay un nido de princesitas indias que robar.

Un grupo de curiosos fascinados rodea el joyero donde están los diamantes de la corona de Inglaterra, entre los que descue-

lla el famoso *Kandevassy*, de valor de tres millones de pesetas, ardiente y pérfido como la pupila de una hada que abrasa el corazón al mismo tiempo que condena el alma.

Y, sin embargo, todo esto queda eclipsado ante los fabulosos tesoros de las Indias, montañas de armas, de vasos, monturas, tapices, *narghilés*, resplandecientes de oro, plata y piedras preciosas, que hacen traer á la memoria aquellas reinas insensatas de los cuentos árabes, cuyos caprichos insaciables cansaban las omnipotentes varitas de los genios.

Y en verdad, cuando se piensa que todas aquellas riquezas son dones *espontáneos* de príncipes y pueblos... lo creemos sin género de duda; pero los ojos se vuelven involuntariamente á la estatua ecuestre del príncipe de Gales, á cuyos pies creemos ver á los *generosos donantes* despojados y cargados de cadenas, y algunos se preguntan si en toda la porción del vestibulo comprendida entre el palacio indio y la estatua del príncipe, cabrían bien colocados y ocupando desde el piso á la bóveda, sin dejar entre sí ningún hueco, la mitad de los esqueletos de las personas que en la última

hambre de las Indias perecieron heridas por el terrible azote.

*
* *

Después de haber echado una ojeada al vestibulo, dirigi la vista movido de viva curiosidad á la calle de las Naciones.

Es cierto que tiene algo de decoración de teatro, pero es hermosa; es una graciosa mescolanza combinada ingeniosamente por veinte pueblos; un pequeño mundo visto en mínima escala, es la calle de una gran ciudad del porvenir cuando llegue la época de fraternidad universal y la idea de las patrias haya desaparecido. A primera vista, no parece más que una brillante excentricidad y hace creer que el mundo tuvo un cuarto de hora de broma. Toda la línea tan caprichosamente cortada por los techos agudos de las torres góticas, kioskos y campanarios de agujas y pirámides, esta fuga de fachadas de vivos colores resplandecientes de mosaicos y de dorados adornadas de armaduras, decoradas por esculturas y coronadas de banderas; que tienen su ingreso adornado por columnatas ó pequeños pórticos y adelantan sus azoteas

con balaustres, sus balcones de vidrios, sus galerías aéreas y sus escalinatas por entre floridos jardines y bulliciosas fuentes; esta sucesión de pequeñas quintas, de palacios, de claustros y residencias reales, cuya nacionalidad y cuyo estilo no se reconocen al pronto, no despiertan por el momento sino un sentimiento de agradable confusión, como el alegre tumulto de una fiesta.

Mas cuando se ha fijado la atención en los edificios, el espectáculo cambia de significación.

Entonces, de cada fachada surge una idea, expresión de un sentimiento diferente de la vida, como un soplo de viento propio de otro cielo y de otro clima, que murmura nombres de soberanos y de poetas, y trae en sus alas el sonido de lejanas armonías, llenas de recuerdos y pensamientos. Estos hermosos edificios, mudos y sin vida, producen una impresión extraña. Diríase que alguna cosa se prepara en su interior, y que á la primera campanada de las doce deben aparecer de una vez en todas las puertas y en todas las ventanas, y recorrer á lo largo las balaustradas, como si salieran de un reloj, señores ingleses y burgomaestres flamencos, frailes jerónimos portugueses y

bonzos del Elefante blanco, mandarines y sultanes, atenienses del tiempo de Pericles y damas italianas del siglo XIV, que volverán á ocultarse á la duodécima campanada, después de hacer sus reverencias automáticas.

Esta calle es muy larga, tanto, que colocándose en el centro de ella, apenas se distinguen vagamente la fachada roja y blanca de los Países Bajos y el rico pórtico de la iglesia de Portugal, cerca de la cual los pequeños Estados asiáticos y africanos agrupan sus extravagantes arquitecturas, dominadas por el altivo y elegante edificio de la América del Sur. Más allá domina el palacio belga, severo y magnífico, con sus hermosas columnas de mármol oscuro y los capiteles dorados; y entre la aristocrática Bélgica y la mediatubunda Dinamarca, se desliza tímidamente como una prisionera la blanca y graciosa Grecia. Algunas fachadas parecen tener sentido político. La Suiza levanta bruscamente su enorme techo bernés, con una especie de orgullo democrático, al lado de la masa amarillenta de la Santa Rusia, que afecta el amenazador orgullo de un castillo imperial. Entre el largo pórtico austriaco y la fantástica

fachada de la China, se levanta el edificio de España, dorado y cubierto de arabescos de los califas; y á continuación de las dos pequeñas, sencillas y melancólicas habitaciones de la Escandinavia, las arcadas teatrales de Italia hacen un extaño efecto puestas de relieve por las colgaduras de color de púrpura. Después se presenta de improviso la fachada rústica del Japón con sus grandes cartas geográficas, llenas de pedantestas pretensiones, y más cerca de la entrada se ve á los Estados Unidos que han desdeñado tomar parte en el concurso, contentándose con exponer sus cincuenta escudos republicanos en el frente de una casa blanca, cerca de la cual se distinguen los cinco graciosos edificios de Inglaterra.

Multitud de extranjeros que van y vienen con la cara vuelta al mismo lado, buscando con curiosidad la imagen de su patria, que saludan con una sonrisa, dan á esta extraña calle cierto tinte de amable alegría y un aspecto de paz y cortesía que engendra deseos de distribuir apretones de manos á todos los presentes y fundar un periódico semanal para defender el desarrollo de Europa.

*
* *

Inmediatamente entré en el inmenso palacio ocupado por las instalaciones extranjeras, y me encontré en medio del magnífico desorden de la Exposición de Inglaterra. Allí, la primera tentación que os asalta es la de volver la espalda y marcharos á vuestra casa. El primer día se pasa por entre todas estas maravillas inglesas con la indiferencia de un niño del limbo y se vaga durante algún tiempo en medio de puros cristales, de maravillas de la cerámica, de alhajas, de muebles y objetos de arte, debidos á la inspiración de todos los tiempos y de todos los pueblos, frutos del talento y la paciencia, que reúnen las condiciones de belleza y utilidad y denotan lo severo del lujo de esta aristocracia opulenta y fiel á sus tradiciones, y las observaciones de un pueblo extendido por toda la tierra.

Siéntese en este lugar el aliento de las grandes fábricas de Manchester; un poco más adelante se vive un momento en una quinta de las orillas del Támesis, y más lejos se respira la íntima y pacífica poesía del modesto *home* que espera al lejano navegante. Pasamos por entre las grandes algas marinas del Cabo de Buena Esperanza.

za, entre los kanguros y los eucalyptus de Victoria y Nueva Gales, los minerales de Queensland y las extravagantes joyas de la Australia del Sur; en medio de una exposición interminable de la flora, la fauna y las costumbres de todas las colonias de este inmenso reino. Antes de haberlo visto todo, hemos dado cien veces la vuelta al mundo con el pensamiento y nos hemos fatigado en grande.

Pero la cabeza se refresca cuando se cambia de sección, pues cien pasos más allá hay otro mundo que ofrece un espectáculo completamente nuevo.

Por todas partes se ven camas de operaciones quirúrgicas, que se arman y se desarman; sillas que parecen dotadas de vida, según se ensanchan y se contraen, y que sirven para las operaciones de la vista; mesas anatómicas, un arsenal de instrumentos amenazadores y feroces, cuyo brillo y crugidos dan frío en los huesos y evitan el tener que preguntar dónde se encuentra uno.

La plata maciza, las enormes masas del mismo metal, los relojes de los mineros de California, los trofeos de hachas de Boston, el papel moneda, los aparatos eléctricos,

las vidrieras erizadas de hierro y las ametralladoras formidables; cierto orgullo rudo y poderoso, propio de las cosas útiles, anuncia la Exposición de los Estados Unidos. Se duda si entristece ó alegra la ruidosa música de pianos, órganos y harmoniums que secunda admirablemente las divagaciones de la imaginación errante por entre los mil objetos que recuerdan las luchas y los infinitos trabajos de los colonos en las soledades del Nuevo Mundo.

Pero bien pronto desvanece otro espectáculo esta violenta impresión. La rica escultura de la madera anuncia al país de los grandes bosques, y multitud de recuerdos traen á la memoria la dulce tristeza de los hermosos lagos, circundados de montañas, sembradas de pinos y blanqueadas por la nieve. En medio de los productos de las minas de Falun y de los montones de níquel se levantan trofeos de peletería rodeados de cabezas de osos, de nutrias y castores; estufas colosales, negras pirámides de panzudas botellas, patines, cordaje, grandes montones de fósforos de Suecia, á los que suceden obras de cerámica, en que brilla un pálido reflejo de los mares boreales, y los mil objetos esculpidos por los aldeanos

noruegos en las interminables veladas de las noches de invierno. Todo esto presenta un aspecto de tristeza que apenas alcanza á alegrar la argentina blancura de las filigranas de Cristiania, como un pedazo azul en un cielo cargado de nubes.

Al salir de las salas escandinavas, la luz aumenta poco á poco, y á las brumas boreales sucede el anchuroso y sereno cielo de primavera; un pueblo de blancas estatuas, el brillo de aquellos cristales, aquel esplendor de sederías y mosaicos y aquella hermosura de colores y de formas, ante lo cual todos los corazones se ensanchan, hace brotar de todos los labios la exclamación de:—¡Italia!—antes que los ojos hayan podido leer el nombre. Es un verdadero golpe de efecto teatral, después del que se goza de otro no menos maravilloso. Franquead el dintel de la puerta; habéis navegado dos meses y os encontráis en otro hemisferio. Estáis en presencia de un ideal artístico, completamente nuevo, que destruye y cambia violentamente todas las impresiones que llevabais en el alma; veis alrededor caras exóticas, objetos extraños, inesperadas combinaciones de colores, productos extravagantes de industrias enig-

máticas que exhalan perfumes desconocidos, y poco á poco despiertan, además de la curiosidad, cierta admiración acrecentada por no sé qué simpatía natural é íntima.

Es el Japón, la Francia de Asia, este país que expone sus vasos colosales con pinturas sobre fondo de oro, sus muebles de porcelana, sus cuadros de seda recamados de pájaros y de flores bordadas, sus esculturas de marfil, sus lacas y sus bronces, y mil pequeñas maravillas sin nombre, todo lo cual lleva el sello de la desesperante perfección en los detalles, de la aristocrática finura de colores y de la graciosa ingenuidad de imaginación femenina que constituyen el carácter particular del arte japonés.

El Japón sirve de preparación á la China; pero, de todos modos, existe entre ambos países honda diferencia. Al tumulto sustituye la armonía de los colores; lo gracioso, á lo grotesco; lo concluido, á lo atormentado; la variedad, á la confusión; el capricho, á la locura. La primera ojeada ofende la vista. En medio de muebles de mil formas desconocidas, contruidos de palo de rosa ó palo hierro, incrustados de

marfil y nácar y cincelados con paciencia prodigiosa, se destacan baldaquinos purpúreos, biombos en que están pintados jardines misteriosos, pantallas en que hay mariposas bordadas de plata y pájaros bordados de oro, pagodas de siete pisos cubiertas de quimeras y de monstruos, y kioskos de techos recortados, de cuyas bóvedas penden enormes linternas fantásticas, semejantes á pequeños templos aéreos de oro y de coral. Sus paredes están cubiertas de grandes estandartes de seda amarilla, adornados con caracteres cabalísticos de terciopelo negro; y en el suelo se encuentran las sillas de mano que usan las señoras, los botones de cristal de los mandarines, las chinelas curvas, las pipas de opio, los palillos de comer arroz, instrumentos de música extravagantes y representaciones de la vida china de todas clases y de todas las épocas, que contienen cien curiosidades, despiertan mil y concluyen por trastornar la cabeza.

¡Ah, cómo descansan los ojos y el espíritu al pasar la puerta roja de Pekin! Parece que volvemos al propio país en medio de nuestros hermanos y amigos.

Sevilla canta; Granada sonríe; Barce-

lona trabaja. Reconozco á primera vista mis amores de veinticinco años. Veo la guitarra de Figaro, los puñales de Toledo, las mantillas insidiosas, los calamitosos zapatitos, los abanicos que hablan, los lindos bustos que nos dejan trastornados, las pintorescas telas de Cataluña y Andalucía y los vasos moriscos y las vestiduras de seda de los antiguos conventos, y los esbeltos soldados de Espartero y de Prim, que lucen sus graciosos uniformes ideados por el general Ros en medio de los cañones que destruyeran el tercer ejército de D. Carlos.

Pero esta es una visión fugitiva. Pasan los Pirineos y los Alpes, y un confuso centelleo de cristales que lleva consigo el brillo de todos los metales y todas las perlas, anuncia la Bohemia.

Se avanza por entre la exposición magnífica de la relojería de Viena y los ricos muebles del gusto de la Edad Media y de la Edad Moderna unidos con delicadeza, á través de un museo de pipas magníficas, en medio de montones de jabón del Danubio, en forma de panes y de frutas, entre el vidrio hilado y los productos de las minas de Hungría que muestran la novedad preciosa de su ópalo negro... y después, cuando

avanzamos, se nos ocurre preguntar: ¿estamos en el extremo Norte ó en el extremo Oriente?

Las dos cosas pueden creerse. Vemos dos espectáculos en uno. A un lado están las piedras preciosas de la Siberia; los grandes bloques de malaquita del Ural, los osos blancos y los zorros azules, las inmensas estufas, los paños rojos de Moscow, mil escenas de la íntima y grave vida de Rusia, y ensayos ingeniosos de nuevos métodos de enseñanza que revelan una civilización floreciente; en otra parte, los trajes esplendurosos de los bandidos del Cáucaso, los puñales y las joyas bárbaras, un reflejo del cielo de Tartaria y un rayo del sol de Persia; y después la platería y la cerámica de estilo bizantino, entre la cual brillan las grandes placas del mosaico con fondo de oro, nueva gloria de Moscow, una Exposición variada y tumultuosa, que lleva el pensamiento á saltos, de un objeto á otro, desde las orillas del Vistula á la muralla de la China, y nos deja casi consternados ante la imagen de este imperio informe y desmesurado.

De repente, parece que una brisa de la montaña trae en sus alas un vago perfume

de Italia, y se encuentra uno en medio de cosas y colores que le son familiares. Contemplamos la Suiza entera, verde, fresca, nevada, vigorosa, rica y satisfecha.

Ginebra envía sus relojes, Neufchatel sus alhajas, Cheume sus mayólicas, Glaris sus indianas, Zurich sus sedas, Interlaken sus esculturas, Vevey sus cigarros y San-Gall y Appenzel han llenado una gran sala con sus incomparables bordados, ante los que se apiña la maravillada multitud.

Desde este sitio se entreven ya, en las salas vecinas, el arte y la riqueza de un pueblo más adelantado y más opulento. En ellas se ven decorados de habitaciones de príncipes, sillas y sillones de coro prodigiosamente esculpidos, que se reproducen por colosales espejos en medio de los bronces labrados y los pianos, y una cerámica soberbia, que copia las obras maestras de la pintura nacional; los encajes de Malinas llenan con su gracia aérea y aristocrática una sala atestada de damas que lanzan relámpagos por los ojos. Cuelgan de las paredes las tapicerías históricas de Ingelmunter y las preciosas armas de Lieja, no lejos de las esculturas de Spa y de los productos metalúrgicos de Vieille Montagne; después

de cuya contemplación se puede respirar en un gabinete del rey Leopoldo, hecho de roble tallado, que hace desear sinceramente la corona de Bélgica, siquiera una hora cada día.

Inmediatamente viene un curioso contraste: las Exposiciones de dos países enteramente diferentes, que parecen contemplarse estupefactos. Figuráos á un lado las pieles de osos blancos muertos por los marinos dinamarqueses entre los hielos de los mares polares; en el otro, los tapices hechos á mano por hermosas jóvenes morenas, en los pueblos inundados por el sol del Peloponeso; aquí la madera del bosque de Dodona; allí los zuecos de las gruesas paisanas de Fionia; á la derecha los mármoles de las minas del Laurium, que recuerdan las glorias del cincel antiguo; á la izquierda los hilos de los pescadores del mar Báltico, cuya vista hace recordar sus cantos melancólicos; y delante de los objetos encontrados en las excavaciones de los sitios célebres, frente á frente de la poesía, de las ruinas inmortales y de las cenizas gloriosas, las costumbres sencillas y las fiestas patriarcales de un pueblo grave y pacífico, industrial y económico, que ins-

piran amor al trabajo tranquilo y á la vida obscura y recogida.

Más allá de Dinamarca se abre un nuevo horizonte sin límites, ante el cual se detiene el curioso.

Se representan en la imaginación *las pampas* sin límites, los torbellinos de arena, las hordas de caballos, los innumerables rebaños, los caminos desiertos, cuyos lindes son titánicos monumentos de piedra; los inmensos bosques y los valles, sobre los cuales apenas ha lucido la aurora de la vida humana; y en todas partes, detrás de un velo de bruma, las caras monstruosas y estupefactas de los Incas, que escuchan asombrados los gritos de victoria de la civilización que avanza.

Hay allí un laberinto de galerías y salas, que os conduce del Perú al Uruguay, del Uruguay á Venezuela, á Nicaragua, á Méjico, á San Salvador, á Haiti y á Bolivia, pasando por entre los muebles de Buenos Aires y los trajes de las limeñas, los sombreros de jipijapa, las telas de pelo de alpaca y los tapices de guanaco; en medio de cañas de azúcar, bambúes, lianas, escamas de cocodrilo, ídolos informes y recuerdos de los primeros conquistadores, hasta que

el cuadro salvaje y grandioso que llena el espíritu de pensamientos solemnes se interrumpe bruscamente para hacer sitio á los alegres colores y á las mil bagatelas infantiles de un bazar musulmán, desde el que se entrevén por entre dos pesadas puertas las paredes misteriosas de un harém.

Ya estamos en Túnez y no saldremos tan pronto de los países privilegiados del sol. Vemos los adornos moriscos del imperio de los jerifes, cerca del cual ostenta la Persia sus tapices reales y sus armas adamasquinadas.

Sigue un pequeño grupo de países casi fabulosos y de cosas indescriptibles que parecen haber sido vistas en sueños; Anam con sus muebles grotescos y sus increíbles abanicos; Bangkok con sus instrumentos de una música de otro mundo, y las monstruosas máscaras de sus autores dramáticos; el Cambodge... ¡feliz aquel que se acuerde del Cambodge!

Después sigue la chocarrería, los Estados pequeños, los enanos de la venta, que se suben unos sobre los hombros de otros en la calle de las Naciones, para aparentar una talla regular; Mónaco que presenta

una mesa, el Luxemburgo bancos de escuela, Andorra sus leyes, y San Marino que exhibe una maquinilla, hacen que la Exposición vuelva un poco á lo ameno.

Pero inmediatamente vuelve á aparecer rica y severa con las arcadas del claustro de Belem y los muros del convento de Batalha, con los modelos de la antigua arquitectura portuguesa que ha sobrevivido al famoso terremoto, con los espléndidos vasos moriscos, las maderas talladas, las hermosas esteras de Lisboa y las figuras de barro pintado que retratan tipos, modas y trajes, y os hacen vivir una hora en la ciudad de Camoens, en la *Rua do Chiado* y en el paseo de *San Pedro de Alcántara*, entre *fidalgos*, marineros, toreros, matones armados hasta los dientes y lindas jóvenes morenas del *barrio alto*.

Por fin, cambia la escena por última vez, penetrando en las brumas del Norte, en medio de un pueblo bien vestido y bien alimentado, que bebe, fuma y trabaja con perfecta tranquilidad de cuerpo y de espíritu; aquí se encuentran sus diques, sus canales, sus cómodas habitaciones, sus mozas bien nutridas, sus mercados y sus escuelas, sus puentes y sus trineos: toda la Holanda

humilde y obscura, donde concluye el mundo, y donde la fatigosa visión se desvanece.

*
* *

Cuando se sale de allí no sentará mal ir, si se puede, á tomar una *ducha* en la casa de baños más próxima y volver en seguida á la «Sección Francesa», que, todo lo más, significa andar unos ocho mil pasos. Tiene como doscientas salas de varios colores y diferente gradación de luz que, en casi todas ellas, es una claridad suave que proporciona descanso á los ojos. Tan pronto creemos estar en un templo como en un museo, en un palacio ó en una academia.

En cuestión de espacio, la Francia tomó para sí la parte del león, pero ha sabido mostrarse digna. Una de las más hermosas exposiciones es la de cristalería, en una vasta sala blanca y azulada que lleva tras sí los ojos. Es un bosque de cristal inundado de luz, un palacio de hielo deslustrado y calado, todo transparente y ligero, en el que brillan los colores de todas las flores y de todas las conchas, y el oro y la plata centellean entre un confuso deslumbramiento de chispas de diamantes y un entre-

cruce de rayos de luz que obligan á cerrar los ojos. Dejo para otros la descripción de las grandes lámparas con sus miriadas de prismas, de los candelabros y los vasos cincelados, de los frascos, de las tazas elegantes de color de cielo, de sangre ó de nieve, de las imitaciones de Murano y de Baccarat y de los famosos vidrios esmaltados de Broccard. Me limitaré tan sólo á expresar mi loca admiración por la milagrosa ligereza de los servicios de mesa de Clichy, que parecen hechos para un banquete de reinas de diez y ocho años, rubias y sutiles, como creaciones de un sueño. ¡Ah! detesto con toda mi alma al panzudo banquero que pondrá estas cosas tan lindas delante de sus gordos amigos de la Bolsa, en la mesa de Nochebuena.

Los más preciados tesoros de la Exposición están casi todos reunidos allí. Dando unos cuantos pasos, se llega al departamento de las joyas, que es un solo estuche enorme, que contiene ocho millones de francos en perlas y diamantes, lleno de extravagantes rarezas y de trabajos de delicadeza admirable, que hacen desear al observador más honrado que le aten las manos.

Luego se pasa á las salas de platería, en medio de vasos y estatuas dignos de salones regios, de cubiertos de oro, de brillantes altares, y mil pequeñas maravillas hechas para los grandes capitalistas, pero capaces de despertar la pasión del lujo de la habitación, aun en el alma de un árabe del desierto.

Al llegar á este sitio se siente uno llamado á otra parte por una música extraña, producida por multitud de pájaros mecánicos que silban, gorjean y ejecutan trinos, abriendo el pico y moviendo graciosamente la cabeza y la cola para anunciar la exposición de la relojería, donde están reunidos los mejores trabajos de los cuarenta mil obreros de Besançon, desde el reloj microscópico que puede enviarse á la novia dentro de una carta, hasta las grandes máquinas que dan alegremente la hora de los dulces coloquios, con el ruido de una campana de catedral.

Llegando á cierto punto, se oye un estrépito endiablado de órganos, clarines, violoncellos y trompetas, que hace pensar en una orquesta de locos: es la exposición de instrumentos de música.

Pasamos por las salas de las tapicerías

adornadas de negro, y de repente nos azota la cara un soplo de aire inflamado, la decoración se vuelve de color de fuego, y nos encontramos rodeados de hornos, de hornillos, de chimeneas, de cocinas de gas, de lámparas fotoeléctricas, de caloríferos y de estufas, que extienden en todas direcciones sus enormes brazos negros y dan á la sala la apariencia de una fábrica.

Pero ya sentimos que se nos sube á la cabeza una confusión de perfumes femeninos que ponen á la imaginación en ebullición; un paso más y nos encontraremos en la seductora exposición de la perfumería, brillante con sus infinitos colores, en la cual, cerrando los ojos, se sueña en un minuto con todos los pecados mortales de París.

Los contrastes son frecuentes.

Cuando, por ejemplo, estamos en la sección de *artículos de París*, llena de cajitas, peines, canastillas, estuches y otra infinidad de preciosas bagatelas, que denotan toda la más refinada molición de la vida del lujo, y nos sentimos ya acometidos por deseos de petimetre ó de mujer frívola, una ráfaga de viento del Océano y un coro de voces rudas y siniestras conmueven nuestras

fibras. Entramos en una sala adornada de hilos y cordajes enormes, en medio de los productos de las colonias francesas, entre lanzas y flechas, pájaros raros, bambúes de la Martinica, patas de elefante de la Cochinchina, vegetales del Senegal, trabajos de los deportados de Nueva Caledonia: mil objetos que cuentan historias de fatigas, de dolores y de peligros, que nos hacen salir pensativos y fortificados.

De allí se vuelve á la civilización; una sala donde están las maravillas de la cerámica, produciendo el aspecto de una galería de cuadros, donde vemos á los aficionados sin dinero, que ponen cara de desesperados. Allí hay la variedad y la riqueza de una industria floreciente llena de esperanzas y acariciada por la fortuna; imitaciones de lo antiguo, tradiciones rejuvenecidas y victorias nuevas del arte, como el esmalte sobre fondo de oro, y el rojo maravillosamente obtenido; bustos y estatuas, paisajes, figuritas, flores y retratos de colorido tan fresco y atrevido, que parece de un cuadro al óleo. Las paredes están cubiertas de objetos de barro cocido, de lavas esmaltadas, de altas chimeneas y de todas clases de adornos colosales, que ofrecen á

la nueva cerámica un espléndido porvenir de conquistas sobre la arquitectura, ya inauguradas de hecho en el mismo palacio de la Exposición.

Luego siguen regiones que se atraviesan á la carrera; bosques de láminas erizadas y series de salas en que no se ven más que hilos tejidos, en las que, gracias á la soledad, podemos tomar el paso de un viandante que tiene los huesos quebrantados, hasta que nos detenemos ante la magnificencia de las sederias de todos colores y de todos los dibujos, antiguos y nuevos, algunas de las que tomarán el camino de Oriente, donde se convertirán en caftanes ó en pantalones destinados á las hermosuras del Serrallo. En este sitio comienza la región de las tentaciones para las mujeres. Las más disimuladas no pueden ocultarlo, y son de ver sus lánguidas miradas, y de escuchar sus amorosos suspiros y las exclamaciones de admiración irresistibles que no pueden refrenar delante de los muestrarios. En el salón de los encajes hay el trabajo de quinientas mil manos de mujer; velos y galas dignos de emperatrices y tan ligeros que bastaría soplar por debajo para hacerlos volar; sombrillas y abanicos que parecen

de tela de araña y bordados de hadas, verdaderas pinturas á la aguja, que harían pedir, como un rey de las *Mil y una noches*, la mano de la bordadora, si no fuera por temor de unirse á una maritornes.

Llegamos después á un jardín de Andalucía en los primeros días de Mayo, rodeados de plumas y flores, y un poco más allá nos encontramos en medio de trajes de ambos sexos, de cazador, de amazona, de baile, de baño, de boda y de muerto; para los ministros, los comediantes y los niños; maravillas de elegancia y de gusto, ante las cuales permanecen extasiados los sastres de provincia, inmóviles y con aire de profundo descontento. Hay en este lugar una alcoba misteriosa, de color blanco, rosa y azul, iluminada por vaga indecisa claridad, donde os dislocaríais los brazos á fuerza de abrazar, según son de graciosos y provocativos los corsés de jóvenes, de matronas y de opulentas hembras de treinta años, que revelan los más preciosos secretos de la belleza femenina de todas las edades y complejiones.

Más lejos se ven los abanicos pintados por los artistas célebres, que refrescan la vista y el pensamiento con deliciosos paisa-

jes de los Alpes y del Rhin; después, en un bazar de calzado que recuerda á uno de Stambul, se puede pasar una hora agradable calzando con la imaginación pequeños pies fantásticos de princesas circasianas y de marquesas españolas; siguen los chales dorados de la Compañía de las Indias, las salas de objetos de viaje y de campamento, que exalta la imaginación de los viajeros, y la exposición de juguetes, donde todo se mueve, chilla, canta y alborota de un modo capaz de desesperar á todos los chiquillos del universo. Tal es la profusión de objetos, que raya en espantosa. En la Exposición de los tirantes, hay suficientes para todos los pantalones de Italia, y en la de ligas hay con que proveer de ellas á todos los enamorados de la Frisia para sus regalos de bodas.

Seguimos visitando la larga galería de las artes liberales, adornada con severa sencillez; la sala de las misiones, pasando por entre las bibliotecas, los grandes mapas-mundi y los instrumentos de cirugía y los modelos anatómicos, delante de los cuales están parados algunos visitantes silenciosos que meditan y toman notas.

Estamos en la magnífica exposición de

librería de Francia, que es la primera de todas. Los editores exponen á lo largo de las paredes, como títulos de nobleza, las interminables listas de autores ilustres cuyas obras han publicado; una colección de joyas de Plon, de Didot, de Jouvet y de Hachette anuncia al mundo la unión ansiada y gloriosa del genio de Ariosto y la inspiración de Doré, y las encuadernaciones delicadísimas y magníficas de Rossigneux, á cuya vista se va la mano con viveza al bolsillo y vuelve á subir lentamente á acariciar la barba con resignación.

Proseguimos nuestro camino á través de la brillante exposición de armas y de las salas del cincelado, vasto museo de monumentales relojes de bronce, de estatuas de plata de tamaño natural, de lámparas, candelabros y faroles dignos del vestibulo de un palacio; á lo que sigue, en una doble fila de salones abiertos como los de un teatro, la soberbia exposición del mobiliario, en la que alternan los estrambóticos caprichos de la moda con la corrección de formas del Renacimiento, después de lo cual ya queda solamente la galería de los productos.

Por tanto, caminaréis ya sólo un cuarto de hora de camino por entre los trabajos

ciolópeos de la industria metalúrgica y millares de enormes tubos que tienen toda la apariencia de una gruta de basalto, á través de los bosques de hierro y de cobre y de las innumerables obras de galvanoplastia, sobre las que domina, como una torre, la copa colosal de Doré.

Siguen el museo de estatuas de Christophe, una montaña de pieles, un bosque de plumas, un palacio de coral, productos químicos y... ¿qué sé yo?

Al fin, el cansancio mismo os pone alas en los pies, las salas huyen, los objetos se confunden; si hubiera camino de hierro tomariais el tren, y al llegar al término de la visita, dariais vuestra cabeza por cinco céntimos, con la seguridad de hacer un buen negocio.

* * *

Echemos un sueño sobre uno de los mil divanes del Campo de Marte y volvamos al inmenso *maremágnum* que hemos abandonado. Manifiesto con toda la sencillez posible mis impresiones del primer día. Pues bien; lo que más me maravilla no son los objetos expuestos, sino el arte con que lo están, que es donde hay que admirar ver-

daderamente la inagotable fecundidad de la imaginación humana. La exposición *de los medios de exposición* sería por sí misma una cosa asombrosa. Figuráos unos grandes kioskos de madera esculpida, tan ligeros, que se les creería de papel ó de paja, escaparates que cuestan mil libras esterlinas para la exposición de hilos de Escocia, casas de cristal, arcos de triunfo, enormes armarios que estarían bien en medio de una plaza. Los algodones forman tabernáculos y capillas conmemorativas, los millones de alfileres figuran trofeos, con el lacre se forman murallas y torres tan altas como casas, y los tapices están dispuestos en pirámides que llegan á la bóveda. La glicerina se presenta modelada en bustos de hombres célebres, el jabón fundido en columnas monumentales, de la apariéncia del mármol; los tubos de hierro, unidos á manera de tubos de órgano ó pilastras de iglesia gótica; las marmitas afectan la figura de obeliscos egipcios; los cilindros de cobre semejan columnas babilónicas y los hilos telegráficos campanarios. Esta lucha de extravagancias arquitectónicas llega hasta á provocar la risa.

¿Un mercader de telas construye una

torre de percal? Pues un relojero instalado al lado suyo levanta una pirámide con dos mil cajas de relojes de bolsillo; si un holandés presenta un templo de estearina, un francés construye un templo de cristal que cuesta veinticinco mil napoleones. Un perfumista inglés consagra á sus cosméticos y á sus frascos un pequeño palacio; un fabricante parisiense, sólo con sus clavos de cabeza dorada, representa el palacio del Trocadero, con su cúpula, sus galerías y su cascada. Un licorista de Amsterdam construye un altar de catedral con sus botellas, y un perfumista de Rotterdam hace brotar una fuente de agua de Colonia. ¡Todo por atraerse las miradas y el dinero! Añádase á esto una infinidad de medallas de honor y de documentos de todas clases, expuestos por los vendedores, que exhiben hasta las cartas y los retratos de sus parroquianos.

Otros se sirven de medios mecánicos. Los *claks* se alzan y se bajan por sí mismos; pequeñas manos de cera cierran las cartas; los trofeos giran; los autómatas os llaman; las cajas de música os recrean y los expositores os apostrofan para que oigáis sus explicaciones. Hay también colosos para llamar la atención en todas partes.

Aquí es una botella de Champagne suficiente para achispar á un batallón de cazadores; allá un sacacorchos monstruoso, que parece construido para quitar los techos. En la exposición francesa de cuchillería hay un cuchillo adamasquinado tan grande, que á su lado parecen cortaplumitas las mayores *navajas* de España. Hay un tonel francés que contiene cuatrocientos hectolitros, otro húngaro que contiene mil, y el de una fábrica de Champaña aloja cómodamente setenta y cinco mil botellas. Hay espejos de veintisiete metros cuadrados de superficie, grandes ruedas de cincuenta metros, hilos metálicos de veinticinco kilómetros de largo, y, además, el desmesurado martillo de Creuzot, que pesa ochenta mil kilogramos, y el asador de la casa Baudon, que asa á un tiempo veinte carneros.

En seguida pasamos á ver las maravillas de la paciencia humana; cuchillos microscópicos, con sus bellas vainas, que se contienen hasta ciento y pico en un hueso de cereza (!); los tapices orientales de seis mil piezas; la gran caja española hecha de tres millones y medio de trocitos de madera; los tejidos de mantelería de quinientos francos el metro, del que no se hacen más

que cinco centímetros diarios; el servicio de mesa de los Estados Unidos, que ocupó diez y ocho meses á doscientos obreros, y la fuente esculpida, que costó á un aldeano escocés siete años de trabajo; y, por último, las extravagancias y las rarezas del género de la aguja de Emilio Praga, que ya podía haber hecho otro regalo á su querida. ¿Queréis un péndulo que os abanique, un reloj hecho con un tornasol, de donde sale una especie de araña que sujeta á una mosca, un mueble que se transforma en vuestras manos y á vuestro gusto, en billar, en escritorio, en tablero de ajedrez ó en mesa de comedor?, ¿queréis una barca con sus remos, que podéis llevar debajo del brazo hasta el lago de Como?, ¿un portamonedas que dispara pistoletazos?, ¿el mapa de Europa en un pañuelo?, ¿botinas de piel de pescado?, ¿una cama de laca?, ¿una mecedora de cristal?, ¿un violín de mayólica ó un velocípedo de vapor?... Todo lo encontraréis aquí: relojes mágicos, peonzas milagrosas, muñecas que hablan francés, y españolas que enseñan á manejar el abanico... sólo falta aquí la aguja de Emilio Praga.

¡Cuántas cosas bellas... innumerables! No hay medio de amueblar una casa, siguiendo los impulsos de la fantasía, sin gastar un *milloncejo* en un cuarto de hora.

A cada paso encontramos un mueble que nos encanta y que nos tienta á cometer un desatino; pero al aproximarnos á la tarjeta que indica su precio, después de un *uno* que nos da alguna esperanza, vemos cuatro malditos ceros, que parecen cuatro bocas abiertas que se rien en nuestras barbas. Es un continuo suplicio de Tántalo. No tenemos más que un consuelo: el de que muchas de estas cosas están ya vendidas.

Si habéis puesto los ojos en un maravilloso servicio de mesa de la casa Christophle, que vale cuatrocientos mil francos, ya os lo ha arrebatado el duque de Santoña. La duquesa os ha librado también de la tentación de llevaros un magnífico corte de vestido de Colbert y de Alençon, que hubiera devorado íntegro vuestro corto patrimonio. El gran vaso de malaquita, de la sección rusa, adornado de oro y de tres metros de alto, os lo ha quitado el príncipe Demidoff. El más hermoso par de botinas bordadas que hay en toda la Exposición pertenece á la princesa de Metternich; los dos más her-

mosos manguitos de zorro negro, son de la princesa de Gales, y el emperador de Austria ha puesto su augustó sello en un incomparable cofrecito de plata cincelada, que os hubiera hecho felices. Aún quedan, á pesar de esto, muchas cosas. Me permitiré señalar á las señoras fáciles de contentar, un gracioso velo de encaje de la exposición belga, hecho con un hilo que cuesta á cinco mil escudos cada kilogramo; á los maridos juiciosos, una cama china de palo de rosa con incrustaciones de marfil, que cuesta algo más que una pequeña quinta á orillas del lago de Como. A la puerta de la alcoba se podrían colocar dos portiers de seda, bordados de oro, cuyo precio en la exposición austriaca es de cuatro mil ochocientos duros. Es muy cómodo poder comprar de una vez salas y habitaciones enteras, de todos los estilos y países, con gran economía de tiempo y de trabajo. Hay también cosas admirables para las fortunas modestas, como, por ejemplo, el zafiro de Rouvenat, rodeado de diamantes, que podría comprarse por millón y medio; y, regateando un poco, se podría conseguir á un precio razonable un curiosísimo diamante tallado en forma de farol de gas, y monta-

do sobre un candelabro microscópico de oro, que es una verdadera maravilla.

La primera vez, todo esto trastorna un poco la cabeza, pero en seguida se encoge uno de hombros y se marcha diciendo: ¡Bagatelas! ¡tonterías! con toda la indiferencia de un gran... embustero.

*
*
*

Y vamos á ver la exposición de productos alimenticios, menos peligrosa para la fantasía; un paseo de una milla ó poco menos. Cerrad los ojos, coged la cabeza entre las manos, y procurad figuráos todo lo más extraño y lo más raro que un hombre puede introducir en el cuerpo sin riesgo de su vida; aquí hay de todo. Podéis beber por quince céntimos un vaso de cada uno de los catorce manantiales de aguas minerales de Francia, ó un vaso de agua de las Termópilas en la sección griega, ó cerveza de Dinamarca que dió la vuelta al mundo; pero si preferís los vinos, hay Champagne que se hace á vuestra vista, todos los vinos de España, en pequeñas botellas de media peseta, que os vende una hermosa muchacha de Jerez; y vinos de Oporto y de Ma-

dera embotellados en 1792, á cien pesetas la botella, acompañada de documentos históricos «debidamente legalizados». Y si el vino de ochenta y seis años os pareciese demasiado joven, encontrarís en la sección francesa, en medio de un círculo de hermanas nonagenarias, una botella de vino del Jura, de 1774, coronada de siemprevivas, al precio que ajustéis. Encontráis el kiosko de los vinos de Sicilia y de Guiro; todos los vinos de Australia en la cabaña de minero erigida por el Gobierno de Melbourne; y en la sección de las colonias inglesas, el misterioso vino de Constanza, del Cabo de Buena Esperanza, y el enigmático vino del ermitaño de la Nueva Gales, hecho con pasas. Tenéis vino de Schiraz en la sección de Persia, vino de Corinto al lado del agua de las Termópilas y podéis gustar un *tokay* exquisito en la hostería rústica de Hungría, al son de una música de zingaros.

En lo tocante á comer, no hay más que pedir. En los pabellones de las colonias francesas, una criolla os sirve piñas, una mulata plátanos, y un negro vainilla. Podéis comer mermelada del Canadá y ablandar en un vaso del famoso San Huberto de Victoria, galletas que han atravesado el

Atlántico. Podéis elegir entre célebres pescados de Noruega y los famosos cerdos de Chicago. Podéis hacer otra cosa mejor: tomar un pedazo de carne cruda venida del Uruguay, pero tan fresca y sangrienta, que parece muerta por la mañana, y asarla en el espejo ustorio de la Universidad de Tours, en la galería de artes liberales de Francia. Después vienen los modestos bodegones holandeses, americanos, ingleses y españoles. Tenéis á vuestro servicio cien hermosas muchachas vestidas de blanco y de negro, en un monumental *bouillon Duvall*, que parece un templo de la India. Si vuestro flaco es Rusia, podéis ir á la fonda rusa, en la que algunas manecitas polacas, moseovitas, armenias ó caucasianas, os servirán el verdadero *kumysy*, venido de las estepas del Ural, el agua higiénica del Neva ó la *colebiaka* de hierbas y pescado, ó cualquier otro pastel ruso-turco, sazonado con vino de Chipre. Para postres, Francia lo ofrece el palacio de Fontainebleau, catedrales góticas de azúcar y preciosísimos ramos de rosas y violetas, que parecen cogidas una hora antes. Después de comer, recibís el café *gratis* de la República de Guatemala, si es que no preferís el esco-

gido y triturado por las negras de Venezuela.

Luego, como *rincette*, podéis saborear un *bitter* de nueva invención que os sirve una suiza con el traje de Berna, á la sombra de un elegante kiosko, ó ir al kiosko holandés, donde tres bellas frisonas coloradas, con su casco dorado, os hacen tomar curaço ó *schidan*, ó bien arriesgaros á probar el licor de higos en el pabellón de Marruecos, amenizado por los chirridos de tres músicos, uno de los cuales pesa ciento noventa kilogramos, con el estómago vacío, ó poneros en los labios un cigarro de nuevo género, que en lugar de una nubecilla de humo, derrama en vuestra boca un sorbito de coñac.

¿No tenéis bastante? ¿Se os antoja fumar? Pues aquí tenéis los envenenados cigarros de la República de Andorra y la magnífica exposición de los cigarros de Cuba, de todos los tamaños y formas, dorados, blasonados y de fragancia, verdaderas obritas de arte, en gran profusión, delante de los cuales pasa el fumador italiano «gimiendo y llorando».

Toda esta doble galería de los productos alimenticios es admirable por su variedad

y su riqueza. Es una arquitectura interminable de botellas que se levantan en forma de torres, de escaleras de caracol y en gradas multicolores y brillantes; una multitud de espléndidos templetos de oro y de cristal, que podrían cubrir estatuas de númenes y cubren tocino salado; una magnificencia de teatrinos, de altares, de tronos, de bibliotecas llenas de golosinas, tan graciosamente dispuestas y adornadas, que el gran pintor de las *Halles de París* podría sacar de ellas un cuadro maravilloso para una de sus futuras novelas.

*
*
*

El espectáculo más hermoso es el que ofrece la concurrencia. Á ciertas horas, el recinto de la Exposición está más poblado que el de muchas grandes ciudades. Los visitantes entran por veinte puertas. Las erujías, los vestibulos, las galerías, los pasillos transversales y el infinito laberinto de las salas del Campo de Marte, es un negro hormiguero en que hay que cuidar de no perderse, especialmente en las secciones extranjeras, donde los vendedores constituyen por sí solos una especie de exposi-

ción antropológica deleitabilísima. Hay un gran número de hermosas jóvenes inglesas que trabajan en sus registros, atentas é impasibles, como si estuvieran en su propia casa.

Los japoneses, vestidos á la europea, charlan y juegan alegres, quizá con alguna ostentación para darse el aire de personas que se encuentran muy bien en el sitio que ocupan en el corazón de la civilización occidental; y han tomado tan bien el aire de la casa, que casi nadie los mira. Los chinos, por el contrario, tienen siempre á su alrededor un círculo de curiosos, á los que dirigen de vez en cuando una mirada despreciativa, que revela como un relámpago el orgullo de su raza, y en seguida vuelven á su impasibilidad de ídolos, de la que sólo los arranca la voz de los compradores.

Se ven mercaderes orientales con turbante, arrastrando sus babuchas en medio de todas aquellas maravillas, mirando perezosamente en torno suyo con la misma estupidez é irritante indiferencia que si se encontrasen en las viejas barracas de sus bazares. De cuando en cuando se encuentra á tres ó cuatro estáticos delante de una caricatura ó de un arlequin que abre los

brazos. Hay también muchos argelinos, árabes, moros y negros. Encontramos grupos de spahis, envueltos en sus grandes jaiques blancos, pero ya no tienen la cara jactanciosa como en 1859. Ya no brilla en sus grandes ojos negros el orgullo del antiguo ejército de África.

¡Cómo cambia los semblantes una guerra perdida!

A un lado y á otro se ven algunos rostros cobrizos y algunos arlequinescos vestidos de los pueblos que confinan con la China; y además hay una multitud inmóvil y muda de gente de todos los países, que produce una impresión extraña. A cada paso os codeáis con alguno que os parece una persona viva y es un gran maniquí completamente pintado y vestido, que os hace quedar con la boca abierta. Hay aquí salvajes del Perú, indígenas de Australia con sus grandes cabelleras lanudas, guerreros de la Edad Media, damas con traje de ceremonia, soldados italianos, aldeanas de Dinamarca, lavanderas, malayos, guardias civiles de España, anamitas, indios y cafres, y hotentotes que se os detienen delante, de repente, fijando en vuestra cara sus ojos soñolientos como fantasmas.

El espectáculo resulta todavía más variado y alegre, por el gran número de señoras que circulan en sillones de ruedas ó en carritos de mimbre, tirados por un criado, empujados por detrás por el marido, y rodeados de niños; matronas poderosas cuyas rotundidades rebasan por todas partes fuera del pequeño vehículo, larguissimas jóvenes inglesas que van completamente en cuclillas, con las rodillas huesosas tocando á la barba; señorones decrepitos que gozan allí probablemente el último placer de la vida; nobles viejas paralíticas y niños maravillosamente rubios y colorados de los pueblos del Norte, que forman todos juntos en aquel laberinto de las calles, flanqueadas por casas de cristal, una especie de carnaval digno del lápiz de Cham.

En la calle de las Naciones muchos toman un bocado sobre las rodillas, como en viaje, y los niños van á buscar agua á las fuentes del Japón ó de Italia; otros van andando y comiendo pan y jamón; algunos matrimonios duermen tranquilamente en los bancos en medio de la turba, y otras parejas que han llevado su amor á la Exposición, aprovechan los asientos que están cerca para hacerse alguna caricia de contrabando.

Es, además, una diversión estudiar en las salas los variados tipos de los visitantes. Los hay que parecen caballos desbocados y corren de aquí para allá sin ver maldita la cosa, dominados por una especie de exaltación febril; y hay visitantes cachazudos que han formado su programa, que dan un paso cada cuarto de hora, meditan sobre sus catálogos, miran, tocan y discuten sobre la menor cosa, y emplean, probablemente, seis meses en dar la vuelta al Campo de Marte. Entre los expositores se distinguen los rostros radiantes de los dichosos que han alcanzado gloria ó fortuna, entronizados en sus asientos entre la multitud de curiosos y compradores, y pobres olvidados sentados en bancos solitarios con la cabeza baja y la cara melancólica, meditando sobre sus esperanzas perdidas.

En las últimas salas, los divanes están ocupados por los visitantes cansados. Se ven familias enteras de inocentes provincianos rendidos, aturridos, estupefactos; los papás bañados en sudor, las mamás sofocadas, las niñas decaídas y los chiquillos muertos de sueño, dan gana de que se les pregunte: Desgraciados, ¿quién os ha aconsejado que viniérais á la Exposición?

La mayor concurrencia está bajo los grandes arcos de las Bellas Artes y en el pabellón de la vida de París, que ostenta sus seis fachadas empavesadas en medio del Campo de Marte. Allí es el cuartel general del «Estado Mayor» de la Exposición. Aquí se cruzan los artistas y los comisarios de todos los países, los obreros se reúnen y se reparten, los críticos hienden el aire con gestos magistrales, los periodistas toman apuntes, los dibujantes esbozan, las discusiones hierven, los curiosos buscan las caras de los hombres ilustres, los recién llegados se encuentran y las celebridades de la Exposición pasan recibiendo felicitaciones y saludos.

He aquí, por ejemplo, á M. Hardy, el arquitecto del palacio del Campo de Marte; á M. Duval, director de los trabajos hidráulicos; y á los señores Bourdais y Davioud, arquitectos del palacio del Trocadero. Si, por casualidad, tenéis cara un poco extraordinaria y dos amigos á vuestro lado que os hablen con muestras de respeto, podéis pasar fácilmente por algún príncipe ó rey que visita la Exposición de riguroso incógnito, y oír en torno vuestro un sordo murmullo de antesala de corte. Hay aquí con qué sa-

ciar todos los gustos, satisfacer todas las necesidades y reparar todos los accidentes. Podéis telegrafiar á vuestra casa, escribir vuestras cartas, bañaros, recibir de cuando en cuando una sacudida eléctrica, haceros pesar, conducir, fotografiar, perfumar y curar; aquí hay puestos de bomberos, cuerpos de guardia, farmacias y enfermerías; no falta más que el Camposanto.

A horas fijas hay conferencias y experimentos científicos, á los que acuden turbas de gente llenas de ansiedad. Aquí, en la sección francesa, se comunican al público las obras de la biblioteca del cuerpo docente; más allá un profesor explica los modelos anatómicos; en la sección rusa se hace el experimento del paso del aire á través de los muros; un médico americano hace funcionar los instrumentos quirúrgicos y un dentista verifica la extracción de las muelas careadas por medio del instrumento movido por el vapor.

Se puede presenciar la fabricación de los cigarrillos franceses, ver hacer el papel de la fábrica Darblay, las experiencias de la luz eléctrica en el pabellón ruso y las de calefacción y alumbrado en el parque del Campo de Marte. Otros van á ver la prue-

ba del teléfono Bell, el aparato telegráfico que transmite por un solo hilo doscientos cincuenta despachos por hora, ó el semáforo de nuestro Pellegrino, ó van á leer los antiguos procesos por hechicería expuestos en el pabellón del Ministerio del Interior de Francia. Entre tanto, los profesores explican nuevos métodos de enseñanza, los inventores de cualquier cosa reúnen en torno suyo un círculo de oyentes, todas las nuevas máquinas están en movimiento, los álbums colosales se abren, despléganse las cartas geográficas, giran los mapa-mundi y suenan mil instrumentos; en todas partes hay un espectáculo, una escuela ó una conferencia, y la Exposición se convierte en un Ateneo Internacional, en el que se da por una peseta todo el saber humano.

*
* *

Lo que atrae más gente, cualquiera que sea la hora, es la exposición de Bellas Artes; pero casi me falta valor para haceros entrar en ella. Me consuela tan sólo la idea de no tener que manifestar más que las confusas impresiones de la primera visita.

Hay diez y siete pinacotecas en una su-

cesión de pabellones que se extienden de un extremo á otro del Campo de Marte (puede decirse con propiedad que el mundo entero), lo pasado y lo presente, las visiones de lo porvenir, las batallas, las fiestas, los martirios, los gritos de angustia y las locas carcajadas; toda la gran comedia humana con su infinita variedad de escenas, á través de las cuales se desarrollan, del regio alcázar á la cabaña, de los desiertos de hielo á los desiertos de arena, y de las más sublimes alturas á las más recónditas profundidades de la tierra. Esta es la parte de la Exposición donde se reciben las impresiones más vivas. ¡Cuántos ojos enrojecidos he visto! ¡Cuántas expresiones de piedad, de dolor, de horror, y cuántas hermosas sonrisas de preciosas caras quedaron en mi memoria como reflejo de los cuadros!

Al museo de pinturas sigue el enorme museo de escultura de Francia, al cual siguen las salas de Inglaterra. A decir verdad, de todas aquellas pinturas correctas, pálidas, diáfanas, de limpidos colores, llenas de pensamientos delicados y preciosas minuciosidades, recuerdo solamente la glorificación de la vejez guerrera, de Herko-

mer, titulada los *Inválidos de Chelsea*, ante los cuales inclinaríamos la frente en señal de veneración; los *Pobres de Londres*, de Luke Fildes, que me hicieron sentir el frío de una noche de Enero y las angustias de la miseria sin abrigo; y *Daniel entre los leones*, de Briton Rivière, donde la sublime tranquilidad del hombre, en presencia de aquel grupo de bestias famélicas, y, sin embargo, fascinadas, subyugadas y anonadadas por una fuerza sobrehumana é invisible, se manifiesta con una potencia tal, que introduce en el corazón el misterioso espanto del prodigio.

Paso á la ligera por delante de otros cien cuadros, agujoneado por la impaciencia de llegar á Italia, donde encuentro una multitud sonriente que está enamorada de las estatuas. Oigo murmurar á alguno: «¡Y decir que todas estas cosillas provienen de la patria de Miguel Angel!» Pero todas las caras que me rodean expresan un sentimiento de admiración tierna y serena. Delante de los cuadros de De Nittis, el pintor atrevido y delicado de París y de Londres, hay un grupo de curiosos que se disputan el sitio, y se adivina, por el movimiento de las fisonomías, por la viveza de los adema-

nes y lo empeñado de los diálogos, el choque de los encontrados pareceres de donde brotan las chispas que concurren á formar la aureola. Un cualquiera dice: «¡Preciosas páginas para un periódico ilustrado!» Pero el aire de los *bulevares* se respira, se siente la brisa del Támesis, se adivina la hora, se reconocen las fisonomías y se vive en toda aquella vida. En la otra sala miro en torno mío á ver si está allí Pasini para gritarle: ¡Yo te saludo, *hermano del sol!* Allí está su vigoroso y espléndido Oriente, soñado por cien pensativos ojos. Quisiera ver á Michetti, aquel rostro querido resplandeciente de genio, para apretarle la mano entre el índice y el pulgar, y decirle que adoro las tentadoras piernas de sus bañistas y el azul increíble de sus marinas.

Ya está aquí Jenner. Aquí observo una cosa singular. Las gentes que entran con la sonrisa en los labios, se detienen y arrugan la frente. Todas las fisonomías reflejan por un instante el rostro atento y resuelto de Jenner, como si todos, durante un momento, sintieran en sus manos la lanceta benéfica del doctor y el brazo inquieto del niño; y todos meditan y nadie habla, y el que ya se había alejado, vuelve ó se detiene como

arrastrado por el hilo tenaz de un pensamiento.

¡Qué satisfacción! Otra no menor experimento en la sala siguiente al tropezar con el honrado y benévolo rostro de Monteverde, que me acompaña hasta la frontera de Italia. De aquí paso á las salas de pintura extranjera, donde el cielo se nubla y se enfría el aire. Suecia y Noruega pintan sus melancólicos crepúsculos; mañanas oscuras del otoño, la extraña claridad de la luna en extraños mares, y pescadores y náufragos, en los que se muestra, más que arte, dulce y profundo amor á la patria, coloreado por un sentimiento varonil de tristeza; ciento cincuenta cuadros, todos dominados por *Los soldados suecos conduciendo el cadáver de Carlos XII*, descendiendo una pendiente de solitario camino, entre nieve, llenos de sangre, tristes, soberbios; hermoso cuadro sencillo de Oederstrom, concebido con el alma de poeta y sentido con el corazón de soldado.

Siguen los Estados Unidos. El coloso de las cien cabezas tiene aún su tosca mano de trabajador poco acostumbrada á los pinceles. No me acuerdo más que de la risa de la hermosa mujer de Hamilton y de las figu-

ras grotescas de las bailarinas de Brown. Los demás cuadros denuncian á los pintores escapados de casa que cambiaron la piel en París, en Dusseldorf, Mónaco, Londres ó Roma, y tomaron, aunque muy débilmente, la tintura de su nueva patria.

Después viene Francia, que echó á todo el mundo á su espalda. La historia, la leyenda, la mitología, el cristianismo, la epopeya napoleónica y la vida mundana; la miniatura y el cuadro desmesurado, la loca audacia y la insolente pedantería, todo está aquí; pero singularmente existe una gran riqueza de inventiva y de pensamiento que revela el poderoso auxilio de una literatura popular llena de creaciones, de un vivo y extendido sentimiento dramático, y de la vida variada, llena, apasionada y tumultuosa de una enorme metrópoli.

En las primeras salas entreveo los cuadros sentimentales y *lamidos* de Bouguerau. Doré presenta una de sus mil visiones de un mundo misterioso, en que apenas se reconoce alguna forma vaga de las cosas y las criaturas de la tierra. Viene después el trabajo sabio y serio de Albert Maignan y las obras llenas de imaginación y confusas de Isabey, que se ven como á través del velo

de un sueño y á gran distancia de espacio y de tiempo.

En otra sala, el espantoso fantasma del San Sebastián de Boulanger, se alza frente á Maximiano Ercole, y Moreau fatiga y atormenta la fantasía con sus sueños bíblicos y mitológicos, llenos de terrores, de ilusiones y enigmas, que quedan luchando en la memoria, como las fórmulas misteriosas y siniestras de un conjuro.

Á continuación siguen los retratos, llenos de fuerza y de vida. Dubufe presenta los de *Emilio Augier*, *Gounod* y *Dumas*; Durand el de *Girardin*, Perrin expone el de *Daudet*, y *Thiers* revive gloriosamente en el lienzo de Bonnat, ante el cual se agolpa la multitud.

Otra turba silenciosa é inmóvil anuncia en las mismas salas las maravillosas miniaturas de Meissonnier. Más allá sonríen las damas elegantes de Cabanel, y Laurens arranca un suspiro presentando juntamente, en su nobilísimo *Marceau*, la belleza, el heroísmo y la muerte. Sigo adelante y encuentro aquella maravillosa encorvadura de espinazos que ha hecho sonreír al mundo: *La Eminencia gris*, de Gerôme, y el formidable verdugo del pobre Henri Regnault,

cuadro espléndido y triste que sirve de losa á un sepulcro.

Por último, los gigantescos y trágicos lienzos de Benjamin Constant: *Respha* ahuyentando al buitro del patíbulo de los hijos de Saúl, y *Mahomet II*, que invade á Constantinopla entre las ruinas y la muerte, en la misma sala donde agoniza *El esclavo envenenado* de Sylvestre, á la vista de Nerón impasible, y el *David* de Ferrier levanta la cabeza monstruosa del gigante. En el fondo, alborota y ríe la *Gran bacanal* de Duval.

Se sale de allí fatigado y confuso, como de la representación de una tragedia de Shakespeare; se penetra en medio de los grandes cuadros históricos de Austria-Hungría, resplandecientes de armas, de oro y de seda, y de los retratos á lo Velázquez y á lo Van-Dyck, que dan á este sitio el aspecto solemne y magnífico de un palacio real. Al llegar aquí, quisiera besar en la frente á Munkácsy, que pintó aquella divina cabeza de *Milton*, y prorrumpir en un sonoro viva ante el enorme, espléndido y temerario lienzo de Makart, iluminado por el blanco rostro de *Carlos V*, en el que brilla un pensamiento tan vasto como su reino y una expresión inolvidable de gracia ju-

venil y majestad serena, que nos obliga á unir nuestro aplauso al clamor de su triunfo.

He aquí á *Don Quijote*, las *manolas*, los *majos*, los graciosos retratos de Madrazo y la *Lucrecia romana*, de Plasencia, en la que brilla un relámpago del atrevimiento de Goya. Pero hay aquí una pared ante la cual se oprime el corazón. ¡Pobre y querido Fortuny, hermosa flor de Sevilla, abierta al sol de Roma! Allí están sus obras maestras, ardientes, luminosas, llenas de alegría y de vida, devoradas por los ojos de una conmovida multitud, mientras él yace sepultado en la tierra. Tampoco puede el pobre Zamacois gozar con el triunfo de sus preciosas escenas de frailes y locos, así como en las salas austriacas no pudo presentarse Cermak para ver brillar y humedecerse millares de ojos delante de su glorioso *Montenegrino herido*. ¡Cuántos queridos y notables artistas faltan en la fiesta! Los ojos los buscan todavía entre la gente, mientras el pensamiento corre á lejanos cementerios y sus cuadros difunden la tristeza del último adiós.

De las salas sucesivas tan sólo conservo una reminiscencia vaga de mares tempes-

tuosos, de estepas iluminadas por la luna, de solemnes puestas de sol en inmensas soledades de nieve, y de tristes paisajes de Finlandia y de Ukrania, entre los que se me aparecen confusamente las amenazadoras figuras de Ivan el Terrible y Pedro el Grande, y los ensangrentados cadáveres de los mártires búlgaros.

Aquí parece que el arte toma algún descanso para reaparecer más vigoroso y atrevido, y así se realza en Bélgica, rico, inspirado, dotado de carácter propio y nutrido de profundos estudios y tradiciones gloriosas, A. Stevens y Villems, que exponen sus cuadros de costumbres, admirables por su gracia y colorido; I. Stevens sus perros inimitables; Wauters y Cluysenaar superan triunfalmente todas las grandes dificultades de la pintura de historia y las delicadas del retrato, y otros cien artistas luchan con una estupenda multitud de paisajes llenos de poesía, de marinas melancólicas, de cabezas adorables de niños, de caprichos sutiles y elegantes fantasías que elevan la mente y ensanchan el corazón.

Siguen Portugal y Grecia: grandes hombres, cosas pequeñas. Sin embargo, hay aquí cuadritos olvidados y despreciados,

que dejan en el ánimo una impresión indeleble, como *La madre Megarense*, de Rallis; aquella pobre mujer de un pescador, sentada en su pobre habitación, que tiene las manos cruzadas y los ojos fijos en una cuna vacía, hecha de cuatro toscas tablas, en actitud de decir: «¡Ya no está!» á la vez que los pañales denotan que hace poco que se lo han llevado, y sobre aquella desolación descendiendo por la ventana abierta el rayo alegre del alba, que lo despertaba todos los días; podrá faltar expresión, pero no un sentimiento sublime que produce en el pecho el temblor de un sollozo.

Después de la Grecia, viene la pintura fácil y fresca de la Suiza, de cien variados estilos, verdadera imagen de un país de cien trozos y de una familia de artistas que vagan en busca de un ideal, de una escuela, de un centro de sentimientos é ideas; que unen á su *patria de escarpadas laderas*, á las cascadas, á las gargantas, á los ventisqueros y á los huracanes de los Alpes, las rientes playas de Sorrento, la arquitectura arabesca del Cairo, los ardientes desiertos de la Siria, la desolada campiña de Roma, y todo género de recuerdos de su vida variada y aventurera, semejante á la

de sus abuelos, que vistieron el uniforme de todos los príncipes y vertieron su sangre por todas las banderas.

A continuación de Suiza sigue Dinamarca, que recuerda al mundo sus glorias guerreras con la batalla de Isted, de Sonne, y el combate naval de Lermern, de Masstrand. Pero es bello y conmovedor el ver pasar todos estos pueblos, cada uno de los cuales enseña con amor y orgullo sus soldados, sus reyes, sus mujeres hermosas, sus niños, sus catedrales y sus montañas. El impulso de simpatías que no se sentiría por cada uno de ellos visto separadamente, se experimenta por todos ellos juntos; y el corazón corresponde á todas estas manifestaciones del amor de la patria con una expansión de afecto que abraza todo el universo. Los demás cuadros daneses son paisajes que representan pálidos efectos de sol sobre campiñas nevadas, sobre parques, castillos feudales y grandes bosques, y escenas íntimas de costumbres ingenuamente sentidas y expresadas con escrupulosa fidelidad, que dejan en la memoria infinidad de imágenes de caras, de actitudes, de objetos y de escenas, como lo haría un mes de permanencia en Dinamarca.

Desde aquí llego, casi sin advertirlo, á las salas de Holanda, delante de una pintura que parece velada por las nieblas de las grandes llanuras anegadas, y veo vagamente delante de mí, como á través de un velo, los pobres y los enfermos de Israels, el pintor de la desventura; las hermosas marinas de Mesdag, los *polders* de Gabriel, los gatos de Enriqueta Ronner y otros cien cuadros grises, oscuros, húmedos y de mal humor, en los que busco inútilmente un rayo de la milagrosa luz de Rembrandt ó un reflejo de la risa irresistible de Steen.

La última es la anchurosa sala de Alemania, magnífica y triste, en la que advertís, apenas entráis, el enorme vacío dejado por Kaulbach. Sin embargo, es una pintura poderosa, rejuvenecida en todas las fuentes vivas, fortificada por largos estudios, variada, atrevida, varonil, llena de sentimiento, de intención y de finura, que despierta una admiración pensativa y conmueve las más recónditas fibras del corazón. En verdad, no olvidaré jamás ni las cabezas vivas que parece que están hablando, de Knaus, ni la ardiente fragua de Menzel, ni los soberbios cosacos de Brandt, ni la profunda tristeza del *Bautizo* de Hoff,

ni la cómica risa de los soldados y nodrizas de Werner, ni el padre y la madre admirables de Hildebrand, que interrogan el rostro abatido del niño enfermo, asustados por un presentimiento tremendo.

Y con aquella misma tristeza en el corazón, sali de la exposición de Bellas Artes.

*
* *

Pero apenas me encontré fuera, me asaltó otro pensamiento. Representanse en mi espíritu los mil artistas cuyas obras he visto, los famosos y los desconocidos, los jóvenes que enviaron su primera inspiración y los viejos que nos dejaron la última; los ví esparcidos por todo el mundo, en sus estudios llenos de luz, con las ventanas que dan al solitario campo, á los jardines, al mar y á las rumorosas calles; y pensé en toda la vida que habían derramado, entre todos, en aquellas cien salas que yo había atravesado de corrido, qué porción de sus almas había en aquellos lienzos y en aquellos mármoles innumerables, cuántas inspiraciones de amantes y esposas, cuántas vigiliás, cuántas meditaciones, cuántos pinceles rotos, cuánta sangre de corazones

desgarrados, cuántos recuerdos de aventuras y peregrinaciones lejanas, y qué vasta epopeya de amores, de dolores, de triunfos y de miserias representaban aquellas obras; pensé en los que yacían en el sepulcro, consumidos por la tremenda fiebre del arte, en cuántos habrían descendido á él aún jóvenes y llenos de esperanzas, y cuán inmenso tesoro de imágenes, de sentimientos y de ideas llevarían fuera de este sitio los millones de visitantes de toda la tierra; y pensando en todas estas cosas, con la cara vuelta hacia aquella inmensa fila de pabellones, me sentí dominado de repente por un sentimiento tan vivo de ternura y de gratitud, que si en aquel momento hubiera pasado algún pintor, fuera quien quisiera, le habría saltado al cuello, tan cierto como el sol nos alumbra.

*
* *

La última sala de Bellas Artes desemboca en la galería del trabajo. Es imposible figurarse un cambio de escena más extraño.

Aquí todo es agitación y ruido. Se ven las pequeñas industrias en actividad. Hay un gran número de mostradores circulares

y cuadrados, que sirven á la vez de taller y de tienda, donde trabajan continuamente hombres, mujeres y muchachas, en medio de una multitud de curiosos que forman una cadena no interrumpida de anillos negros movibles, que se extienden de un extremo á otro de la inmensa sala.

Aquí se trabaja el oro, la concha, el marfil y el nácar; se fabrican objetos de filigrana, se hacen abanicos, cepillos, portamonedas y relojes. Hay, entre otros, un grupo de obreras que fabrican muñecas con una rapidez de prestidigitadoras, y otras que hacen flores de trapo, de esmalte, y de plumas de trópicos, con tal desenvoltura y garbo, que nos parece verlas brotar de entre sus dedos. En otro sitio se teje la seda, se pinta la porcelana, se trabaja en cobre, se hace guttapercha y se fabrican pipas de espuma. En un ángulo se ven las pacientes manecitas normandas que trabajan en blonda. En el centro de la sala se talla el diamante. Aquí llueven tarjetas, allí agujas, más allá botones; en un sitio se hacen trenzas y *chignons*, en otro canastillos y cajitas de paja.

Un grupo de indios, con enormes turbantes de varios colores, trabajan en cha-

les. Hay una larguísima fila de pequeños hornillos, de maquinillas vibrantes, de llamas de gas, de cabezas inclinadas, de manos en movimiento, de gente que interroga, y gente que contesta, un cuchicheo, un trabajo alegre y movimiento acelerado y sonoro, que da gana de ponerse á hacer cualquier cosa. La altísima bóveda repercute ruidosamente los silbidos agudos que parecen gritos de infantil alegría, el cadencioso golpear de cien martillos, el estridente sonido de las limas y de las sierras, mil retintines cristalinos y metálicos, y el sordo ruido de la multitud que pasa en procesiones, en turbas y en grupos, como ejército desbandado, para esparcirse en los jardines exteriores ó en las galerías de las máquinas.

*
* *

Aquí, el espectáculo es digno de una oda de Víctor Hugo. En el primer momento, parece que estamos debajo de uno de los inmensos abovedados techos de las estaciones de Londres. Son dos galerías tan largas como el Campo de Marte, bastante anchas para contener noventa hombres de frente y llenas de luz, en las que mil máquinas

enormes, un ejército de ciclopes de metal, amenazadores y espléndidos, alzan la cabeza, los brazos, los mazos y las planchas finas y bien ajustadas hasta las bóvedas altísimas, produciendo el fragor de una batalla.

En todas partes se verifica una inmensa transformación de las cosas. El papel se convierte en un sobre, el cordel en cuerdas, el bronce en medallas, el alambre de latón en alfileres, el hilo de lana en calceñas, el trozo de madera en parte de un mueble; la bordadora suiza borda con trescientas agujas, el papirógrafo inglés reproduce trescientos ejemplares de un manuscrito; la máquina de los jabones los corta en cubos, los envuelve y los pesa; la máquina de Marinoni imprime periódicos y los pliega; las gigantescas hiladoras de Mánchester y Birmingham trabajan al lado de las máquinas mineras; la gran máquina de hielo lanza su furioso soplo helado en medio de las exhalaciones de fuego de las máquinas de gas; otras trabajan el diamante, otras rompen y retuercen el metal como una pasta; otras lavan, refinan, trasvasan, dibujan, pintan ó escriben; en todas partes vibra una vida maravillosa y horrible de

monstruos de cien bocas y cien manos, que irrita los nervios, atruena los oídos y confunde la imaginación.

Aquí y allá se ve desaparecer la materia informe en el tenebroso vientre de aquellos colosos, reaparecer arriba pasados algunos instantes, ya medio elaborada, como en triunfo, y ocultarse después rechazada desdeñosamente para sufrir las últimas transformaciones... Aquí trabajan los brazos de gigantes, allá manos de hadas. En un sitio se presenta el trabajo bajo el aspecto de una furiosa destrucción, entre dientes enormes de garfios de acero que triturán y desgarran todo con infernal ruido, entre el que se oye un sonido confuso de lamentos humanos, en medio de un intrincado movimiento de ruedas vertiginoso y feroz que destrozaria á un titán como un manojito de paja. En otro sitio, el monstruo domesticado acaricia la materia prisionera, la pule, la limpia, la alisa con delicadeza, lentamente y en silencio, como si lo hiciese por diversión. Otras máquinas colosales hacen movimientos extraños y misteriosos, que casi parecen humanos, con cierta lánguida gracia de las ondulaciones femeninas; éstas inspiran un inexplicable

sentimiento de repugnancia, como si fuesen seres vivos cuya forma no puede determinarse. Dentro de los grandes miembros de todos estos trabajadores desmesurados, se agita, como una vida secreta, un indescribible caos de ruedecillas que parecen inmóviles, de sierras como hebras de hilo, de ingenios delicadísimos y casi invisibles, que vibran, tiemblan, trepidan y hacen parecer aún más gigantescas, por el contraste que forman con su humilde pequeñez, las enormes ruedas, las charnelas colosales, las calderas titánicas, las correas desproporcionadas, las grúas, los pistones y los tubos monstruosos, que se lanzan á lo alto como columnas monumentales y se suceden en una hilera sin fin, ofreciendo el aspecto de una extravagante y deforme ciudad de metal, en la que se bate, entre las cadenas, una legión de condenados ó de locos.

Pero también trabaja el hombre; un gran número de mujeres cosen á máquina; alrededor de las grandes máquinas vigilan los operarios; los maquinistas y artifices de todos los países, vestidos con descuido, observan, notan y se ocultan completamente entre los pistones y las ruedas, con peligro de su existencia; entre ellos se ven algunos

rostros enjutos y pálidos, pero llenos de vida, en los que relampaguea una voluntad de hierro y una ambición implacable. ¡Quién sabe! Hoy son obreros oscuros, acaso mañana sean gloriosos inventores.

Toda la enorme galería está llena de la inmensa agitación del trabajo. Al pronto, toda aquella actividad fatiga y entristece; pero poco á poco, acostumbrándose el oído y fijando el pensamiento, entre aquel pavoroso fragor de silbidos, golpes, rechina- mientos, gemidos y aullidos, se escucha la voz profunda de las multitudes, los gritos que excitan á la lucha y el *hurra* formidable de la victoria humana.

El hombre que al entrar se encontraba aturdido, recobra la conciencia de sí mismo y contempla aquella inmensa fuerza suscitada y disciplinada por su pensamiento con un suspiro de orgullo en el que todo su sér se eleva y fortifica. Y aquel inmenso arsenal de armas pacíficas, las banderas tan grandes como velas de navío, que penden de las bóvedas, movidas por el aire conmovido por las innumerables ruedas; aquellos monumentos salvajes de cuerdas y redes, las pirámides de piochas que sirvieron para roturar la tierra del nuevo hemisferio; los

trofeos de instrumentos que han de servir para la pesca de los grandes cetáceos de los mares polares; los troncos gigantes de las selvas vírgenes, las colosales armaduras de los buzos, las torres de mercancías, los faros giratorios entre nubes de humo, los chorros de agua y las lluvias de vapor de las máquinas, este majestuoso y terrible espectáculo, saludado por las detonaciones de las máquinas de gas, por el sonido de las bocinas y por las solemnes notas de lejanos órganos que llevan á aquel infierno la poesía de la esperanza y la oración, se apodera poco á poco de vosotros, hace vibrar todas las facultades del espíritu, enciende en vuestro corazón la fiebre del combate y os hace salir de allí con la mente llena de audaces designios y gloriosas resoluciones.

*
*
*

De la galería de las máquinas francesas se pasa á un largo pasillo todo adornado de rosas, y de allí...

Pero no hay ningún lector razonable que exija de mí la descripción de los anejos al palacio del Campo de Marte, que consti-

tuyen por sí solos una segunda Exposición universal. Hay dos millas de jardines, pabellones y casas rústicas donde vuelve á empezar la serie de museos y fábricas, y hay donde pasearse un mes. Aquí están solamente los «especialistas». La mayor parte de la concurrencia va allí tan sólo para refrescar la cabeza al aire libre. Es cosa que merece meditarse lo que costó la construcción de esta gran ciudad efímera y lo que cuesta aún todos los días el hacerla vivir: es una cosa que, en verdad, asusta.

Hay que considerar primero el gran trabajo de la nivelación, en el que se han removido y transportado quinientos mil metros cúbicos de tierra; figuráos la enorme zanja que serpentea debajo del palacio del Campo de Marte, y distribuye en diez y seis grandes corrientes el aire condensado por los ventiladores; abarcad con el pensamiento la poderosa acción de los grandes «generadores» que surten de vapor á las máquinas motrices que transmiten la vida á todas las de la Exposición; el continuo movimiento de las formidables bombas aspirantes que absorben torrentes del Sena y los distribuyen por un laberinto de canales y de receptáculos subterráneos á los con-

ductos del Campo de Marte, á los estanques, á las fuentes, á los *aquariums*, á los ascensores de las torres y á la cascada del Trocadero...

Es preciso figurarse la infinita red de vías que cubrían este espacio durante los trabajos de la construcción y las innumerables máquinas que ayudaron á los brazos del hombre á colocar estas enormes masas; traer á la memoria el trabajo, el inmenso trabajo febril del último mes, un ejército de obreros de todos los países hormigueando en los bordes de los techos, en la cúspide de las cúpulas, en las profundidades de la tierra, suspendidos por cuerdas, de pie sobre andamios vertiginosos, formando grupos, cadenas y enjambres, de día, de noche, á la luz de las antorchas, á la deslumbradora claridad de la luz eléctrica, en medio de nubes de polvo y de vapores, llamados por mil voces en cien lenguas, entre el ruido de un mar tempestuoso y el estremecimiento de impaciencia del mundo; y recordar, por último, que salió de allí aquella maravillosa caravana de cien pueblos, llena de tesoros, de vegetación y de vida, donde veinticuatro meses antes no había más que un desierto... y entonces ya no es posible

contener la admiración que al entrar había sido turbada por un efecto de apariencias desagradable.

*
**

Es necesario ver este gran espectáculo por la tarde desde las altas galerías del Trocadero.

Desde allí, abarcando de una sola ojeada, como desde la cima de un monte, aquella vastísima explanada llena de recuerdos que vió las fiestas simbólicas de la Revolución y oyó los vivas formidables de los ejércitos de Marengo y Waterlloo, aquel palacio enorme y magnífico sobre el cual ondean todas las banderas de la tierra, el gran río, los anchurosos parques, los mil techos y los cien torrentes humanos que serpean en el inmenso recinto, inundado por la dorada luz del sol poniente, el pensamiento se entrega á mil diversas meditaciones.

Se piensa en los millones de seres humanos que trabajaron para llenar aquel inmenso museo, desde los artistas más célebres hasta los solitarios y desconocidos obreros de los tugurios; en las mil cosas allí reunidas, sobre las que cayeron las lá-

grimas de la obrera y el sudor del presidiario; en los tesoros conquistados al precio de innumerables vidas; en las victorias conseguidas por el trabajo acumulado de diez generaciones; en las riquezas de los reyes; en los cuadernos de los niños y en las informes esculturas de los esclavos, todo confundido bajo aquellas bóvedas en una especie de santa igualdad ante el mundo; en los viajes fabulosos que hicieron aquellos trabajos y aquellos productos traídos de las montañas, llevados por las caravanas á través de los bosques y de los desiertos, extraídos del fondo de los mares y de las entrañas de la tierra, transportados por inmensos ríos y entre las tempestades del Océano como en sagrada peregrinación; en las mil esperanzas que los acompañaron; en las mil ambiciones fundadas sobre ellos; en las mil ideas que brotarán de las comparaciones; en los nuevos atrevimientos que nacerán de los triunfos; en las narraciones fabulosas que se repetirán hasta en las cabañas de las más apartadas colonias; y por último, que, gracias á esto, se estrecharon manos que jamás se habían encontrado, que por algún tiempo muchos odios se aplacaron como por virtud

de una tregua de Dios; que los millones de hombres aquí congregados se esparcirán por toda la tierra llevando un tesoro de nombres queridos antes ignorados, nuevas admiraciones, nuevas simpatías, nuevas esperanzas y un sentimiento más grande y más poderoso que el amor de la patria.

Se piensa en todas estas cosas, y se aplaude con mayor entusiasmo la Exposición; pero más que á la Exposición, se bendice á esta augusta ley, á este santo é inmortal afán: ¡el trabajo!

Quisiéramos verlo, como un dios, simbolizado en una grande y riquísima estatua, con los pies en las entrañas del globo y la cabeza sobre la cúspide de las montañas, y decirle: «¡Gloria á ti, segundo creador de la tierra, señor formidable y dulce! Nosotros te consagramos el vigor de la juventud, la tenacidad de la edad viril, la sabiduría de la vejez, nuestro entusiasmo, nuestras esperanzas y nuestra sangre. ¡Tú calmas los dolores, fortificas los afectos, serenas los ánimos, prodigas las santas arrogancias, dispensas el fecundo reposo, hermanas los hombres y pacificas el mundo: sublime amigo y divino consolador!»



EL ÚLTIMO DÍA EN PARÍS

POR muy contento que se esté en París, llega un día en que la población se vuelve antipática. Pasada la fiebre de los primeros días, cuando se empieza á penetrar un poco en aquella vida tumultuosa, se sufre un desengaño, como al ver la ciudad por la mañana temprano cuando aún está despeinada y soñolienta.

¡Qué feo es París á esta hora! Aquellos *bulevares* tan famosos, hace pocas horas tan brillantes, no son más que una gran calle irregular, flanqueada de miserables casas, altas y bajas, descoloridas ó ahumadas, deformadas arriba por un horrible desorden de altísimas chimeneas que parecen el andamiaje de edificios sin concluir; y estando todavía todo velado por un poco de niebla, no se ve más que un gran espacio solitario y gris, en que á primera vista no

se reconocen los objetos más conocidos; y todo parece envejecido, lúgubre, lleno de arrepentimientos y de tristezas, de donde se diría que quieren huir los pocos carruajes que pasan rápidamente, como pecadoras avergonzadas de verse sorprendidas por el alba, después de la última orgía del Carnaval.

—¿Son estos los *bulevares*?—se dice con cierto sentimiento de amargura ante aquel miserable espectáculo.

Y pasados algunos meses de vida parisiense, se exclama:

—¿Es esto París?

*
* *

Pero los primeros meses son bellísimos, especialmente por los cambios que sufrimos.

Se experimenta de pronto un aumento de actividad física por efecto del aumento de valor del tiempo, y el reloj, hasta entonces despreciado, asume la dirección de la vida. Tres días después de llegar, sin que lo advirtamos, se ha acelerado nuestro paso y aumentado la órbita de nuestros ojos. Todo, hasta las diversiones, requiere

previsión y cuidado; cada paso tiene su objeto; cada día se nos presenta, al despertar, dividido y ordenado en una serie de ocupaciones, y no nos queda ninguno de aquellos momentos de ocio que, como los descansos irregulares en una marcha militar, debilitan en vez de restaurar las fuerzas.

La pereza más arraigada se sacude y se vence. La vida sensual y la vida intelectual se enlazan tan sutilmente y encierran el día en una red tan estrecha de placeres y de pensamientos, que es imposible desenredarse de ella; una curiosidad apasionada se apodera de nosotros y nos hace andar corriendo de la mañana á la noche con mil preguntas en los labios y el bolsillo en la mano, como hambrientos en busca de comida.

Un delito ruidoso, un rey que pasa, un astro que se apaga, una gloria que surge, un libro nuevo, un nuevo cuadro, un escándalo nuevo, los gritos de estupor y las ruidosas carcajadas de París, se suceden tan rápidamente, que no hay ni siquiera tiempo para volverse á echar una mirada á todas las cosas, y nos vemos obligados á defender fatigosamente nuestra libertad de espíritu, si queremos atender á algún trabajo.

Todo se precipita, y la menor detención produce un desbordamiento. Estar cuarenta y ocho horas en casa es como estar un mes en una población de Italia. Al salir encontramos cien cosas nuevas en los sitios donde teníamos costumbre de ir á dar una vuelta, y otras ciento en el círculo de nuestros amigos, y volvemos á casa con un montón de noticias y de ideas ya juzgadas y como cambiadas y troqueladas en monedas pequeñas, á propósito para que se gasten pronto.

Al cabo de pocos días nos encontramos en las condiciones de todo buen vecino parisiense; cambiamos nuestras opiniones y nuestro espíritu por los de aquellos que nos rodean: tanto sentimos en aquella barraúnda de la multitud que se revuelve vertiginosamente, el calor y los latidos de la vida de todos. Por retirados que vivamos, la gran ciudad nos habla continuamente al oído, nos abrasa la cara con su aliento, nos obliga poco á poco á pensar y á vivir á su manera y nos comunica todas sus sensualidades.

Á los quince días, el extranjero más reacio encorva el lomo, como el gato, bajo su mano perfumada. Se siente algo parecido á

los vapores de un vino traidor, que suben poco á poco á la cabeza; una irritación voluptuosa, provocada por el furor de aquella vida, por las luces, por los olores, por la cocina afrodisiaca, por los espectáculos excitantes, por la forma aguda con que nos hieren todas las ideas nuevas; y no ha pasado un mes cuando el eterno estribillo de todas las canciones (una mujer hermosa, el teatro y la cena) se nos mete tiránicamente en la cabeza y todos nuestros pensamientos batan las alas en torno suyo.

Ya tenemos ante nosotros un nuevo ideal de vida, diferente del que teníamos al llegar; más seductor, pero más caro, con el que nuestra conciencia ha verificado, antes que lo echemos de ver, mil pequeñas transacciones cobardes. No es preciso llevar en sí el germen de grandes dolores, porque es bastante para el que está caído sentir pasar por encima aquella inmensa turba que corre á los placeres. Pero París es para la juventud, la salud y la fortuna, y les da lo que no puede darles ninguna otra ciudad del mundo. Ciertas impresiones breves, pero deliciosas, son enteramente exclusivas de aquella vida; tal es pasar por una de las más espléndidas y ruidosas calles,

en carruaje, á la caída de la tarde, bajo un cielo azul recientemente despejado por una tempestad de primavera, pensando que después del paseo nos espera una buena mesa rodeada de blancos descotes y animada por una tempestad de chistes, después de la comida una comedia nueva de Augier, una hora después una amable y culta reunión de amigos en el café Tortoni, y por último, en la cama, un capítulo de una novela nueva de Flaubert, entre cuyas líneas pensaremos en el paseo que daremos á Saint-Cloud la mañana siguiente.

En ninguna otra ciudad están las horas tan llenas de sensaciones y esperanzas placenteras. No sólo la hora, sino el cuarto de hora se halla colmado de promesas misteriosas y de enigmas que mantienen el ánimo en suspenso con la esperanza de algo imprevisto: supremo alimento de la vida. ¿Tenemos en el Japón un amigo del que no sabemos hace muchos años? Pongámonos delante del *Gran Café*, entre las cuatro y las cinco; es probable que le veamos pasar. Todo lo tenemos allí de primera mano. Estamos en la vanguardia, entre los primeros del ejército humano que verán la faz de la nueva idea que se adelanta, los talones del

error que huye; la nueva dirección del camino después de la curva; y de súbito se ingiere sobre nuestro amor propio una especie de vanagloria parisiense, de que nos despojaremos en la estación al marchar; que se apodera aun de aquellos mismos que detestan á la ciudad desde el primer día.

Inútil intentar huir de aquel torbellino de ideas y de discursos.

La discusión nos espera en todas partes, nos provoca con la agudeza, con la canción, con la paradoja, con el despropósito, y obliga al hombre más apático á hacerse soldado en aquella batalla. Al principio se aturde uno, y aunque conozca la lengua, no encuentra palabras. En las comidas, especialmente hacia los postres, cuando todas las caras se coloran, no nos atrevemos á lanzarnos entre los mil fuegos cruzados de aquellas conversaciones precipitadas y sonoras. La sonrisa zumbona de la hermosa dama, que parece que se sirve de nosotros, nuevos allí, para hacer sus experimentos *in anima vili*, y la desenvoltura del jovencito, artísticamente peinado, algo maligno y siempre con el arco tendido para coger al vuelo el ridículo, nos crisan los nervios y nos sentimos volver á los últimos restos

de la timidez y de la rusticidad del colegio, y nos ruborizamos á despecho de algunos cabellos grises. Pero si de la botella de los licores sale todavía para nosotros un átomo de la elocuencia argentina de los convites, un pequeño triunfo obtenido allí, en aquella terrible arena, nos parece el primer triunfo legítimo de nuestra vida.

Todos los días adquirimos alguna cosa nueva.

La lengua se desata, y aun hablando nuestro propio idioma, llegamos á encontrar cada vez más fácilmente en aquella conversación, que es siempre una lucha de destreza, la fórmula más breve y más clara de nuestro pensamiento; el chiste se aguza al frotarse, como una hoja con otra, con otro chiste contrario; el sentido cómico, continuamente ejercitado, se afina, y poco á poco se une á la sonrisa parisiense la filosofía alegremente atrevida del *bulevardier* para quien el mundo empieza en la Porte Saint-Martin y concluye en la Magdalena.

Mas ya la pequeña carga de preocupaciones y cuidados que habíamos traído de nuestras casas fué arrebatada, apenas llegamos, por la primera oleada de aquel

mar enorme, y no la vemos sino como un punto negro muy lejano de nosotros.

Entretanto, la cadena de los amigos se alarga rápidamente; adoptamos nuevos hábitos; todas nuestras debilidades encuentran un agujerito blando donde descansar; al miedo que nos daba la grandeza de París sucede la alegría de la libertad, que justamente proviene de aquella grandeza; el estrépito que al principio nos trastornaba concluye por acariciarnos el oído como rumor de enorme cascada; aquella inmensa magnificencia postiza termina por seducirnos como la poesía magistralmente adornada de oropel de un clásico ingenioso; nuestros pasos comienzan á sonar en las aceras del *bulevar*, como dice Zola, *con particulares familiaridades*; la imaginación se acostumbra á los juegos de palabras; el paladar, á las salsas; el ojo, á las caras pintadas; el oído al canto en falsete; se verifica en nosotros poco á poco una profunda y deliciosa depravación del gusto, hasta que un día feliz nos encontramos con que somos parisienses hasta la médula de los huesos.

¡Bah! durante la luna de miel se disculpa todo. ¡La corrupción! Es cosa de risa.

Los perdidos acuden allí de los cuatro vientos, hambrientos de vicio, y se dan á los demonios, rabiosos de no poder hacer algo peor, y cuando tienen la bolsa y los huesos vacíos, vuelven á sus países respectivos, gritando:

—¡Qué lupanar!

Sí; en verdad deben las demás ciudades de Europa clamar escandalizadas contra París... ¡Hipócritas!

Y además, «la ligereza.» Es verdad; pero los «pensamientos serios» de otros pueblos nos recuerdan un poco los pensamientos de cierto poeta alemán cantado por Heine; aquellos pensadores célibes que se hacen el café y se afeitan solos y van á coger flores para el preciso día *onomástico* en el jardín de Brandeburgo...

¡También la *blague!* ¡Ya se apoderó de nosotros, extranjeros, en un mes de residencia, y todos llevan algo para el propio consumo cuando vuelven á sus modestas patrias! Pero hay mucho más que hacer que defender á París mientras nos agitamos entre sus brazos. El tiempo vuela, no queremos perder ni una hora, tenemos aún mucho que buscar, que estudiar y que gozar; nos domina la furia de hacer entrar

en cada día, como el ladrón en su saco, toda la riqueza que puede caber; un implacable demonio nos lleva á latigazos de salón en salón, del teatro á la Academia, del hombre ilustre al *bouquiniste*, del café al museo, de la sala de baile á la redacción del periódico; y por la noche, cuando nos han dicho y nos han dado todo lo que hemos preguntado y pedido; cuando nos sentamos á cenar con los amigos, cansados, pero satisfechos de encontrar nuestra presa en la cabeza y en el corazón, y comienzan á dispararse las argucias y las anécdotas, y el primer sorbo de Champagne tiñe de color de rosa todos los recuerdos del día, entonces, ¡con qué arranque de entusiasmo saludamos á la gran París, huésped amoroso y magnífico, que abre á todos los brazos, y desparrama besos riendo; despilfarra oro, esparce ideas é inflama en todos los corazones con su soplo juvenil el furor de la gloria y el amor á la vida!

*
* *

Pero pasados algunos meses, ¡qué cambio!... Comienza á nacer en nuestro corazón una pequeña antipatía por una cosa

insignificante; cada día después, observáis otra, y al cabo de un mes escapáis de París enviándole el famoso saludo de Montequieu á Génova:

.....
 Adiós... mansión detestable:
 no hay un placer comparable
 al de escapar de tu seno.

Se opera, en verdad, un cambio de ideas muy extraño, pero en casi todos sucede, según creo. Una mañana cualquiera comienza por estomagarnos cierto insípido *calembourg* que se repite cien veces en el periódico que lee uno todos los días. Á la mañana siguiente os crispa los nervios la sonrisa de la dueña ó patrona de vuestro *hotel*, que se parece á todas las sonrisas que os tributan en París donde dejáis dinero, y por la calle observáis que el uniforme de los gendarmes es intolerablemente feo. Poco á poco tomáis entre ojos á la empleada con antiparras y bigote que os pide vuestro nombre, patria y profesión para venderos un billete para el *Théâtre Français*; os encocora la hinchada solemnidad de los porteros, la impertinencia de los ridículos camareros de mandil blanco, la brutalidad de

los cocheros, y el tono de grande hombre de todo aquel que tiene, poco ó mucho, algo de funcionario público.

¿Y aquella docena de zánganos pagados que todas las noches, en todos los teatros, quieren haceros admirar un determinado verso, á fuerza de aplausos? — ¿Y aquellas eternas *romanzas* cantadas con voz de gallina desplumada viva, que os hacen tragar en todas las casas? — Después os aburre el comer los bocados numerados y clasificados; toda aquella exposición de precios por céntimos, aquel no sé qué de sórdido y pedantesco, de cosa convenida, disfrazado con un lujo de casa de barraca de feria; aquel eterno sacrificio de todo á las apariencias, aquella elegancia lamida y pretenciosa, aquel olor perpetuo de taberna y de cosméticos, aquellos remedos de casas, aquellas escaleiras de caracol, aquellas tiendas jaulas, aquellas localidades de teatro, los *reclamos* de los *saltimbanquis*, aquella pompa de bazar, la miserable fuente-cilla, el árbol tísico, la pared negra, el asfalto fangoso; y apenas salís del centro, aquellos arrabales inmensos y uniformes, aquellos interminables espacios que ni son ciudad ni campo, sembrados de caserones

solitarios y tristes, aquellos jardinillos de hospicio y aquellos pueblecillos de escenario.

¿Es esta la gran ciudad de París? Si un terremoto rompe todas las vidrieras y una lluvia ardiente hace desaparecer los dorados, ¿qué es lo que queda? — ¿Dónde están la riqueza de Génova, la hermosura de Florencia, la gracia de Venecia y la majestad de Roma? — ¿Os gustan, de veras, aquella orgullosa parodia de San Pedro, que se llama el Panteón, aquel templucho grecoromano de la Bolsa, aquel enorme y espléndido cuartel de caballería que llaman las Tullerías, el decorado de opereta de la plaza de la Concordia, las fachadas de los teatrillos del tiempo del rey que rabió, las torres en forma de clarines gigantescos y las cúpulas hechas teniendo por modelo la gorra del jokey?

¿Es esta la ciudad que «resume» á Atenas, Roma, Tiro, Nínive y Babilonia? Á Sodoma y Gomorra, podrá ser; pero no lo digo por la grandeza de su corrupción, sino por su insolencia. En todas partes hay sus *acomodos*, esto ya se comprende, pero... *est modus in rebus*. A lo menos en nuestro país se guardan ciertas formas... Pero ¿dónde

se ve más que allí una doble fila de lupanares con balcones á la calle, llenos de mujeres hermosas expuestas sobre la acera, que alzan el vestido á alturas... vertiginosas, y mil *restaurants* donde se lanzan *crudezcas* de una parte á otra de la sala, ó juegan con los pies como si esgrimieran, ó á peligrosos pellizcos debajo de la mesa, con el amado de su corazón? «¡Y qué *général*!» Id á *Folies Bergère*: os parece que oís reir polichinelas; parece que todas han estudiado un curso de coquetería con la misma maestra; no mueven ni un pelo sin motivo; regulan, termómetro en mano, el arte de la seducción; para no agotarla, la hacen subir un grado más cada vez, y cada grado tiene su tarifa. ¡Y qué caras! «*Entre dos mejillas embadurnadas, media nariz.*» La belleza toda está oculta en los carruajes cerrados ó en los salones inaccesibles; á la luz del sol no salen más que las sanguijuelas «ansiosas de lujuria y semivivas», ó los marimachos que no caben en el corsé, inmóviles detrás de los mostradores, como gatas cebadas, con sus facciones antigeométricas que nada dicen.

Pues, ¡y el sexo masculino! ¡Qué hormigueo de *gomosos*, caricaturas de hombres,

con aquellos vestidos de figurín de sastre, donde asoma la puntita del pañuelo, el extremo de la bolsa y del guantecito y un ramilletito en el ojal; envueltos, como dice Dumas, «en tenue atmósfera de peluquero»; sin espaldas, sin pecho, sin cabeza y sin sangre, que parecen expresamente hechos para ser despeinados de un puntapié por una bailarina de *Valentino!*—¡Qué turba de chicuelos son todos! Jóvenes y viejos, ¡de todas clases! Trescientos *ciudadanos* se asoman al pretil de un puente para ver lavar un perro; pasa un tambor y se junta medio mundo, y en una estación del camino de hierro mil personas hacen un ruido interminable de palmadas, de gritos y de risas, porque se le cayó la gorra á un guarda del tren; y guardaos bien de toser, porque los mil pueden ponerse á toser á la vez durante tres cuartos de hora.

¡Y qué demócratas! Eso sí, demócratas de pura sangre y despreciadores valerosos de todas las vanidades, como *Monsieur Poirier*.

Vuestro amigo más íntimo, para almorzar con vosotros en su propia casa, se pone el botón rojo en el ojal; el rico mercader de telas os anuncia con rostro radiante,

como un triunfo para su casa, que tendrá á comer á un ex subgobernador; los guardias de orden público se permiten impunemente con la multitud algunas licencias *de obra*, la mitad de las cuales bastaría entre nosotros para provocar un motín; y el pueblo soberano, en las fiestas públicas, en todas las esquinas, es detenido por centinelas y barreras, rechazado y maltratado con tal brutalidad, que aun el aristocrático *Figaro*, el periódico que sabe conciliar con tanto garbo la descripción de una santa comunión y las anécdotas verdes, se cree obligado á lanzar un grito de indignación.

¿Dónde se ha visto una literatura más apasionada por el blasón, ni escritores á quienes casi se les cae la baba de gusto al sonido de un título de nobleza y que pongan más sellos y más gravedad aristocrática en sus creaciones?—¡Cuándo nos dejarán en paz con sus eternos vizcondes y sus eternas marquesas, esos obstinados pilares de salón!—¿Creen que no nos han fastidiado bastante con sus «protagonistas» nobles, jóvenes, hermosos, espirituales, valientes, espadachines, irresistibles, que tienen toda la gracia de Dios, y *hasta una linda voz de tenor?*

¡Qué deseosos de juguetes, gran Dios! ¡El pobre Paul de Kock, que tiene sesenta y cuatro años, escribe veinte páginas para probar que no le importa nada no tener la cruz de la Legión de Honor, y, casi le dan ganas de llorar! ¿Dónde hay otro país democrático, en que los escritores cubran de tan sangriento ridículo injurioso á las clases enteras de la sociedad, donde el epíteto de *burgués* haya tomado en la mente de aquellos á quienes se aplica un significado más aristocráticamente despreciativo, y donde un hombre que tenga algo de plebeyo basta para hacer prorrumpir en carcajadas á toda la platea?—¿Qué es, pues, ese extravagante conjunto de contradicciones que se llama *el parisiense*?

¿Quién lo sabe?—Cogedlo; se os desliza de entre las manos. Presentadle el nudo de una de esas cuestiones en que se conoce al hombre, y os lo devuelve con un golpe de mano de prestidigitador. Tienen agudeza; nos lo cantan en todos los tonos, y es verdad; pero sólo hasta cierto punto. Poseen un riquísimo repertorio de proposiciones y de giros de palabras y locuciones vivas, elásticas, con las que salen de los peores atolladeros y cortan la palabra á los espí-

ritus más profundos, pero menos diestros que ellos. Es cierto que hay muchos parisienses que son ingeniosísimos, pero éstos trabajan por todos. Su superioridad consiste en que la masa de la población es una excelente conductora de esta especie de electricidad del ingenio, por la cual una agudeza dicha por la mañana, girando con maravillosa rapidez, es por la tarde propiedad de mil personas que se enriquecen con el caudal que circula.

¿Es que el pilluelo de París es más agudo que el *vallione* de Nápoles ó que el *becerino* de Florencia? ¡Cuánto se estudian! Se preparan para las comidas, entran en las tertulias con el repertorio de la conversación escogido y ordenado, y llevan sus discursos en zig-zag, á saltos y vueltas con arte infinito, para lanzar en el momento oportuno todo el tesoro de sus gracias. Estos ingenios de segunda mano se parecen todos unos á otros; oído un *comisionista*, ó un *viajante*, habéis oído mil. Para destilar este ingenio hacen falta ciertos ingredientes y cierto mecanismo, que una vez descubierto, se acabó, como los golpes secretos de los maestros de armas. Da lástima y despecho ver á un viejo achacoso, afectado de un

principio de *delirium tremens*, que cuando en reunión logra decir alguna gracia que hace reír á cuatro ó cinco gansos, levanta la frente fulgurante de gloria y de contento, y se va satisfecho para toda la semana.

Esta manía universal de mostrar chispa que mutila el pensamiento, hace decir muchos desatinos y sacrifica muchas veces la razón, la amistad y la dignidad á un éxito de cinco minutos, y viene á ser como un velo que ondea continuamente delante del pensamiento, no dejando ver el alma. ¿Se puede saber qué es lo que se oculta detrás de este eterno juguete?

Pero hay otros muchos velos entre el parisiense y vosotros. El parisiense de la buena sociedad parece, como suele decirse, un hombre llano, pero no lo es de hecho. Es raro que tengáis el placer de sostener con él una conversación libre y familiar. Como está siempre preocupado con ser objeto de curiosidad y estudio para el extranjero, está en guardia, mide sus gestos y sus sonrisas, estudia las inflexiones de voz, piensa constantemente en justificar la admiración que presupone en vosotros y tiene siempre algo de la coquetería de la mujer y de la vanidad del artista. A cada mo-

mento tenéis intención de decirle:— Quitémonos de una vez la máscara.

Su naturaleza corresponde á su modo de vestir, que, aunque es modesto, tiene algo que denuncia el rebuscamiento afeminado del barbilindo. Es amable, sin duda alguna, pero usa una amabilidad que mantiene á distancia, como la ligera mano de una muchacha que no quiere que la toquen. Soy más partidario del español, el cual hace sentir su superioridad con una jactancia tan colosal, lanzada tan por lo alto, que pasa siempre sobre vuestras cabezas. Pero el parisiense os humilla con delicadeza, á alfilerazos, con aquella perpetua sonrisa aguda del que paladea una salsa picante, haciéndoos preguntas descaminadas, con cierta especie de benévola curiosidad por vuestros asuntos...

¡Oh, pobres italianos, cómo queda en París vuestro amor propio! Si no nombráis al Dante, á Miguel Angel ó á Rafael, no sacaréis más que un:—¿Qué? El diputado neo os pregunta si Civitavecchia es aún del Papa. El buen padre de familia ve á los ladrones con el fusil á la bandolera, fumando tranquilamente un habano frente al *Café de Europa* en Nápoles. El hombre de posi-

ción ha estado sin duda en Italia, pero sólo para poder *charlar de Italia* con una hermosa dama en el alfeizar de la ventana, después de almorzar; ó para añadir el dije Italia á la cadena de sus conocimientos y hacerlo saltar entre sus dedos en los momentos de ocio, con las fórmulas acostumbradas que todos los franceses poseen sobre el paisaje, los cuadros y las fondas. El célebre De Forcade, en la mesa, decía de Manzoni:—*Tiene talento*. De aquí á poco os preguntarán cómo hay quien pueda nacer en Italia. Esta idea de haber nacido en París, de haber recibido de Dios esta señal de predilección, está sobre todos los pensamientos del parisiense como una estrella que irradia sobre toda su vida un celestial consuelo. La benevolencia que demuestra á todos los extranjeros, está en gran parte inspirada en un sentimiento de conmiseración, y sus odios contra ellos no son profundos, justamente porque no los hizo nacer donde él nació. Por esto adora todas las miserias y los vicios de su ciudad, y está orgulloso de ello, tan sólo porque son niñerías y vicios de París, que, según él, está muy por encima de toda crítica humana.

¿Puede haber alguna capital que escupa

más audazmente en la cara al pueblo de las provincias, representado por sus escritores como un montón de raquíticos? ¿Hay escritores que inciensen á su ciudad con una impudencia más ofensiva, no sólo á cualquier otro amor propio de la nación, sino á la dignidad humana? ¡Y aún nos lanzan al rostro en el mismo teatro que el humo de sus chimeneas son las ideas del universo! Todos están prosternados, con la frente en el polvo, delante de esta enorme cortesana, madre y nodriza de todas las vanidades; poseídos de la vanidad frenética de darle gusto, que es lo principal; de obtener de ella, á cualquier precio, al menos una mirada, y de la vil tontería que impulsa á un escritor hasta declararse en el prólogo de cierta infame novela, capaz de todas las torpezas y todos los crímenes de Heliogábalo y Nerón.

Tomad luego en serio sus prólogos llenos de fanfarronadas, de afectación, de niñerías y de imposturas. La vanidad los infesta á todos. No hay en toda la literatura contemporánea uno de aquellos grandes caracteres, modestos, benévolos, lógicos, que unan al esplendor de su talento la dignidad de la vida; una de esas figuras ele-

vadas y púras, ante las que se descubre la cabeza sin vacilación ni reticencias y cuyo solo nombre es un título de nobleza y un consuelo para todo el género humano. Todo lo domina la manía de la *pose*: *pose* en la literatura, *pose* en la religión, *pose* en el amor y *pose* aun en los más acerbos dolores. Una sensualidad inmensa y morbosa constituye el fondo de toda aquella vida, y se revela en las cartas, en la música, en la arquitectura, en el sonido de las voces y hasta en el modo de andar.

¡Gozar!... Todo lo demás son medios para llegar á ello. De un cabo á otro de los magníficos *bulevares* suena una enorme carejada de escarnio para todos los escrúpulos y todos los pudores del alma humana...

Por fin llega un día en que aquella vida os indigna, en que os cansáis de aquel inmenso teatro saturado de olor de gas y de patchuli, en que todo espectáculo termina con una canción libre; un día en que estáis ahítos de agudezas, de *blague*, de guisos, de tinturas, de *reclamos*, de voces fingidas, de falsas sonrisas y de placeres comprados.

Entonces odiáis esta ciudad desvergon-

zada, y os parece que, para purificaros de tres meses de aquella vida, deberíais vivir un año en la cumbre de una montaña; sentís una necesidad irresistible de correr al campo libre y al aire puro, de sentir el olor de la tierra, de renovar la virginidad del alma y de la sangre en la soledad, cara á cara con la Naturaleza.

*
**

¡Ya se desahogó la rabieta! Está bien. Hagámonos á un lado para que pase, como dicen los españoles.

A París se le puede decir lo que á uno se le antoje; no le importa más que lo que le importan á los elefantes de sus jardines zoológicos los muchachos que llevan sobre el lomo en los días de fiesta. Además, no son éstas las últimas impresiones de París. Al periodo en que todo se ve de color de rosa y al otro en que todo parece negro, sucede un tercero, que es una vuelta hacia el primero; el periodo en que se comienza á vivir en un círculo de amigos escogidos y probados.

Y es preciso decirlo; el amigo que encontráis allí, el francés bueno y verdadero,

vale seguramente por dos. En ningún otro europeo encontraréis una armonía más completa del espíritu, el corazón y los modales. Entre la amistad, más expansiva que profunda, de los europeos del Mediodía, y la profunda, pero muda, de los del Norte, preferís la suya ardiente y fuerte á la vez, y llena de alegría y delicadeza. ¡Qué hermoso es cuando se está cansado del tumulto de la gran ciudad, por la noche ir á la otra margen del Sena, y en una silenciosa calle encontrar una pequeña familia tranquila como en una isla en medio de aquel mar turbulento!—¡Qué cariñosa acogida y qué franca cordialidad halláis en aquella mesa elegantemente modesta, y cómo reposa allí vuestro espíritu!

El mismo París os ofrece mil refugios contra sus peligros y mil remedios para sus fiebres. Después de las noches ardientes os lanzáis con inexplicable placer á través de sus hermosísimos bosques, por los barrios alegres del Sena, donde encontraréis la alegría de las fiestas campestres; y en sus anchurosos jardines, entre un inmenso hormigueo de niños, ó por una de aquellas *avenidas* enormes y solitarias en que el corazón y el pensamiento se dilatan, la imagen

triste de la Babilonia de los *bulevares* se os aparece infinitamente lejana.

Por todas partes encontraréis un pueblo que cuanto más se estudia, más defectos revela; pero en cada defecto tiene por reverso una cualidad admirable. Es un pueblo frívolo; pero una palabra noble y valiente encuentra en él siempre un eco. Siempre hay algún camino abierto y seguro para llegar á su corazón. Todos los sentimientos elevados y las ideas buenas arraigan instantáneamente en su alma. Su vivaz inteligencia facilita y hace maravillosamente agradables todas las comunicaciones del pensamiento. La palabra fugitiva, la intención oculta, lo que se sobreentiende, el acento, la seña, todo lo coge al vuelo. Mil personas reunidas tienen una sola alma para comprender y para sentir. Es imposible no simpatizar con sus fiestas, con aquellas tumultuosas baraúndas en que la alegría iguala todas las edades y condiciones, y la innumerable multitud no es más que una inmensa reunión de amigos felices y libres de cuidados. El más encarnizado enemigo tiene que romper en un acceso de hilaridad y abrir su corazón á la benevolencia, porque debajo de la niñería del pari-

siense, allá en el fondo, hay bondad, como debajo de una hermosa espuma hay un buen vino.

Es naturalmente franco, aunque no lo parezca; no es desconfiado; es más propio para dejarse engañar que para hacerlo; inclinado á perdonar las ofensas; conciliador, desdeña los mezquinos rencores y todas las pequeñeces de la vida.

Se encuentra constantemente, por su naturaleza, en la situación de ánimo en que todo el mundo se halla después de un banquete de fiesta en que ha corrido el vino con profusión, dispuesto y preparado, lo mismo á cometer un gran desatino, que á llevar á cabo una acción grande; á abrazar al más rabioso enemigo y á provocar á su vecino por una sola palabra; á hacer una bufonada de pie sobre la mesa y á apiadarse del pobre mendigo que pide un pedazo de pan á la puerta.

Cuando se sale fuera del círculo de su vida ordenada, el espectáculo inmenso de la vida de París exalta todos sus sentimientos buenos y malos. Nosotros mismos experimentamos algo parecido. El aumento de proporciones de todas las cosas, nos da poco á poco un alto concepto de las co-

sas mismas. La misma corrupción, grande y esplendorosa, concluye por seducirnos como vasto y variado campo de estudio, en lugar de repugnarnos por su fealdad, habituándonos á considerarla casi como una forma útil de la vida, como una grande y terrible escuela, que encierra infinito tesoro de experiencia y de ideas.

En las salas de Bullier, en medio del torbellino de trescientas jóvenes que bailan á la vez cantando á una voz *peluca rubia...* en lugar de un grito contra la corrupción, nos sale del alma un himno ardiente á la juventud y á la vida. Disgustado de los países donde no hay nada original, ni siquiera el vicio y su lenguaje, allí encontramos, á lo menos, la ausencia de la forma más asquerosa y más vil de la corrupción, que es la manía de fingirla por vanagloria, cuando no se tienen ni fuerza ni medios para gozar de ella en toda su tremenda plenitud.

Y poco á poco nos persuadimos de que muchas cosas que creíamos malas enfermedades, no son allí sino eflorescencias de una sangre demasiado rica; al paso que no son más que falta de vitalidad ciertas virtudes negativas de que tanto se envanecen otros pueblos frente á París, á cuyos pue-

blos se les podría decir como la Mesalina, de Cossa, á Silio:— «Sois tan corrompidos, que ni aun sois capaces de soportar la grandeza del vicio.»

Así, en todas las fases de la vida encontraréis allí, con amargura vuestra y admiración por París, el original de mil cosas de las cuales en vuestra casa sólo habíais visto el facsimile, puesto al alcance de la gente menuda. Os inclináis á perdonar mucho el orgullo, al observar de cerca las cosas, y os halláis dentro de un pueblo que está señalado por todo el universo: que ve que recogen y llevan en triunfo las migajas de su mesa, que glorifican obras hechas con trozos de las suyas, que se erigen bustos en ciertos tiempos y lugares á personas que no tienen otro mérito que el de ser suscriptores á la *Revue de Deux Mondes*; robada su lengua y vaciada en muchas lenguas, extranjeras; entregados al saqueo sus novelas y su teatro; atesoradas todas las extravagancias de su historia y de su crónica; su ciudad tan conocida como la palma de la mano; que *Tortoni* es más famoso que muchos monumentos inmortales; la *Maison Dorée* por encima de todos los sueños de todos los disipadores de la tierra;

sus modas falsificadas, sus carcajadas repetidas, copiadas sus diversiones, adorados sus caprichos... y cuando todo esto se piensa, se comprende entonces cómo se revuelve airada cuando algún pedante estudiantillo le suelta la coza del asno.

¿Cómo admirarse de que no se ocupe más que de sí mismo un pueblo tan locamente adulado con hechos y con palabras? Este defecto no es en perjuicio suyo, porque proviene de que conoce á fondo lo que es suyo, de que lo ama con exceso y de que cree que el mundo entero lo aprecia en la misma estimación, y que tiene algo caliente, original, con colorido y con vida, que llevan todas sus manifestaciones. Hay menos espacio que recorrer, como decía de sí mismo Schiller á Goethe; y por eso lo recorre más pronto y en menos tiempo.

De ahí una teoría y una reunión de ideas y de esfuerzos continuamente dirigidos al mismo fin, y grandes y frecuentes choques, de donde nace la luz y el calor; cada palmo de tierra, disputado por mil contendientes; en vez de la marcha, la carrera; en lugar de la controversia, la lucha; y en esta pelea perpetua se arroja todo el bagaje que sobra, todo sirve de arma ofensi-

va y defensiva, veloz el pensamiento, conciso el lenguaje, precipitada la acción, el arte y la vida atrevidos y rápidos, y todo animado por la alegre voz de la gran ciudad que habla en notas agudísimas y cristalinas que se oyen en toda la tierra.

Cuanto más se penetra en el estudio de esta vida, más admiración se siente al ver el inmenso trabajo que se verifica bajo aquella apariencia de disipación; cuántos sudan en la soledad, cuántos se prepararán en la obscuridad para la lucha pública, con increíbles fatigas; cómo cualquiera clase de talento y aun cualquiera especie de facultad particular, por mediana que sea, encuentra modo de ejercitarse en provecho propio y de los demás; cómo en torno de un ingenio se forma súbita y espontáneamente un círculo de cultas inteligencias amigas que le ayudan á extenderse y á subir; cómo la más pequeña probabilidad de éxito en el campo de la inteligencia, despierta á su alrededor, en todas las clases de la población, un galante sentimiento de curiosidad y de respeto y arranca á todos un tributo anticipado de gloria, que contribuye maravillosamente á convertirla en realidad; qué extraordinario impulso da á las

fuerzas humanas el imprevisto cambio de fortuna que produce allí el verdadero éxito; cuán grande y embriagador es el triunfo del talento en aquella ciudad, que apenas lo saluda, recibe homenajes de admiradores desconocidos y ofrecimientos y consejos de todas partes del mundo; cómo al hombre que cae en un camino, le quedan abiertos otros ciento, tan sólo con que se resigne á rebajar en corto grado sus aspiraciones á la gloria; cómo la naturaleza olvidadiza de la gran ciudad, que no dejando dormir á nadie sobre un solo triunfo, obliga á todos á presentarse continuamente en la lucha, produce aquellas vidas maravillosamente trabajadoras, aquellos ancianos batalladores obstinados, cuyo ejemplo inspira el furor del trabajo á las generaciones sucesivas; y, en fin, qué enorme cantidad se encuentra allí de trabajo sin concluir, de ensayos, de bocetos, de material agotado por algunos, pero no inútil para el que venga después, y de apreciables creaciones en todos los sentidos, pero condenadas á morir donde han nacido, ahogadas por la exuberancia de otras mejores.

Cuando se ha visto todo esto, la residencia en París parece agradable y útil tan

sólo para ver trabajar aquella inmensa máquina, para ver cómo tritura, perfecciona, transforma, esprime y muele el inagotable material de ingenio, de riqueza, de juventud, de ambición y de valor que Francia y el mundo arrojan continuamente entre sus formidables ruedas, y cómo echa por la parte opuesta grandes nombres, celebridades destruidas, obras maestras, palabras inmortales, huesos rotos, armas, joyas y juguetes que también Francia y el mundo se afanan en recoger y comentar.

¡Echáosla de censores al lado de este coloso!

¡Chillad contra sus obreros porque beben ajeno, cantan en voz de falsete y tienen una mujer que les espera á la puerta!

¡Qué pedantería!

*
* +

Sin embargo, no es esta la última impresión que se recibe en París.

Residiendo largo tiempo, se pasa todavía por otros entusiasmos y otros desencantos.

Muchas noches volvéis á vuestra casa entre interminables filas de luces, melan-

cólicos, mortalmente aburridos de todo y con un rabioso amor á la patria en el corazón.

Después os reconciliaréis con París en un hermoso día de otoño, asistiendo á una de sus ruidosas expansiones de alegría que serenán el ánimo más perturbado.

Otra vez, una pequeña humillación, un estúpido juego de palabras repetido por un millón de bocas, el espectáculo de una asquerosa obscenidad, un cielo cubierto y plomizo que hace cambiar á todo de aspecto, resucitan dentro de vosotros todas las antipatías y todos los disgustos con tal violencia, que quisiérais ver desaparecer la ciudad como un campamento arrebatado por el huracán.

Otro día os avergonzaréis de aquel odio, pensando en la enormidad del vacío que se haría en vuestro espíritu si saliese repentinamente de él todo lo que había llevado allí París desde vuestra infancia hasta aquel mismo día.

Hasta el último momento, París os hará mil desprecios y mil caricias, como una hermosa mujer nerviosa, y sufriréis todas las alzas y bajas de una pasión; hoy humillados á sus pies; mañana furiosos por mor-

derla é insultarla, y en seguida pidiéndole perdón, fascinados; pero cada día sentiréis estrecharse más los lazos que os unen á ella.

Y se siente con más fuerza al partir, la noche que se pasa por última vez, rápidamente, en medio de aquel inmenso esplendor de los *bulevares*, al que sigue inmediatamente la semiobscuridad lúgubre de una estación enorme y desnuda.

Entonces, por grande que sea el deseo de volver á ver la patria, se cae en una gran tristeza, á la idea de volver á aquella pequeña alcoba de la población de donde se ha salido... y se aplica el oído por última vez al tumulto lejano de París con una opresión inexplicable de deseo y de envidia.

Desde el fondo del vagón, en la obscuridad, volvéis á ver la ciudad como la habéis visto una hermosa mañana de Julio desde una torre de *Nuestra Señora*, atravesada por la enorme curva azul del Sena con sus lejanos horizontes violáceos, inmensa y humeante, en el momento en que, desde la plaza de más abajo, los tambores de un regimiento os envían un eco de la batalla de Magenta.

«¡Oh, hermosa y terrible pecadora—exclamáis entonces,—yo te absuelvo; y á riesgo de la condenación de mi alma, te amo!»

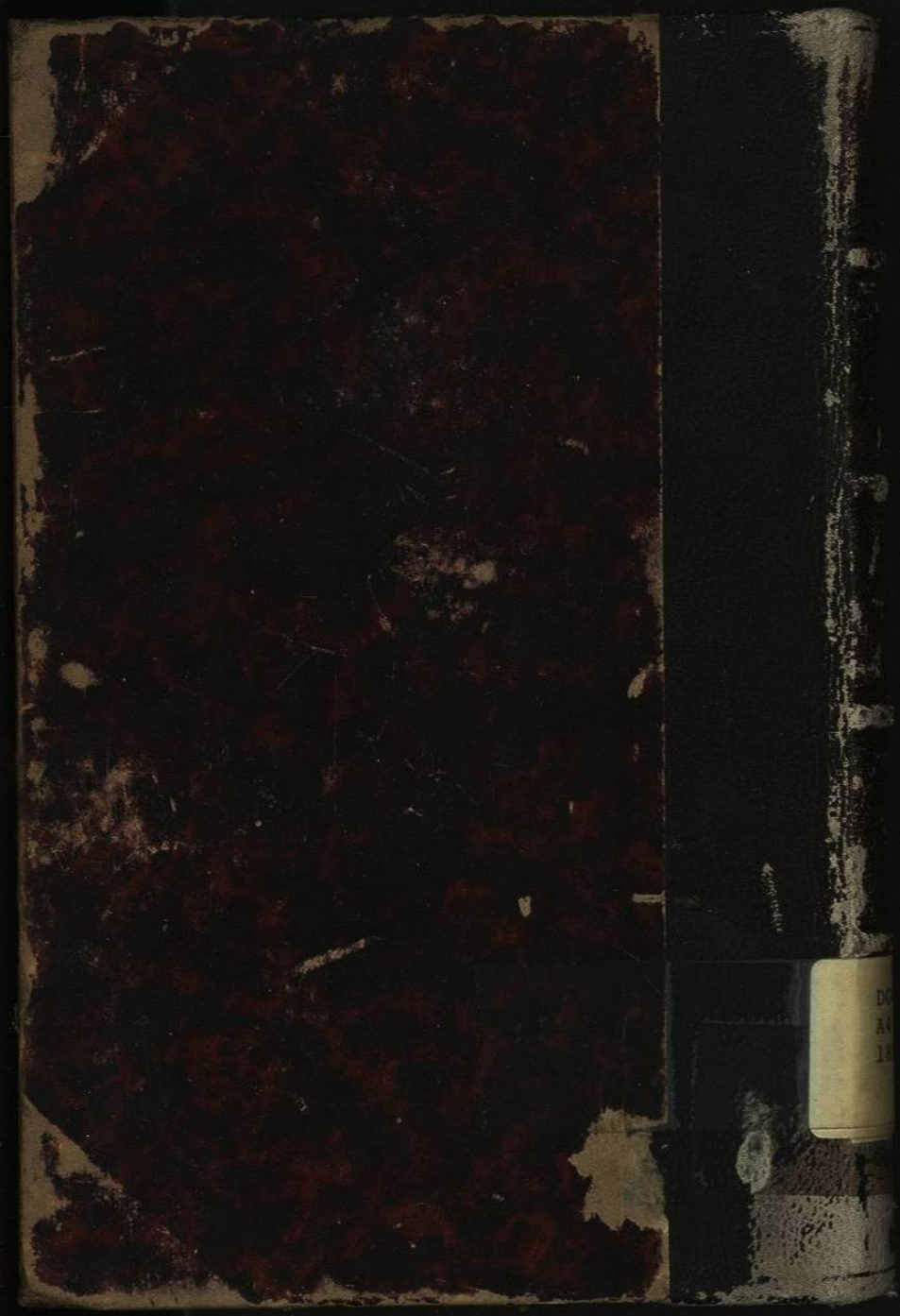
FIN



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Turín.....	7
Londres.....	61
París... ..	137
El primer día en París.....	139
Un vistazo á la Exposición.....	179
El último día en París.....	257





D
A
1